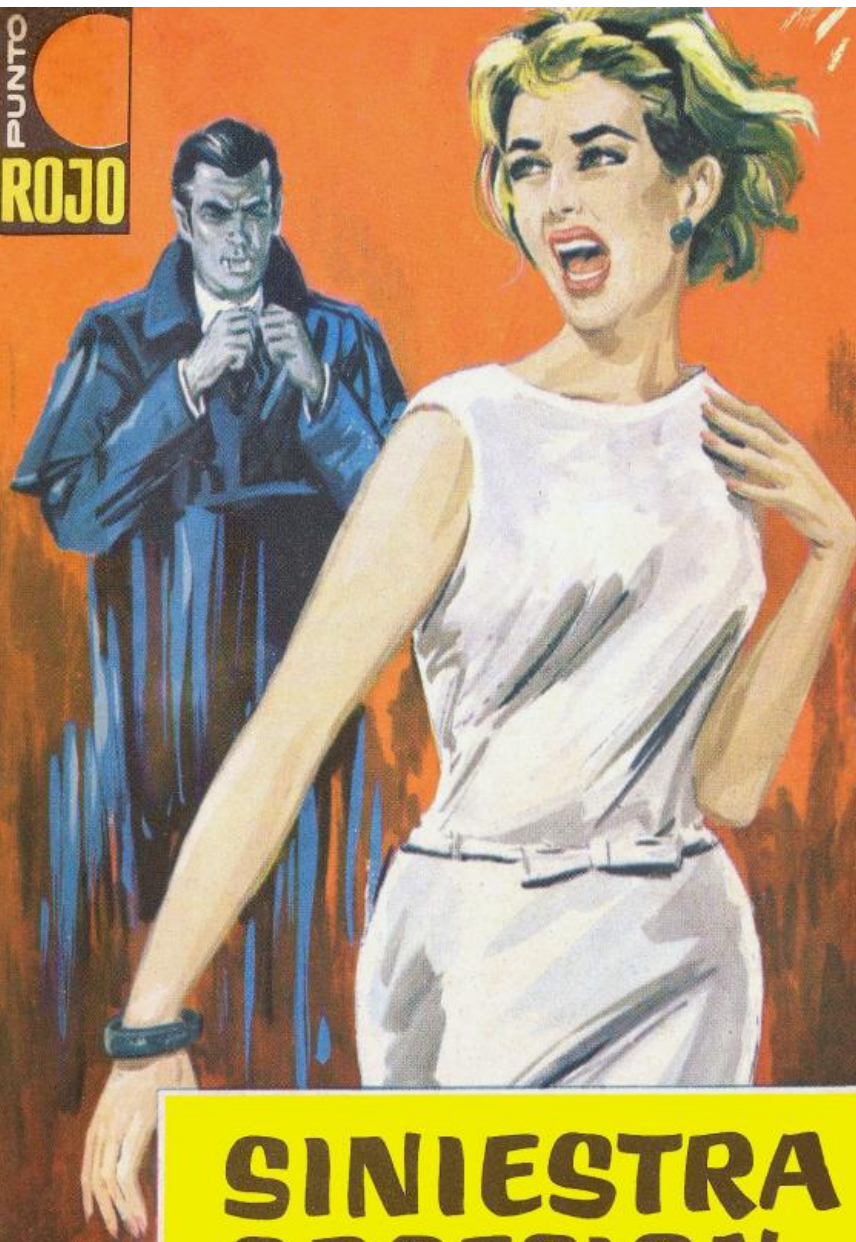


PUNTO
ROJO



SINIESTRA OBSESION

peter debry



PETER DEBRY

SINIESTRA OBSESIÓN

**1.^a EDICIÓN
MAYO -1963**



EDITORIAL. BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

DEPOSITO LEGAL B 6.986 – 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© PETER DEBRY – 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 1267/62

Todos los personajes y entidades privados que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

- 501 — La cuadrilla de Jesse James.
- 512 — Un gatillo en alquiler.
- 517 — La ruta de los pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:

- 411 — Los sospechosos investigan.
- 414 — La cicatriz delatora.
- 660 — Sinfonía en “9 corto”.

En Colección BÚFALO:

- 206 — A punta de revólver.
- 218 — Hasta la última bala.
- 229 — El fortín de los rebeldes.

En Colección CALIFORNIA:

- 21 — Al extremo de la sogá.
- 29 — Un bala en cada esquina.
- 77 — Un póker llamado muerte.

En Colección SALVAJE TEXAS:

- 45 — Los muertos no matan.
- 93 — Espuelas rencorosas.

En Colección COLORADO:

- 9 — Morir ensillado.
- 16 — Los que cabalgan de noche.
- 28 — Cachorro de *gun-man*.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

- 15 — Balas perdidas.
- 22 — Contrato con la muerte.
- 28 — Asesinatos en. la oficina.

En Colección ASES DEL OESTE:

- 205 — Tras el telón de plomo.

En Colección PUNTO ROJO:

- 47 — Sudario para una viuda.



CAPITULO I

—Sinistra obsesión. Este es el calificativo que considero el más apropiado para definir el estado de ánimo de Blunt Robin, un hombre burlado en sus sentimientos íntimos, un hombre intachable hasta el nefasto día en que supo que su prometida, Mary Perkins, no era una mujer digna.

El alegato del abogado defensor propendía al melodrama, se dijo Norman Sanders, observando a los componentes del jurado. Gente ya al margen de sentimentalismos, conservando escasas ilusiones y ateniéndose a hechos prácticos, de positiva solidez.

Blunt Robin, el acusado, ostentaba una expresión imperturbable, de aparente serenidad, pero que podía ser interpretada como carencia de remordimientos, estipuló el fiscal Norman Sanders.

El tribunal estaba compuesto por tres hombres justos, que lo eran por vocación, .y objetivos, por disciplina.

Cuando el defensor terminó solicitando clemencia y la aplicación de una pena redentora sin excesivo rigor, las miradas de los que ocupaban las gradas destinadas al público se posaron expectantes en el joven fiscal, famoso ya por sus éxitos y su concisa oratoria.

Norman Sanders rectificó la colocación de su peluca blanca, y aumentada su recia prestancia por los vuelos de la negra toca, pareció por irnos instantes ensimismarse en una contemplación inferior.

Alzó los densos ojos azules hacia la bóveda de la sala y silabeó:

—Siniestra obsesión han sido las dos palabras que el honorable representante de la defensa ha reiterado. He de admitir que la primera calificación es exacta —y su deliberada lentitud se trocó en progresiva rapidez—. Es siniestra la mentalidad de Blunt Robin, es siniestra su satánica personalidad, es siniestra su inhumana impavidez, y fueron siniestras sus premeditadas actividades criminales.

Norman Sanders abrió los brazos, y por un instante el acusado Blunt Robin pensó en un murciélago proyectando una sombra agorera.

—Pido excusas a la sala si me dejo llevar por una sincera indignación, ajena a mi natural temperamento, pero siendo el primer partidario de la tolerancia ante los delitos que cualquier ser humano pueda cometen hoy proclamo mi profunda aversión, no ya hacia el delito, sino hacia el delincuente, y mi honda compasión hacia sus víctimas.

El fiscal, de voz sonora, sin estridencias, se aproximó a la larga mesa tras la cual se alineaban, en sus sillones, los tres magistrados.

—Solicito la venia de sus señorías para que me sea concedido el fuero “question non jurat”.

El abogado defensor, en pie, agitó las negras mangas, exclamando:

—¡Objeción! Este derecho que pretende arrogarse el honorable fiscal no tiene fundamento en esta causa en la cual no se juzga un homicidio infamante con aberraciones.

El juez actuante aplacó al defensor con un movimiento de la mano en la que sostenía las gafas, que enfocó hacia el fiscal Sanders.

—El procesado ha sido ya objeto de los pertinentes interrogatorios, y deseo nos exponga la honorable acusación las bases jurídicas en que asienta su petición de interrogar, sin juramento, al encartado.

—En la demora para la obtención de pruebas fehacientes en mi poder y en el precedente de la decisión del Supremo al revocar la sentencia a veinte años de Leslie Grundig y ratificar la petición fiscal de muerte.

El juez actuante se inclinó a un lado para ser informado por su secretario y el abogado defensor hizo gala de memoria.

—Leslie Grundig fue ejecutado por un asesinato cometido durante una sesión de magia negra, delito que repugna a una mente cristiana, y que no es el caso de mi defendido.

El juez actuante, calándose las galas, miró extrañado a Sanders:

—Leslie Grundig era un adicto a la magia negra que desvió su morbosa criminalidad hacia prácticas de simulación del vampirismo, señor fiscal.

—Quiero demostrar que Blunt Robin es un ente infrahumano que sólo es acreedor a la infinita compasión del Ser Todopoderoso, pero nunca a la de nuestra sociedad. Reitero mi petición de “question non jurat”.

Tras un breve conciliábulo, Blunt Robin, escoltado, pasó al estrado de

testigos. Alto y flaco, de delgados labios y ojos hundidos en sus cuencas bajo hirsutas cejas, se movía con cierta rigidez. Los largos cabellos negros y lacios contrastaban con el fulgor gris de sus pupilas.

Una expectación nerviosa alentaba en el ambiente, porque de unos a otros había ido infiltrándose el recuerdo de Leslie Grundig, "el vampiro del Támesis", como lo había apodado un "periodista.

Paseando ante el acusado, sin mirarle, expuso Sanders:

—Tiene usted derecho a saber en qué consiste esta práctica judicial poco empleada, Blunt Robin. Usted responderá, a mis preguntas, pero no está vinculado a ningún juramento, y por consiguiente, puede hacer uso de reticencias, disimulos, negativas y alteraciones de la verdad, con una sola excepción: no puede encerrarse en el mutismo. ¿Comprendido, Blunt Robin?

—Por completo, señor fiscal.

La voz aguda, algo trémula, de Blunt Robin, impresionaba en su contra, pensó el fiscal, que, deteniéndose de pronto, se encaró con el procesado:

—Declaró ser agnóstico, o dicho en otros términos, no creer ni negar la existencia de un Juez Supremo. Declaró no ser adepto al espiritismo, pero su biblioteca contenía todo lo publicado en dicha práctica, tolerada, así como en magia negra, delictiva. Declaró haber asesinado por estrangulación a Mary Perkins, al averiguar que ella no era una mujer honesta, por cuanto frecuentaba locales nocturnos en calidad de "gancho". ¿Cierto cuanto acabo de exponer?

—Muy cierto.

—Declaró haber asesinado por degüello a John Perkins, hermano de su otra víctima, por considerarle cómplice del engaño. Declaró haber sabido la licenciosa vida nocturna de Mary Perkins, al recibir un anónimo fechado el 13 de abril. ¿Cierto?

—En efecto, así fue.

—Recuérdeme la fecha exacta en que mató a John y Mary Perkins.

—8 de octubre.

—El 13 de abril sufre un desengaño, y el 8 de octubre pretende reparar dicho desengaño, estrangulando y degollando. ¿No le parece muy lenta una reacción incubada durante seis meses, Blunt Robin?

—¡Protesto! —intervino el defensor—. Esta pregunta, con insistencia machacona, la ha reiterado la honorable acusación.

—En este caso, retiro mi insistente y machacona pregunta. Quedamos, pues, en que dejó transcurrir seis meses, Blunt Robin. No pudo su honorable defensor alegar un arrebato pasional, sino una obsesión creciente y progresiva, que le condujo a matar. Una obsesión siniestra que le produjo una perturbación mental, arguyó la honorable defensa. Pero su

estado mental es más que perfecto, han dictaminado los peritos en la materia. ¿Cierto?

—No intenté nunca rehuir mi responsabilidad.

—Me conmueve su nobleza, Blunt Robin. Explicó usted su tardanza en asesinar, no por una premeditación cobarde e indecisa, sino por una comprobación de la exactitud del anónimo. Sin embargo, cualquier vecino conocía las andanzas de la infortunada Mary Perkins. No, Blunt Robin, no era usted el obsesionado, sino que fue usted..., ¡el que impuso la siniestra obsesión en los Perkins!

Encogió Blunt Robin los angulosos hombros, y Norman Sanders le volvió la espalda, aproximándose con deliberada lentitud al estrado de los jurados:

—A mediados de mayo, Mary Perkins visita a un médico, quejándose de horribles alucinaciones. El médico le recomienda dejar la bebida y le receta un sedante. Días después, John Perkins, un robusto camionero inmune a toda histeria, comenta con un amigo que, en pleno sueño, siente un soplo cálido en el rostro y, abriendo los ojos, contempla una figura impresionante. La describe, y alude a ojos refulgentes, tez de cera, largos dientes agudos y amplia capa negra. Su amigo le aconseja que no lea narraciones de vampirismo y que reduzca la dosis de alcohol. Estos testimonios han sido interpretados como muestras de la escasa solidez mental de John y Mary Perkins.

Presentó Sanders las dos manos abiertas, al añadir:

—Suplico sea tolerada mi falta de cordura. Ruego examinen detenidamente al acusado. No pretendo que sea un vampiro, porque somos gente culta y negamos la existencia de estos monstruos, engendrados por la superstición campesina en ciertas comarcas centroeuropeas,

Todas las miradas convergieron en Blunt Robin. La voz del fiscal se tomó insidiosa en su persuasión.

—Físicamente, Blunt Robin presenta un aspecto..., ¿cómo diría yo...?, lúgubre, tétrico y casi macabro. No lo desconoce. Lo aprovechará. Imagina una venganza digna de su orgullo que calificaré de satánico. ¿Atreverse a burlarse de él, un hombre superior, diplomado en Ciencias Exactas y experto en Ciencias Ocultas? No será un vulgar asesino que mata sin complicaciones. ¡ Oh, no! Blunt Robin es un ser muy por encima de lo corriente, y genial, según su propia opinión reservadísima, y desea imponer mil agonías a los dos pobres mortales que han osado mofarse de él. Y se deleita viendo plasmarse un infinito terror en la faz de Mary Perkins, que gime, que suplica...

—¡Protesto con toda energía! —gritó el defensor—. La acusación imagina y divaga sobre suposiciones sin la menor demostración ni base.

—Acepto la razón que asiste a mi honorable colega —admitió Sanders, dirigiéndose a su mesa. Su ayudante le tendió una carpeta, y el

fiscal extrajo dos hojas, que llevó a la mesa del Tribunal—. Solicito sean admitidas estas pruebas que no pudieron ser presentadas antes, porque su descubrimiento tuvo lugar con demora.

El juez examinó las dos hojas y declaró:

—Son certificados médicos, legalizados. Puede emplearlos, señor fiscal.

Norman Sanders se detuvo ante Blunt Robin, cuya mirada expresaba una recelosa malignidad.

Agitó Sanders las dos hojas.

—Puede solicitar su lectura en voz alta, Blunt Robin. ¿No? Entonces, dígame en su calidad de doctor en diversas ciencias y de bibliófilo en obras de execrable gusto, cuál es, según la leyenda, la marca que se halla en las víctimas del vampirismo.

—Dos orificios

—¿Grandes como una moneda? ¿Diminutos como pinchazos de alfiler o mordiscos de agudos caninos?

—Diminutos.

—¿En el rostro, en el pecho, en una mano, en la garganta?

—En la garganta.

—¿En la nuca, en la nuez, en el hoyo vertebral, a cada lado de la yugular?

—A cada lado de la yugular.

—Muchas gracias, Blunt Robin.

Y ante el jurado, mostró Sanders las dos hojas.

—Son copias certificadas por el Colegio de Médicos de las declaraciones sobre unas asistencias facultativas solicitadas por Mary Perkins en tres fechas distintas: 14 de julio, 7 de agosto y 21 de septiembre. La superstición tan extendida en la Edad Media atribuía como ambiente para las incursiones de los vampiros las noches de luna llena. Puede ser consultado un calendario, y quedará comprobado que las noches del 13 de julio, 6 de agosto y 20 de setiembre eran noches de luna llena y fueron las que precedieron a las tres asistencias facultativas que solicitó Mary Perkins.

El malestar sucedió a la curiosidad. Agregó Sanders:

—El médico que atendió a Mary Perkins no concedió importancia a las dos picaduras, y reiteró su consejo. Mucho detergente y más limpieza en la alcoba de Mary Perkins. Aquellas picaduras debían ser producidas por pequeños insectos repulsivos, como chinches, por ejemplo, o pulgas. Benditos y limpios animalitos..., ¡ante este monstruo!

La repentina media vuelta del fiscal, su cambio de tono, que de suave pasó a tonante, su exclamación airada y el brazo tendido, acusador, podían ser muy teatrales, meditó Sanders, pero eran de gran efectividad. Se aproximó al estrado del testigo, y su voz fue nuevamente suave, insidiosa:

—Es su deber vital negarlo, Blunt Robin, porque yo, en su lugar, y Dios me perdone a la sola idea, haría lo mismo. ¿Visitó la alcoba de Mary Perkins en las noches que acabo de mencionar?

—No.

—¿Me considera un truculento mentiroso?

—¡Sí!

—Respeto su embustera y falaz opinión, pero aporte pruebas, al igual que yo presento testimonios médicos.

Blunt Robin tenía un rictus muy peculiar. Alzaba una comisura labial, y la esquina de sus delgados labios descubría unos dientes normales, algo más agudo el camino, como en cualquier otra dentadura.

Afirmó Robin con su característica voz aguda y trémula :

—El vampirismo con el cual pretende impresionar a los crédulos es un recurso impropio de un abogado, Sanders.

—En efecto, porque soy un individuo corriente y sin genialidades de ninguna clase, Robin. Por favor, señor Dundee... Aclaro que el señor Dundee es un excelente investigador a mi servicio. Tenga la bondad, señor Dundee, de explicar a la sala qué es lo que tiene en la mano, al parecer un tubo de aspirina, y exponga dónde fue hallado y a qué hora.

Alee Dundee, rechoncho y plácido, de cara sonrosada y monacal, avanzó sosteniendo delicadamente un tubito de cristal entre el índice y el pulgar. Norman Sanders permaneció estático, fija la vista en el rostro anguloso de Blunt Robin, cuyos ojos grises se contraían hasta reducirse a dos rendijas brillantes.

Con tono de lector aburrido, sin inflexiones, expuso Alee Dundee:

—Después de obtener anoche los dos certificados médicos, procedí esta mañana a primera hora, ante dos testigos, a un registro exhaustivo del domicilio sellado de Blunt Robin. Eran ya las once y cinco minutos cuando encontré este tubo que en su exterior lleva la etiqueta "Bayer" y que en su interior contenía siete comprimidos de aspirina. Vacíé los comprimidos, maquinalmente, ante los dos testigos, y en el fondo apareció lo que está ahora contenido en el tubo. Esto es todo cuanto tengo que declarar.

Norman Sanders ondeó las amplias mangas al presentar hacia el acusado sus dos manos abiertas.

—¿Oyó perfectamente, Blunt Robin? ¿Sí? ¿Tiene la bondad de decir a la sala lo que oculta este tubo inofensivo? ¿No? Es lógica su negativa, porque le consta que dos minúsculos accesorios van a ser los firmes peldaños que le conducirán a la horca. ¿Tiene la postrera elegancia de defender su inmensa malignidad? ¿No? Sería preferible la insolente carcajada de la hiena sucia al medroso encogimiento del repelente reptil.

Blunt Robin pareció escupir, pero sus palabras salieron chirriantes como mordeduras:

—¡Te visitaré, Norman Sanders! ¡Agonizarás horriblemente... !

—Por favor, señor doctor en Ciencias —atajo secamente el fiscal—, es deplorable su actitud y son grotescas sus amenazas. No puedo ya contemplarle más, porque llegué a la saturación de la profunda repulsión que me inspira.

Y volviéndose, expuso Norman Sanders:

—Dos casquillos vacíos, en forma de larga funda, de porcelana, con un extremo agudizado, y que se adaptan perfectamente a irnos dientes caninos normales, son los dos accesorios que contiene el tubo cuyo hallazgo tuvo lugar, ante testigos, en el domicilio sellado y propiedad de Blunt Robin. He terminado.

La sentencia de muerte en la horca, seguida de la piadosa frase ritual, fue pronunciada por el tribunal, que señaló como fecha para la ejecución el 7 de noviembre.

* * *

La noche del 6 de noviembre el celador de la galería de condenados a muerte tenía un solo inquilino: Blunt Robin. Y declaraba que Blunt Robin no era un ser de este mundo, sino un ente infernal.

Al abrir el rastrillo al visitante, insistió el celador:

—Es necesario que lo sepa, señor. Este criminal es de lo peor que he conocido. Lanza unas carcajadas demoníacas, y de pronto solloza agudamente. Hacia el alba, aúlla como un lobo.

Norman Sanders, impecablemente vestido de oscuro, con guantes y sombrero grises, llevaba al brazo su abrigo y bufanda. Manifestó amablemente:

—Suelen producirse ataques demenciales en los que aguardan la hora de subir al patíbulo.

—Sí, pero hay una gran diferencia entre las crisis de locura de pobres diablos y los ataques de vesania de un... un sujeto que no es de este mundo, señor.

—Robin es un hombre, como usted y yo, pero que depravó su talento hacia el crimen morboso. Nada más.

Entrego su abrigo y bufanda al celador, que se excuso:

—Es el reglamento, señor, y aunque se trate de usted...

—La ley es la ley —afirmó solemne el fiscal. Las vulgaridades y los axiomas encantaban a la buena gente normal como el celador.

Abierta la puerta metálica, entró Norman Sanders en la celda.

Sentado en la cabecera de su camastro, Blunt Robin alzó la comisura labial, emitiendo un tenue bufido.

Sanders expuso fríamente:

—La última voluntad de un sentenciado es respetable, aunque sea la suya, Robin. Solicitó verme, y aquí estoy.

—Es noche de luna llena, Sanders.

—Magnífica para los caminantes, deplorable para los enamorados. No hay niebla y es agradable pasear por Londres. ¿Qué me quiere decir, Robin?

—¿Recuerda lo que le dije al disponerse usted a revelar el contenido del tubo?

—Mencionó visitas imposibles y agonías absurdas. No he venido para ensañarme con un individuo que morirá dentro unas horas, sino a escucharle, si desea efectuar alguna petición concreta y postrera.

—Quiero que me mire bien, Sanders, y que mi rostro no se le olvide nunca .

—¿Algo más?

—Usted debe dormir apaciblemente, sin pesadillas, porque estoy seguro que su cerebro no es impresionable y es poco imaginativo.

—Excelente diagnóstico.

—Una noche sentirá una respiración anhelante y al despertarse comprobará que no era su propia respiración. Verá mi persona inmovilizada a poca distancia, y sabrá lo que es agonizar crujiendo de dientes, sabrá lo que es sentir cómo resbala por su espina dorsal un frío sudor de estremecimientos, y no podrá reaccionar, no podrá moverse.

—Como el pájaro ante el reptil. Pero prescinda usted de dos verdades elementales, Blunt Robin. Ni soy una pobre mujer asustadiza, ni podrá usted servirse de sus casquillos dentales, porque, y lamentablemente es mi deber recordárselo, mañana, cuando luzca el día, usted rendirá cuentas ante el Tribunal Misericordioso.

—Si usted no hubiese realizado investigaciones propias de un sabueso y no de un abogado, posiblemente no me esperaría la horca.

—Es muy posible.

—¡ Saldré de mi tumba, Norman Sanders, y te visitaré!

El rostro largo y anguloso ostentaba una crispación de intensa maldad.

Norman Sanders, adusto, replicó:

—Me produce malestar ver cómo un hombre culto se comporta peor que un campesino ignorante y malvado. Seamos positivos y procure demostrar algún sentido práctico, Robin. De su maldad no puedo ser juez, pero un carácter orgulloso como el suyo debería experimentar vergüenza al exponer insensateces que no pueden hacerme mella, porque ni soy crédulo ni imbécil. Buenas y últimas noches, Blunt Robin.

—Aguarda un minuto tan sólo, Sanders. En lo sucesivo, ante cualquier hecho luctuoso, aunque no te afecte directamente, recuérdame... De ahora en adelante, ante cualquier suceso que trunque y altere tu existencia de hombre práctico y sensato, recuérdame... ¡Mis poderes te desafían! ¡ Mis poderes te dominarán y el imperio de las Tinieblas te

vencerá...!

Abandonando la celda, Norman Sanders trazó lentamente la señal de la cruz.

No lo hizo a modo de exorcismo, sino en reacción de hombre normal ante un demente poseso que desvariaba...

Y atribuyó su reciente estremecimiento al gélido ambiente de la tétrica galería.

En la calle, recobrando su habitual sentido práctico, sonrió pensando que las truculencias de Blunt Robin le hubiesen proporcionado algunas páginas al folletinista “Morty Blake”, seudónimo de Lewis Mortimer, ex novio de su hermana Patricia.

CAPITULO II

Lewis Mortimer tecleaba absorto, viviendo su personaje, y en voz alta releyó lo que acababa de escribir:

“Más allá de aquellas cumbres nevadas, Rex Byron presentía la existencia de un Shangri-La, un edén apacible, donde podría realizarse su ambición espiritual. Si para alcanzar aquel oasis era preciso el crimen, pensó Rex Byron, no le importaría ser un artesano del asesinato premeditado, estimando en conciencia que los medios para alcanzar el fin soñado adquirirían una quintaesencia sublime, desprovista de toda humana trivialidad...”

—Se enfría la sopa, Lewis.

En el umbral, Diana Mortimer respiraba humana trivialidad, con su delantal de cocina y su aspecto saludable.

Lewis Mortimer, enfundando la máquina, protestó malhumorado:

—Así no hay forma. Me reviento con mis dos capítulos diarios de folletín, y cuando quiero aislarme unas horas con mi primera novela digna de este nombre, sales tú con la sopa.

—Por más que te quieras aislar, tienes que comer. Te llamé tres veces y no me hiciste ningún caso. Verás qué cena más estupenda, Lewis.

Lewis Mortimer abandonando su despacho casero, pasó al comedor y, sentándose, rezongó, aún irritado:

—Tendrás mucha razón, pero me molesta que le concedas mayor importancia a tus guisos que a mi obra.

—No digas eso, porque sabes que admiro tu arte, pero no quiero que enfermes. Cosa que sucederá, si no comes como es debido

Lewis Mortimer fue deglutiendo cucharadas, pensando con envidia en Rex Byron, su personaje, un soltero que comía cuando le daba la gana. Mejor dicho, la facultad de ser un personaje de novela le permitía a Rex Byron prescindir, de toda comida.

—Es sopa “Bourguignone” —aclaró Diana—. Una receta francesa.

—Excelente, excelente —afirmó él, deseando volver cuanto antes a su interrumpida obra—. ¿Qué sigue?

—Revoltijo a la “béchamel champignon” —pronunció ella con sumo respeto, yendo a la cocina.

—Traduce, caray.

—Huevos batidos con harina y setas.

—¡Y dale con las setas! No es que me desagraden, pero por lo visto encontraste una ganga, en la tienda. Llevamos un mes con setas a todo pasto.

—Era un lote en excelentes condiciones. Y no podrás negar que las preparo tan variadamente que parecen cada vez un nuevo manjar.

—No dejan de ser setas —y para apartarse de la trivialidad de lo cotidiano, expuso Mortimer con creciente entusiasmo—: Tú verás cuando me publiquen “La senda de la verdad” con mis nombres legítimos... Ya no tendrás que cocinar ni buscar lotes de provisiones con rebaja. Viajaremos, residiremos en hoteles y comeremos cuando y donde se nos antoje.

Murmuró ella apenada:

—¿Acaso te disgusta nuestra forma de vivir?

—¡No, mujer! —se indignó Mortimer—. No has de sacar conclusiones equivocadas. Pero mejorar es el estímulo natural en cualquier persona. Yo tengo plena confianza en mi novela, porque reúne en dosis graduada los ingredientes del éxito. Intriga, personajes humanos, “suspense”, incidencias lógicas... Ahora precisamente estoy en un pasaje decisivo, cuándo el protagonista avistando ya el valle inexplorado...

—Si no lo comes caliente, mi “béchamel” resultará un fracaso —anunció ella.

Repentinamente agraviado, Lewis Mortimer la emprendió agresivo con el contenido del plato, removiendo el tenedor como una pala. Susurró ella:

—No debes enfadarte conmigo, Lewis. Soy la primera en admirarte, porque, además de tus dos folletines diarios, tienes el valor de imponerte horas extraordinarias en tu novela grande. Después de la cena me leerás lo que has escrito últimamente

“Para coger el sueño mejor”, meditó Mortimer.

Comieron en silencio, hasta que, de pronto, Diana, levantándose, lívida, crispó la diestra sobre su estómago.

—¿Qué te ocurre?

—No sé... Pero acabo de sentir como una mano estrujándome... Un dolor agudo.

—Puede ser acidez estomacal.

Asintió ella, dirigiéndose a la cocina.

Lewis Mortimer, soltando el tenedor, se pasó la mano por la frente. El comedor parecía de pronto estar excesivamente caluroso.

Bañado en sudor el rostro, se levantó y un vértigo le hizo apoyarse en la mesa. Llamó:

—¡Diana!

No obtuvo respuesta. Sentía crispaciones en el estómago y pensó que había sido acertada la descripción de su esposa: “Como si una mano estrujase”... “Un dolor agudo”...

Oyó el sordo ruido de un cuerpo desplomándose en la cocina, y tambaleándose, dio irnos pasos:

—¡Diana!

Consiguió llegar al umbral, donde se apoyó. En el suelo yacía Diana contraída en posición que denotaba sufrimiento. Inerte.

Lewis Mortimer alargó el brazo, buscando a tientas el teléfono. Nublada la vista, cayó de rodillas, sin fuerzas para luchar contra el agudo dolor que parecía quemarle desde la garganta hasta la boca del estómago.

Desprendido de su engarce, el teléfono oscilaba como un péndulo, y Lewis Mortimer creyó que gritaba pidiendo auxilio. Pero sólo emitía un quejido, que pronto cesó.

* * *

Se sentía como envuelto en blandas espumas, viendo por todo horizonte alburas. Muy lejana, una voz iba haciéndose audible:

—...totalmente fuera de peligro. No debe inquietarse ya, señor Dundee ¿Dundee? Claro, Alee Dundee, el entrometido de siempre. No podía fallar allí, con su predilección por husmearlo todo. Parpadeó.

—Ya vuelve en sí —afirmaba Alee Dundee—. Gracias, doctor. Yo me cuido de darle las noticias a mi amigo Mortimer.

¿Su amigo? Muy relativo, porque el expansivo Dundee era de los que al cabo de cinco minutos de conocer a una persona, ya la trataba como a un amigo de la infancia.

—Hola, Mortimer. Nos dio el gran susto a los amigos, hombre. Realmente, fue un acierto que se le ocurriese perder el sentido junto al teléfono descolgado.

—El teléfono descolgado —repitió Mortimer—. Ya recuerdo...

—La telefonista supo interpretar el quejido que oía, y en un instante llegaron los de la patrulla, precediendo en poco a la ambulancia. A eso le debe usted la vida.

Palpó Mortimer las sábanas y pudo concentrar la mirada. Paredes blancas de un cuarto de clínica, y el pesado de Alee Dundee hablando sin cesar.

—El médico conocía su oficio y procedió inmediatamente al lavaje de estómago. Una intoxicación de órdago, Mortimer, que en cierto modo, puesto que se ha salvado, le servirá como experiencia para narrarla en una de sus grandes novelas...

La supuesta ironía de Dundee le crispaba los nervios.

—Podrá describir con talento las sensaciones del intoxicado grave que renace a la vida. Lo esencial es que lo podrá contar.

—¡Diana! ¿Dónde está Diana?

El charlatán Dundee apretó los labios por un instante. Después aplicó

una torpe palmada en el hombro de Mortimer.

—Dice el matasanos que tiene usted una constitución muy robusta, Mortimer.

—¡Diana! ¡Quiero verla!

—Domínese, muchacho —y el tono de Dundee se hizo compasivo—. Según dice el médico, Diana no padeció mucho, y esto ya es algo. Su constitución era algo delicada, pese a su apariencia, ¿comprende? En ella, la intoxicación actuó con misericordiosa rapidez...

Se interrumpió Dundee, molesto.

Lewis Mortimer, llevándose las manos al rostro, trataba de dominar un brusco sollozo.

Una enfermera entró, diciendo con frialdad:

—Es preferible que deje a solas a su amigo, señor.

Asintió Dundee, pero ya en el umbral se volvió diciendo :

—Puede contar conmigo para todo, Mortimer. Vendré de nuevo a verle.

Poco después, Lewis Mortimer pulsaba la perilla en la cabecera. Apareció la enfermera, con sonrisa profesional.

—¿Qué se le ofrece, señor Mortimer?

—¿Quién me trajo a esta clínica?

—Su amigo el señor Dundee. Dijo que se cuidaba de arreglar todos los trámites.

—¿Mi esposa? —y la voz quiso ser firme.

—Sería mejor que volviera a tenderse, señor Mortimer. Procuraré que el doctor anticipe su visita.

Lewis Mortimer siguió paseando por la habitación. Su pijama clínico le venía algo estrecho. Salvo una palidez acentuada y las ojeras, nada hacía suponer que se había salvado de la muerte por escaso margen.

A las tres entró el doctor, comentando:

—¿Tiene prisa de abandonarnos? En realidad, usted ya está totalmente fuera de peligro, pero es conveniente que se tome unos días de reposo.

—¿Dónde está mi esposa?

—Su amigo, el señor Dundee, se cuidó de todo. Es grato disponer de un amigo en momentos de prueba. Puedo asegurarle que la primera asistencia facultativa hizo todo lo posible por salvar a su esposa. Desgraciadamente, fue inútil.

Lewis Mortimer daba la espalda. Parecía mirar por la ventana. El médico prosiguió:

—Es usted joven y no tenían hijos. Puede rehacer su vida, y si le sirve de consuelo, sepa que su esposa no pudo sufrir mucho. Estaba ya insensible a todo dolor cuando la policía irrumpía en el piso.

—Gracias, doctor. ¿Puedo irme?

—Ahora mismo, si me promete reposar unos cuantos días y atenerse al tratamiento que le recetaré.

Lewis Mortimer no oía. Pensaba que ni siquiera había acompañado en su último viaje a la ene había compartido durante dos años su existencia. Otra imagen fue filtrándose en su mente: la delicada y espiritual de Patricia Sanders.

CAPITULO III

En una suntuosa mansión al extremo oeste de Londres, en el distrito de Oldyork, residía Norman Sanders con su hermana Patricia y su tía Telma Smith.

Era respetada su costumbre invariable de airarse tras la cena, durante dos horas, de ocho a diez, en su despacho particular. Bajo ningún pretexto toleraba incursiones femeninas ni visitas en aquellas dos horas, 3 al oír la llamada en la puerta, alzó la vista del expediente que estaba estudiando.

Telma Smith había dejado atrás los treinta y cinco años, pero no admitía cábalas ni comentarios sobre si le faltaban uno o dos años para cumplir los cuarenta. Había decidido plantarse en treinta y cinco.

Rubia exuberante, de picaresco y lozano semblante jovial, había rechazado numerosos pretendientes, y aseguraba que se reservaba para el príncipe azul... que no lograba encontrar.

El abogado la contempló con paciente resignación.

—Lo siento mucho, pero muchísimo, Norman. ¿Me permites sentarme un poco?

—Ya estás sentada, Telma. Presumo que sería perder el tiempo, rogarte que me expongas en pocas palabras lo que me obligarás a escuchar en largas parrafadas incoherentes.

Rió ella muy satisfecha.

"Exactamente una clueca oronda", pensó Sanders..

—Verás, Norman, es que el asunto sensacional que . me trae aquí, interrumpiendo tu cartujana costumbre, presenta diversas facetas. Por un lado, es indudablemente un acontecimiento trágico, pero, por otra parte, puede ser la solución maravillosa de un problema de amor siempre latente.

—Dios santo, Telma... No es la hora más propicia para que me expongas los secretos de tu corazoncito, que, dicho sea entre nosotros, es tan exuberante como tu persona. Me dijeron anteayer que te vieron flirteando escandalosamente con Alea Dundee, que podría ser tu hijo.

—¿Mi hijo? —y apoyó ella una mano rolliza sobre el pomposo escote—. Eres cruel, Norman, cruelísimo. Alea Dundee no es ningún niño y ha rebasado los treinta, como yo. Sí, cumplí los treinta y cinco en julio, y empieza a pesarme la soltería, Norman. Si bien tú, por ser mi sobrino, no

puedes mirarme como un hombre, has de saber que yo soy una mujer que inspira todavía pasiones, y si no fuera honesta...

—El hecho de que seas mi tía no excluye mi condición de varón. Por favor, Telma, no divagues más y dime a qué has venido.

—Patricia está jugando al bridge en casa de los Donaldson, y todavía no sabe la noticia. Una noticia tremenda, Norman. Me impresionó sobremanera cuando me lo anunció por teléfono mi amiga Bárbara, la que está casada con el infeliz calzonazos de Rupert. ¿Ves...? Algo que nunca podría soportar es a un hombre manso, porque considero que la mujer debe ser dominada, vencida y sojuzgada, y la Biblia ya dice que la verdadera mujer será de natural sumiso...

Las dos cejas en alto del abogado interrumpieron el chorro verbal, y sonriendo, añadió ella:

—Yo no soy una comedia británica con hielo en las venas. Mi sangre tiene un cincuenta por cien de hervor italiano y no soy un témpano como tú, Norman.

—Cualquier noche, mi muy estimada tía, te llevarás una sorpresa, porque me vendrás a sacar de quicio en un momento crucial, y tras mi helada fachada estallará mi fondo volcánico. Te lo advierto.

—Eres malísimo —rió ella muy complacida—. Si tu hermana se entera de lo que acabas de revelar, se escandalizaría.

—Abandonemos el conato de flirteo, y dime ya de qué se trata.

—Se trata de “Morty Blake”.

—Seudónimo de Lewis Mortimer, que rellena papel con lucubraciones calenturientas pagadas a un chelín por hoja y que son publicadas en folletín por dos vespertinos de escaso tiraje. Bien, ¿y qué?

—No ignoras que Lewis y Patricia fueron novios en la Universidad.

—Mi hermana era por entonces una niña y Mortimer un estudiante; Fue un idilio adolescente, primaveral y sin solidez. Por cierto, hace algún tiempo que no veo a Mortimer. A veces venía a pedirme expedientes para sacar ideas que le sirvieran para sus folletines.

—Mañana lo verás en todos los periódicos. Una tragedia espantosa. Estuvo a punto de morir envenenado, y así ha muerto su esposa.

Rogó Sanders:

—Trata de ser más coherente. Dices que Mortimer estuvo a punto de morir envenenado y que su esposa falleció.

—Bárbara, que es una admiradora de los folletines que escribe “Morty Blake”, recibió una llamada de una amiga suya* enfermera, comunicándole el ingreso de “Morty Blake”. en estado grave, en su clínica. La esposa de Lewis ya había muerto. Resulta que los dos a la vez se envenenaron.

—Concretemos, si es posible. Dices que Mortimer y su esposa decidieron envenenarse.

Alisó ella la tensa falda y se sopló en el escote. Solía hacer ambas cosas cuando empezaba a impacientarse.

—Nunca me quieres comprender, Norman, y creo que te complaces en irritarme, para que me sienta abrumada bajo un complejo de inferioridad intelectual. Ya sé que me consideras una gansa, una clueca y una paloma buchona...

—No puedes ser tres palmípedas a la vez, tía Telma —sonrió Sanders—. Regresa a los Mortimer, por favor.

—Comieron setas. Ya está.

—Una intoxicación no es lo mismo que un envenenamiento, Telma.

—No puedes exigir que todos hablemos como los picapleitos.

—Dijiste que la tragedia podía suponer la solución de un problema de amor siempre latente. Aclara.

—Patricia siempre amó a Lewis, y sigue enamorada. Ahora, al haber enviudado Lewis...

Alzó Sanders la diestra, severo el rostro.

—Los problemas amorosos de Patricia le pertenecen exclusivamente a ella. Considero de mal gusto tu comentario sobre la viudez de Mortimer.

—Tu puritanismo es desplazado, sobrino. La verdad no tiene más que un aspecto. No seas avestruz.

—No escondo la cabeza bajo la arena, sino que me limito a exponer mi abstención en inmiscuirme en la vida sentimental de Patricia, y por último detesto ser llamado puritano.

Levantándose, ella se aproximó a la mesa, insistiendo :

—Lo eres, lo eres, Norman.

Se sentó en la esquina de la mesa, y las satinadas rodillas se exhibieron generosamente en su funda de nylon.

—Un hombre guapo como tú debería emplear estas dos horas nocturnas en cosas muy distintas al estudio de asesinatos, Norman.

Meditó Sanders fríamente que iba a ser preciso proporcionarle una impresión a la que llevaba en su sangre hervor latino y mucha coquetería natural.

—A veces pienso que a tus treinta y tres años, Norman, es caso anormal que no tengas novia o amiga.

—Aquí en casa, reposo, pero ignoras si en la ciudad tengo novia o amiga.

Se inclinó ella riendo y denegando con la cabeza. Pensó Sanders en una paloma arrulladora.

—Ya estaría yo informada, Norman. Eres un hombre extraño, porque no te comportas como corresponde a un Adán, fuerte y seductor.

El fiscal decidió que había llegado el momento de escarmentar a la que resultaba a veces extrañamente tentadora.

Abandonando su sillón, comentó:

—Me impongo un control, porque aborrezco al animal esclavo de sus pasiones en que se convierte el hombre que no sabe dominarse. Pero puedo prescindir del control cuando las circunstancias me lo exigen.

Ladeó ella la cabeza, abandonando su asiento artificial, y en pie, musitó algo alarmada:

—Tienes una mueca rara, sobrino.

Norman Sanders enlazó la cintura femenina, atrajo con brusquedad, y sus labios se aplastaron en el cuello blanco y terso.

—Muchacho, te has vuelto loco... Es increíble...

Los labios ascendieron hacia la mejilla, y Telma Smith forcejeó sin mucha sinceridad.

—Tu comportamiento es escandaloso, Norman, y tendré que...

Norman Sanders besó con apasionamiento, olvidándose del escarmiento y del control. Los tibios labios gordezuelos, primeramente prietos, se ablandaron, correspondiendo.

Sintieron un principio de vértigo; Telma Smith reaccionó, desprendiéndose del enlazamiento cuando uno de los brazos masculinos ascendió. Corrió ella hacia la puerta, donde se detuvo, anhelante el opulento busto.

Sentándose, Norman Sanders sacó el pañuelo del bolsillo superior, pasándolo con parsimonia por los labios. Interiormente estaba desconcertado, pero fingió absorberse en la lectura del expediente.

Desde la puerta, recomponiéndose el vestido, murmuró ella:

—Debería abandonar esta casa, Norman.

—Ojalá —silabeó él, sin apartar la vista del infolio.

—¡Impertinente! La mitad de esta casa es de mi propiedad.

—Te la llevas al otro extremo de Londres. No me opongo.

—Eres incomprensible, contradictorio y me irritas, Norman. ¿Por qué quieres que me vaya?

—Por lo menos, vete ahora, o te juro que me levanto, cierro la puerta y mañana paso a los tribunales, en calidad de reo del delito de “violencias ultrajantes” en la persona de una otoñal incendiaria.

Telma Smith abandonó precipitadamente el despacho.

“Aguas quietas forman turbulentos ríos”, meditó contrariado Sanders, volviendo a enfrascarse en el expediente.

A las diez y cinco subió directamente a su dormitorio.

Norman Sanders solía dormir plácidamente, sin pesadillas, pero aquella noche, en la inercia del sueño, percibió un desasosiego inexplicable. Por la entornada ventana penetraba un rayo lunar, y en el negro cielo la blanca esfera ostentaba plenitud.

Las blancas cortinas a cada lado del balcón se agitaban suavemente. Un soplo, que no procedía de la brisa nocturnal, alentó cercano al rostro del durmiente. Un soplo cálido, casi quemante, persistente...

Abrió Sanders los ojos, mirando hacia el balcón, y después al lado izquierdo. El reflejo lunar le permitía divisar los contornos.

Mirando hacia el lado derecho, frunció el ceño y repentinamente dilató los ojos, con incrédulo estupor.

Tendió la mano, encendiendo la pantalla sobre la mesita de noche, y volvió a mirar fijamente hacia la pared derecha de la alcoba.

Se pasó la mano por la frente y decidió, al apagar la luz, que no volvería a cenar hasta saciarse. Producía visiones desagradables... Recuperó prontamente el sueño, tras calcular que le quedaba menos de una hora para dormir, ya que el reloj de la mesita señalaba las seis y cinco de la madrugada.

Se agitó inquieto, buscando una postura que le evitase sentirse incómodo, con una zozobra creciente.

Un soplo cálido, quemante, rozaba su cuello, y alargó la diestra como para ahuyentar un mosquito inexistente.

Algo tibio rozó el dorso de su mano.

Norman Sanders, sentado en el lecho, abiertos los ojos, miró hacia su derecha y un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

Encendió la pantalla.

Estaba solo. Eran visiones impropias de una mente bien constituida.

Tendría que cenar más ligeramente...

No pudo volver a dormir.

* * *

—No hay nada mejor que un toque tónico —sonrió Alee Dundee, alzando de nuevo su copa—. La receta médica que le he recogido, no prohíbe el moderado paladeo del whisky.

—Le agradezco cuanto ha hecho. Me refiero a Diana.

—Juzgué mi deber hacer lo que pudiese. Seamos sinceros, Mortimer, aunque somos distintos en todo. Usted es reflexivo, refinado y culto. Yo soy impulsivo, basto y autodidacto.

—No será tan tosco como pretende, cuando el fiscal Sanders le eligió de auxiliar.

—Sólo para husmear. Soy un poco al estilo del Paul Drake de Perry Masón. Una especie de detective muy privado, que le acerté a Sanders la solución de un caso difícil, y desde entonces él tiene mucha fe en mis supuestas dotes.

—¿A qué viene la mutua comparación que hizo, Dundee?

—A que no es preciso que se esfuerce conmigo. Sé que me considera un charlatán entrometido y de bremas poco finas.

—Es posible que le tuviera... y tenga en tal concepto, pero últimamente he comprendido que pude equivocarme al juzgarle. Ha

demostrado ser capaz de elevados sentimientos, puesto que, no ignorando que yo no le tenía en gran aprecio, perdió muchas horas ocupándose de mí.

Alee Dundee rió, aviesos los azules ojos:

—Rectifico, como dice mi fiscal. Le advertí que iba a ser sincero. Lo que hice, lo hice por ella. Sí, porque Diana siempre me recibió con cortesía.

El escritor demostró una sincera sorpresa.

—Que yo recuerde, nunca fui grosero con usted.

—No se trata de grosería directa, señor Mortimer, de la que no es capaz su corrección universitaria y que, además, no aguantaría yo. Se trata de algo más hiriente. Usted me acogía con la elegante y fría displicencia del hombre superior. Ella tan sencilla y usted tan complicado. Mi amistad con Diana se remontaba mucho más lejos del tiempo en que usted la conoció. Indudablemente, Diana era una gran muchacha, pero usted, Mortimer, es de los que se deslumbran con las apariencias.

Frunció Mortimer el ceño.

—Lo que acaba de decir podría tener un doble sentido.

—No lo tiene —sonrió ácidamente Dundee—. Porque es una evidencia. Hagamos un símil, por ejemplo. Tiene usted un trabajo sólido, que le daba a diario un buen ingreso, no para enriquecerse, pero sí para vivir decentemente. Prefiere deslumbrarse con el espejismo de una futura gran novela...

—Deje este tema, Dundee. Cuando vino a recogerme a la clínica, le rogué que se dejase de actitudes compungidas y cara de pésame. El dolor que pueda yo experimentar, lo tengo muy encerrado en lo hondo. Si parezco insensible, mala suerte y a nadie le importa ni tengo que rendirle cuentas. Digo todo esto para hacerle comprender qué cualquier segundo pensamiento que albergue tras la frente, aparte de no importarme, puede declararlo con la franqueza de que hace ahora alarde.

—Ya que me invita... Es usted complicado, Mortimer, aparte de ser una contradicción viviente. Asegura que no le importa lo que pueda yo pensar, pero arde en deseos de saberlo. Mi segundo pensamiento, como lo califica, se refiere a la eterna Eva.

Lewis Mortimer, muy serio el anguloso semblante, tecleó sobre la mesa del comedor.

—¿Eva?

—No he espiado su vida sentimental ni sus pretendidos paseos de pensador solitario, cuando abandonaba por horas, su hogar. Me enteré, casualmente, de que últimamente se entrevistaba con Patricia Sanders, la hermanita de mi patrón.

—Una compañera de estudios. ¿Y qué?

—Nada, absolutamente nada. Les vi cierta tarde, juntos, paseando por

el Hyde Park, muy ensimismados en animada conversación.

—Ella ha publicado un ensayo sobre la novela policíaca, y como en la novela que pronto terminaré hay una intriga de corte policial, por eso me gustaba discutirlo con Patricia y... A fin de cuentas, Dundee, son casi las cinco, y para esta hora me ha citado el inspector William Blaine.

Apuró Dundee su copa, y recogiendo su abrigo y sombrero, anunció:

—Conozco a Blaine. Verá que es un personaje interesante, que parece un banquero adormilado, pero que ha resuelto los casos más complicados. Bien, ya nos veremos, Mortimer

—Tenemos aún que liquidar los gastos...

—Habrà tiempo, Mortimer. Y fíjese en la contradicción viviente que es usted: tras mencionar el poético nombre de Patricia, iba a decir: “Y a fin de cuentas, a usted esto no le importa”, pero dando marcha atrás, dijo: “A fin de cuentas, son casi las cinco”. Un contrasentido.

Sombríos los pardos ojos, afirmó Mortimer:

—Deberé revisar mi concepto sobre usted, Dundee. Le consideraba un entrometido superficial, husmeador nato, pero compruebo que saca conclusiones inteligentes. De todos modos, le aconsejo que tenga cuidado... No vaya a sacar conclusiones peligrosas.

—¿Peligrosas? Eso sí que no lo entiendo, Mortimer.

—Su alusión parecía indicar que yo me entrevistaba con Patricia, ignorándolo Diana. Debe enterarse que Diana conocía a Patricia, y sabía perfectamente que para mí, Patricia no es lo que. una mente sucia puede pensar, sino simplemente una* compañera de estudios.

—Si lo de mente sucia va para mí, tengo quitamanchas en casa —y abriendo la puerta, añadió Dundee—: Es muy cierto que soy un husmeador nato, Lewis Mortimer. Veo a veces móviles donde puede que no los haya.

—Un momento, un momento —exigió Mortimer con vehemencia—. Acaba de decir algo muy grave, y le pido una explicación.

El rostro monacal del rechoncho Dundee expresó irónico asombro.

—¿Dije algo grave? No sea tan susceptible, Mortimer. Aludí a mi empleo de investigador al servicio del fiscal Sanders. En cualquier caso que el fiscal me encomienda hacer indagaciones, veo siempre rarezas, y con frecuencia me equivoco. Vayan las equivocaciones por los aciertos. Buenas tardes, Mortimer.

A solas, el escritor paseó con nerviosismo.

Evitar mirar hacia la contigua cocina. Le parecía seguir viendo la silueta femenina extendida en contracción dolorosa.

CAPITULO IV

Para Norman Sanders, su investigador privado Alee Dundee era un analizador de una sensatez aplastante, que reducía a su punto justo las marañas más enrevesadas.

Faltaba un cuarto de hora para las cinco de la tarde, cuando Dundee entró en el despacho del fiscal.

—Hola, Alee ¿Qué tal se encuentra Mortimer?

—En estado lógicamente depresivo, más susceptible e irritable que nunca.

—Siempre me hizo el efecto de un amable y simpático muchacho, sabedor que desperdiciaba sus posibilidades en folletines.

—Es amable y simpático. Tiene usted aspecto de haber dormido poco. No debería acostarse muy tarde.

—A propósito, Alee. Usted recuerda perfectamente a Blunt Robin.

—Ajusticiado en la madrugada del 7, hace exactamente dos semanas.

—¿Qué opinión particular tenía de Robin?

—Un sujeto muy desagradable.

—Ya le conté detalladamente la triste escena que me vi obligado a soportar la víspera de su ejecución, al jactarse de poseer poderes sobrenaturales.

—El único poder sobrenatural que conozco es el de cualquier mujer sobre todos los hombres.

Sonrió Sanders. Le gustaba la llaneza bien humorada de Dundee.

—No le extrañe mi pregunta, Alee. ¿Cree posible que un hombre talludo y de nervios sanos, pueda soñar en un difunto?

—No tiene nada de extraordinario. He soñado muchas veces con cierta patrona mía, mi acreedora, que falleció sin cobrar, y créame que desperté sobresaltado, casi con remordimientos.

—Pero ¿es posible soñar por dos veces seguidas, en una misma noche, con el mismo personaje?

—¿Por qué no?

—Lo que quisiera saber es si se puede diferenciar el sueño onírico, del estado de semivela. Más claro, Alee: Si lo que contemplé soñando, lo contemplo despierto, ¿qué puede deducirse?

—Tomar magnesias, porque es síntoma de falta de limpieza intestinal —decretó Dundee.

—No es usted médico, Alee, y afirmo que mi organización intestinal es metódica y excelente. Dígame si le ha pasado a usted, soñar con alguien y al abrir los ojos perdurar ante su vista la persona en quien soñaba durmiendo.

—Nunca, porque cuando sueño con la Loren, si pudiera verla al abrir los ojos sería una delicia irresistible. En serio, Norman, nunca he visto despierto las personas que se movían en la zarabanda extravagante de las pesadillas. Aludió usted a Blunt Robin.

—Esta noche, mejor dicho, esta madrugada, a las seis y cinco, se presentó Blunt Robin en la zarabanda extravagante que menciona usted, Alee.

—Un sujeto como Robin le produce pesadillas al más templado, Norman.

—Abrí los ojos, y le vi inmóvil.

Alee Dundee se pasó la mano por la mandíbula.

—Puede reírse, Alee —añadió el fiscal.

—No, no. Personalmente, soñar con Robin no me produciría la menor hilaridad. Repito que tome magnesias, Norman.

—Usted sabe que me agrada profundizar hasta descubrir la explicación lógica a lo que aparentemente es una insensatez. Varias veces le expuse que en un conflicto de orden mental, cuando reina cierta oscuridad, debería recurrirse a la consulta de quienes estudian el laberinto cerebral.

—¿Los sicoanalistas? Es posible. Precisamente, conozco a un ingeniero que tuvo determinadas visiones que ningún especialista en nervios pudo explicarle racionalmente. Acudió al sicoanalista, y jura que es un imbécil quien toma a chacota el sicoanálisis.

—Por curiosidad, tal vez consulte a alguno.

—Conservo aún la tarjeta del doctor que maravilló al ingeniero de marras. Si la quiere... Es un sicoanalista extranjero.

—Mejor que mejor.

A solas, marcó Sanders los números del teléfono inscrito en la tarjeta que acababa de entregarle Dundee.

Una tarjeta muy propia de un extranjero, meditó Sanders.

De cartulina granulada, color salmón, y con letras en relieve:

K. H. NILSEN

SICOANALISTA



Poseia una inquietante bellezza esótica

A las cinco en punto, el inspector William Blaine, estrechando la diestra de Lewis Mortimer, manifestó su condolencia. Tema, en efecto, el aspecto de un próspero banquero, con su cutis sonrosado, sus gafas montadas al aire y su sobria vestimenta.

—Fue un accidente realmente sobrecogedor, señor Mortimer. El expediente, con el dictamen forense me fue entregado para proceder a su conclusión. Naturalmente, es la rutina a seguir en todo caso accidental, aunque se trate de un simple accidente de tránsito. Espero no importunarle.

—En absoluto, inspector.

—Sabrá usted ya la causa de la intoxicación.

—Deduzco que algo en la cena, estaba contaminado.

—Ah, pero ¿no le han expuesto en qué consistió el factor que originó la muerte de su esposa?

—No. En la Prensa aluden simplemente a intoxicación alimenticia.

—¿Recuerda lo que cenaron aquella noche?

—Diana tenía por costumbre detallarme la composición de sus guisos. Era una cocinera muy hábil y se complacía precisamente en el arte culinario. Aquella noche, me anunció con mucho orgullo el revoltijo de huevos con setas.

—¿Comían con frecuencia setas?

—Sí. Pero ¿fueron las setas? —y ante el asentimiento del inspector, añadió Mortimer—: Sí, eran setas en conserva... Es decir, comprendo que las recogidas en el monte y llevadas directamente a una cocina puedan intoxicar, pero envasadas... Entonces ¿era mala calidad de los envases metálicos o algún compuesto químico en el líquido de conserva?

—Fueron las setas en sí mismo. El dictamen forense especifica la existencia del tóxico venenoso llamado muscarina, que es contenido en determinada especie de hongos.

—Pero la fábrica conservera selecciona antes de envasar.

—Está obligada a ello. Claro que por negligencia de un operario, puede deslizarse algún ejemplar de setas venenosas. En la investigación que se está llevando a cabo en la fábrica expendedora, se determinará la posible responsabilidad en que puedan haber incurrido. Y ahora le ruego que no se moleste, pero estoy obligado a someterle a un interrogatorio.

—Me doy perfecta cuenta, y estoy a su entera disposición.

—En todos estos casos de accidente, que infortunadamente producen una muerte, siempre se recogen declaraciones de la vecindad, de personas conocidas... Fura rutina, molesta, pero precisa. Aquí tengo el informe sobre usted.

William Blaine se ajustó las gafas, hojeando su bloc:

—Mejor dicho, es un resumen de los puntos que estimo esenciales. Usted estudió Leyes y no terminó la carrera. Como huérfano, y por disposición testamentaria, heredó usted una modesta pensión, que le permitía terminar su carrera.

—Pero no atender un hogar. Conocí a Diana cuando me faltaban dos años para obtener el título universitario. Me enamoré de ella y tan pronto vendí un folletín policíaco, me casé con Diana Kelly.

—Ya... Es decir, que abandonó usted un porvenir brillante y una carrera, para convertirse en folletinista.

—Para convertirme en un marido feliz —corrigió Mortimer.

—No dudo que así lo pensó en el fervor del primer momento. Pasemos a otro punto. ¿Cree posible la existencia de algún enemigo suyo o de su difunta esposa?

Asombrado, denegó Mortimer, y expuso el inspector:

—La rutina nos obliga a no descuidar ningún ángulo de enfoque. Alguien pudo sustituir ejemplares de setas controladas en la fábrica, por setas venenosas.

—¡Imposible! Aparte de que Diana era muy meticulosa, afirmo rotundamente que ni ella ni yo teníamos enemigos.

—Haga un poco de memoria, señor Mortimer. Aquí tengo una anotación referente a cierto Earl Freeman.

Mortimer. elevó los hombros en gesto impaciente.

—Esto ocurrió hace mucho tiempo. Más de dos años. Earl Freeman y yo discutimos cori alguna violencia. Y desde entonces, ni siquiera pos hemos vuelto a ver. Sospechar la posibilidad de que Earl Freeman, dos años después, recurriera a un procedimiento tan alambicado, es, a mi sincero parecer, un absurdo.

—¿Conocía usted a fondo a Earl Freeman?

—No. Sólo sé que importunaba a Diana, y tuve que pararle los pies.

—¿A qué se dedicaba por entonces Freeman?

—Creo recordar que Diana me dijo que Freeman era agente de seguros.

—Ya... En cierto modo, sí. Era agente de seguros — y levantándose, añadió Blaine—: No le importuno más.

—Un momento, inspector. Al mencionar a Earl Freeman ha empleado usted un tono despectivo.

—Earl Freeman hace años que es un elemento fichado. Endemoniadamente listo, rencoroso, paciente, y que si dedicase su talento a trabajar con decencia, podría llegar lejos. Pero por temperamento, eligió sendas tortuosas. ¿Le trató mucho?

—Le vi dos veces. La primera, me lo presentó Diana. La segunda, discutimos acremente, y desde entonces no nos hemos vuelto a ver.

—Y su esposa le dijo que Freeman era agente de seguros. Posee

Freeman varias tarjetas de diversos y vagos oficios. En aquella época que usted menciona se dedicaba, efectivamente, a asegurar establecimientos. Pastelerías del Shoo, en un determinado sector. El recogía las cuotas llamadas de protección, y la pastelería que no pagaba dicha cuota era amonestada bajo forma de una rotura de escaparates. Más tarde, el encargado o dueño recibía una paliza. Freeman se retiró a tiempo. Hoy en día, su ocupación consiste en garantizar apuestas como intermediario entre el jugador y una sociedad ilegal. Sigue sin dejarse sorprender con pruebas en su contra.

—Earl Freeman puede ser un maleante, pero es absurdo pensar que dos años después, por más rencoroso que sea, decidiese vengarse mediante un procedimiento tan alambicado.

—Nunca se sabe bajo qué forma se presentará una venganza. Buenas tardes, señor Mortimer. Le convocaré para la conclusión de la encuesta. ¿Piensa cambiar de domicilio?

—Con la mayor brevedad posible, porque aquí, me resultan dolorosos los recuerdos.

—Le comprendo, y si se muda en fecha próxima, tenga la bondad de hacerme saber su nueva residencia. Buenas tardes.

A solas, pensativo, Lewis Mortimer tomó por fin una decisión. Buscó en el listín, hasta encontrar la dirección que deseaba.

Era absurdo, pero quería estudiar personalmente, frente a frente, las reacciones de Earl Freeman .

* * *

Norman Sanders acudió a la cita concertada por teléfono, para las seis de aquella misma tarde.

Estaba solo en el recibidor amueblado con sencilla distinción, y leía en la puerta encristalada:

K. H. NILSSEN
SICOANALISTA

La puerta encristalada se abrió y una mujer alta, de finos rasgos faciales, vestida con un traje-sastre gris, blusa crema, zapatos negros de alto tacón y medias de color gris oscuro, inclinó levemente la cabeza.

Acercándose, dijo Sanders:

—Buenas tardes. Quedé citado para las seis con el doctor Nilssen.

Volvió ella a inclinar la cabeza. Sus cabellos de un rubio muy claro, peinados en alto, compaginaban con la blanca tez y los claros ojos de un matiz casi translúcido.

Aquella enfermera debía ser escandinava, como el doctor, decidió

Sanders, mientras entraba en el consultorio.

La sala daba impresión de confortable recogimiento. Dos amplios sillones de cuero, una mesa despacho, un archivo a un lado y un ancho diván-cama, tapizado en terciopelo.

Colocó la escandinava un blanco lienzo sobre el largo cojín de cabecera y otro a los pies del diván.

—Tiéndase, si tiene la bondad —ordenó ella, recogiendo el abrigo, la bufanda y el sombrero, que colgó en el perchero.

Su voz era grave, pastosa, y un acento peculiar matizaba su inglés.

Norman Sanders se tendió en el diván, y al ver que la rubia se sentaba en el sillón cercano a la cabecera, manifestó:

—Mi cita es con el doctor K. H. Nilssen, señorita.

—Me llamo Karel Hildegard Nilssen, y soy doctor en sicoanálisis —anunció ella amablemente.

Sentándose de lado, arguyo Sanders:

—Nunca he acudido a un especialista de esa índole y me decidí el hecho de que fuese un... forastero.

—Soy sueca, pero revalidé mi diploma en Londres.

. —Francamente, y puesto que tengo entendido que la primera condición exigida es la mayor sinceridad, le confieso que vine con la certidumbre de consultar a un doctor masculino.

—En los exámenes no exigen la condición de género, sino de capacidad, y la demostré suficientemente —sonrió ella con agradable dulzura.

—Soy partidario de proseguir lo que he iniciado, pero en realidad, es una consulta más bien de tipo instructivo, y no de orden freudiano, doctor Nilssen.

—Tiéndase, si tiene la bondad. Debe relajar por completo el cuerpo, y si es posible, eliminar todo espíritu crítico.

Tendiéndose, Norman Sanders se esforzó en eliminar todo espíritu crítico.

—A los efectos de fichero, le haré preguntas corrientes; alternadas con otras que pueden parecerle casi improcedentes. ¿Nombres, por favor?

—Norman Sanders.

—¿Profesión?

—Abogado criminalista. Soltero, treinta y tres años, nacido en Londres, sin taras familiares ni vicios dominantes.

—Si no le importa, le ruego no ironice, en su propio bien, señor Sanders. Si cree que puedo serle de alguna ayuda, me complacerá poder demostrárselo. Si cree que no puedo resultarle útil, debo advertirle que mi consulta supone unos honorarios elevados, y aún está usted a tiempo de evitarlos.

—Excúseme, doctor. Mi profesión me deforma en el sentido de que

habitualmente soy yo el que hace preguntas corrientes y muchas otras, improcedentes al parecer. Reitero mis excusas, doctor Nilssen.

—En su calidad de abogado usted bucea en mentalidades muy diversas, y lo mismo sucede en este consultorio. Me sería imposible determinar la diferencia entre una atenuante en grado mayor y una agravante en grado menor, abogado Sanders.

—Lógicamente, ya que su profesión es distinta y no requiere conocimientos legales.

—Entonces, no puede usted determinar si el motivo de su consulta es de orden instructivo o freudiano. ¿Leyó a Freud?

—Muy por encima, y es excesivamente tortuoso para mí.

—Su celibato, ¿a qué obedece?

Norman Sanders frunció las cejas, reflexionando. Le parecía una pregunta capciosa...

—No he encontrado todavía la mujer que me inspire convicciones matrimoniales. Por ahora me conformo con veleidades, sin más.

—Una duda le impulsó a venir. ¿No halló ningún texto cuya interpretación pudiera resolver su duda?

—Ningún manual alcanza la exactitud de diagnóstico del experto.

—¿Su duda es de carácter freudiano?

—Ruego me defina dicho término.

—Cualquier pensamiento, sueño u obsesión, que no siendo producido por enfermedad nerviosa reconocida, tenga una íntima resonancia inexplicable por métodos lógicos.

—Excelente definición, doctor Nilssen. ¿Puedo concretar?

—Ambos lo deseamos. ¿Quiere fumar?

Tendía ella una pitillera y ofreció la llama del encendedor. Una mujer bonita e inteligente, dos cualidades que no sé daban con excesiva frecuencia, meditó el abogado, aspirando el humo, y volviendo a tenderse a la muda invitación de la mano femenina.

—Deseo concretar si es posible soñar en determinada persona y verla con los ojos abiertos. Me refiero concretamente a una persona que murió hace dos semanas.

—Es posible. En una mentalidad poco desarrollada y de tardías recuperaciones. Por ejemplo, el niño que tiene una pesadilla, queda tan impresionada su retina por las imágenes oníricas, que perduran dichas imágenes largo tiempo después de despertarse por completo.

—Mi edad descarta esta posibilidad, me considero bastante ponderado, muy positivo y nunca sufrí alucinaciones.

—Describame su sueño.

—Principié por notar una especie de tibieza. Como un aliento febril, un hálito progresivamente quemante, cerca de mi cuello. Abrí los ojos, y al lado derecho de mi cama se erguía, en completa inmovilidad, un individuo

vistiendo un frac anticuado, de pechera almidonada. Una amplia capa negra, forrada de escarlata, le pendía de los estrechos hombros. Sus negros cabellos lacios se erizlaban en las sienes, y sus velludas orejas no tenían la conformación habitual, sino que se afilaban como las de un lobo. De su boca sobresalían dos largos colmillos, ocupando el lugar de los incisivos. Sus ojos, más bien pequeños, despedían una extraña luz plateada, y expresaban una maldad intensa.

La pausa de silencio se prolongó. Tomaba ella notas y prosiguió Sanders:

—Encendí la luz y la figura desapareció.

—¿La vio salir?

—Rectifico. Aparté la vista para buscar el interruptor. Cuando brotó la luz y volví a mirar, va no estaba allí la figura. Me dormí de nuevo y percibí otra vez el aliento cálido. Alcé una mano y tropecé con algo tibio, viscoso, que no logro describir. Podía ser una mano... Abrí los ojos y allí estaba nuevamente la figura. Encendí la luz, y desapareció.

—Me dijo que la figura era la visión de una persona muerta hace dos semanas.

—Blunt Robin, ejecutado el día 7 de este mes. Yo fui el acusador en representación del Ministerio fiscal.

—Leí la reseña, señor Sanders. Usted acusó a Blunt Robin de simulación del vampirismo y lo demostró. Usted se considera positivo, razonable y sin la menor propensión a alucinaciones.

—Por, eso tengo el placer de conocerla. Por lo desagradable que me resulta hallarme ante algo inexplicable.

—Todo puede llegar a explicarse. ¿Cuándo vio por última vez a Robin?

—La víspera de su ejecución, porque solicitó verme. Me dijo textualmente que saldría de su tumba para someterme a agonías... Se jactó de dominar unos poderes de orden antinatural. Concretamente, ¿cómo puedo ver lo que no es racional que vea?

—La respuesta no es fácil, porque el ser más positivo puede experimentar un vértigo y sufrir una alucinación. Aunque usted esté sinceramente convencido de lo contrario, Blunt Robin pudo ejercer en su mente una influencia de choque.

—No soy impresionable en exceso.

—La influencia de choque se ejerce cuando dos mentalidades muy opuestas, contrastan y pugnan por imponer sus respectivos criterios. Las amenazas de Robin pudieron producirle una impresión recóndita, que cualquier indisposición pasajera transforma en visiones. ¿Cree usted que existe o existió el vampirismo, señor Sanders?

—Rotundamente, no. Un muerto nunca saldrá de su tumba hasta la llegada del día al que aluden las Sagradas Escrituras.

—Su opinión es la de un cristiano, señor Sanders.

—Prescindamos de toda religión, y me atengo al criterio racional. Permítame una pregunta, doctor Nilssen; ¿cree usted en los vampiros?

Sonrió la escandinava. Tenía unos labios muy atractivos y unos dientes pequeños, deliciosos y blanquísimos.

—Le recomiendo lea los tratados escritos por religiosos en la Edad Moderna.

—Por favor, doctor, no puedo siquiera imaginar que usted insinúe la existencia de patrañas de este índole. *

—Hace dos años, un soldado sueco regresaba a su hogar. Venía en uso de licencia y era un joven fuerte, positivo y sobrio. Fue hallado a la mañana siguiente, en un sendero, muerto, y con una expresión de infinito horror. Circuló el rumor de que había sido víctima de un vampiro. Los médicos diagnosticaron que la mordedura de un gran murciélago le produjo la muerte al soldado por colapso cardíaco.

—Diagnóstico exacto.

—En la zona norte de Suecia, en enero, y con ocho grados bajo cero, nunca hubo murciélagos.

—Pudo ser un ave rapaz extraviada... En fin, seamos concretos. Usted cree que yo he visto en mi dormitorio a Blunt Robin, que murió hace dos semanas

—Usted es el que debe procurar no creer en ello, señor.

Levantándose, Norman Sanders preguntó secamente:

—¿Cuánto le debo, doctor?

—Nada en absoluto. Yo no he resuelto su duda, usted es escéptico. Tal vez sus visiones se remonten a épocas infantiles, a algún remordimiento sofocado, pero latente. Un sondeo en su pasado pudiera demostrar que en la visión de Blunt Robin se plasman impulsos contenidos en su adolescencia.

Recogiendo su bufanda, abrigo y sombrero, replicó Sanders:

—Es posible que vuelva a visitarla, abonando antes los honorarios que le adeudo, y me someteré al tratamiento sicoanalista... si mi visión se reproduce.

Seguía siendo de luna llena, la segunda noche en que, cercana ya la madrugada, en la alcoba de Sanders, apareció de nuevo Blunt Robin.

Ya no era una aparición estática.

Movió en semicírculo los brazos y la negra capa forrada en vivo color escarlata, al dilatarse creó enormes alas lúgubres.

Norman Sanders encendió la luz con mano levemente temblorosa, mirando a la vez hacia la siniestra figura erecta.

Contempló la lisa pared.

Sujetándose la cabeza entre ambas manos, el ponderado y correcto abogado Sanders masculló una imprecación.

Empezaba a sufrir, despierto, pesadillas impropias de un cerebro positivo y concreto.

Revistiéndose el batín, permaneció alerta hasta que el amanecer disipó las tinieblas.

CAPITULO V

El despacho era similar al de cualquier hombre de negocios prósperos. Y Earl Freeman, con chaqueta azul, pantalón gris y zapatos de ante con suela de crepé, parecía un elegante deportista. Pulsó el dictáfono:

—¿Espera alguien, Myriam?

—Un caballero desea ser recibido.

—¿Relacionado con qué asunto?

—Privado, señor Freeman.

Rió Earl Freeman. Todo era privado en sus asuntos. Invitó:

—Adelante.

Entró Lewis Mortimer, avanzando hacia la mesa. Earl Freeman se puso en pie, lentamente:

—¿Cómo está usted, Mortimer? No esperaba verle de nuevo. Siéntese.

—Veo que me reconoce y me ha identificado inmediatamente.

—Aparte de que me precio de fisionomista, no podría olvidarle. Leí en la Prensa el desgraciado accidente. Lo siento por Diana. Bien, ¿a qué debo su visita, Mortimer?

—Semanas antes de casarme con Diana, me vi obligado a sostener una conversación violenta con usted.

Earl Freeman se palpó la mandíbula, duros los ojos grises.

—Tampoco lo he olvidado. No pensaba que un seudo intelectual como usted, acudiese a argumentos de pugilista. Me sorprendió la violencia del estallido de su genio, Mortimer. Y si Diana no me hubiese suplicado que no tomase represalias, le hubiera devuelto cien por uno. Encajé unos puñetazos que surtieron efecto, porque repito que me pilló usted por sorpresa. Pero... ya me considero desligado de la promesa que le hice a Diana. Estimo imprudente su visita, Mortimer.

—Luego decidiremos sobre este punto, Freeman. Parto de la base de que usted le mintió a Diana, al hacerse pasar por agente de seguros.

Entornó Freeman los párpados, y prosiguió Mortimer:

—En la época en que la conocí, Diana estaba empleada en una pastelería del barrio de Soho. ¿Una de las pastelerías que usted aseguraba contra destrozos futuros organizados por usted mismo?

—Posiblemente. De veras que no acabo de comprender el motivo de su inesperada visita.

—He ido pensando en cosas que se me presentan ahora bajo otra luz, una vez conocidos sus antecedentes. En la época en que conocí a Diana,

ella parecía temerle. Usted dijo que deseaba casarse con ella, pero hoy lo veo distinto. Hoy, casi tengo la seguridad de que Diana le tema temor. ¿Por qué?

Earl Freeman bajó la palanquita del dictáfono.

—Señorita Adams, puede marcharse. No la necesitaré.

Y desconectando, manifestó Freeman:

—Ha mencionado usted mis antecedentes. ¿Cuáles?

—Cuando le conocí, actuaba como intermediario de una banda de chantajistas, que se dedicaban a sacarles cuotas de un impuesto muy especial a los pasteleros. Hoy es intermediario entre los que apuestan y los que timan. Su calibre moral es bajo, Freeman.

Freeman, en pie, pareció despreciarse. Era elástico y flexible.

—Me está usted provocando, Mortimer. No pude entonces desquitarme, pero ahora creo que voy a cobrarme con creces. Aquí estamos solos, y las paredes son a prueba de ruidos.

También en pie, replicó Mortimer:

—Pretende usted que le hizo a Diana una promesa, referente a no tomar represalias por la paliza que le administré. Dado su calibre moral, dudo que usted haya respetado nunca ninguna promesa. ¿Por qué, entonces, mientras vivió Diana...?

Se interrumpió Mortimer, viendo el adorno que lucía la diestra de Freeman, que había parecido enfundarse un guante. Era un "puño inglés"

El hierro resaltaba cubriendo los nudillos. Rió Freeman.

—Mientras vivió Diana, no podía romperle a usted la cara.

—¿Por qué no? ¿Acaso sabía Diana algo que a usted le podía llevar esposado a una comisaría?

Earl, Freeman, contorneando la mesa, sonreía refocilándose, y anunció:

—Le prometo que tendrá muchas cosas en que pensar mientras le reparen en una clínica, Mortimer. Su rostro sufrirá gravísimas alteraciones...

Lewis Mortimer seguía retrocediendo, esperando hallar el medio de neutralizar el "puño inglés", cuyo primer impacto le supondría quedar en inferioridad de condiciones.

Encorvándose, Earl Freeman se dispuso a fingir, asestando un largo directo de izquierda. Mantenía en: cogido el puño derecho a la altura de la barbilla.

Lewis Mortimer parpadeó asombrado, tras esquivar el directo de izquierda, porque sin haberle tocado, Earl Freeman salía proyectado hacia atrás. Y la mano que le había empujado brutalmente, aplicada sobre el rostro, se prolongó en la silueta de un individuo flaco, de cabello rubio liso, y expresión sardónica, que dijo entre dientes:

—Con buenos modales, Earl. La educación nunca está de más,

becerro.

Lewis Mortimer contempló extrañado al desconocido que vestía llamativamente. Un traje azul oscuro, camisa a rayas amarillas sobre fondo negro, corbata dorada y fieltro negro.

Echado atrás el sombrero, el desconocido tenía un gran parecido con el actor Richard Widmark.

Earl Freeman se pasó la zurda por el rostro y manifestó:

—Contigo no va nada, Dad⁽¹⁾.

—Esto me lo sé de sobras, Slippy⁽²⁾. Y deja los apodos para cuando estemos comiendo en el mismo pesebre. Para este fulano, tú eres Earl y yo soy Brent. Al irse la mengana que tienes por secretaria, pegué la oreja a la puerta. No me agradan los abusos, Earl, y lo sabes bien, marrano. Por lo tanto, si este fulano viene a hacerte preguntas con cortesía, se las contestas con finura y buenos modales, ¿estamos?

Intervino Lewis Mortimer:

—Agradezco su intervención, pero estimo que puedo valerme solo.

—No diga sandeces, hombre. Usted es lo que se U,ama un convaleciente, y no está en condiciones de pelear. Esto lo sabía Earl, pero como es un verraco, ahí lo tiene, calzando un hierro en la pezuña. La diferencia que hay entre un cochino y tú, Earl, es que el cochino no sabe leer el periódico. Este fulano te ha dicho que mientras vivió Diana tú no te atreviste a meterte con él. Este fulano insinuó que Diana podía saber algo comprometedor para ti, y en vez de contestarle de hombre a hombre, ya pretendías abusar. Hágle más preguntas, Mortimer.

Lewis Mortimer afirmó:

—Nos veremos a solas, en otra ocasión, Freeman. De momento, tengo la base suficiente para dedicarle mi atención. Ante un desconocido, no quiero hablar más.

El escritor abandonó el despacho y estaba ya en la calle, cuando a su lado, el llamado Brent y apodado Cad, comentó en tono amistoso:

—Me cae usted bien, Mortimer.

—Tres cosas me ^intrigan en usted. Sabe quién soy, sabe que estoy reponiéndome de una intoxicación y sabía dónde encontrarme.

—Tuve el pálpito de que usted visitaría a Freeman, tras recibir la visita del inspector Blaine.

—Parece estar muy enterado de todo lo que se refiere a mí.

—Mucho más de lo que puede pensar, y si admite un buen consejo, vaya con cuidado al abordar a Earl Freeman. Está respaldado por gente dura, y sin el menor escrúpulo.

—Usted mencionó a Diana. ¿La conocía?

—Me llamo Brent Kelly. ¿Le basta?

Y Brent Kelly, chasqueando los dedos, llamó a un ^ taxi. Un taxi que se arrimó a la acera, y cuyo chofer llevaba unos instantes esperando la señal.

El taxi se alejó con su pasajero misterioso.

Lewis Mortimer permaneció inmóvil, reflexivo.

Kelly era el apellido de soltera de Diana. Podía ser una coincidencia de apellidos. Ella nunca había mencionado a ningún otro familiar, como no fueran sus padres, residentes en Irlanda.

Al entrar en su “Austin” no se sorprendió. Esperaba aquel momento. Y Patricia Sanders dijo con lentitud:

—Tenía que verte, Lewis. Nuestra relación es limpia y tú mismo dijiste que no te importaban las murmuraciones, puesto que Diana sabía perfectamente que nos reuníamos por nuestra mutua afición a la literatura. No sabes cuánto me ha afectado la muerte de Diana.

—Te consta que para mí, Diana era una compañera • ideal. Sencilla, sin mucha cultura, quizá, pero muy buena y paciente. Además, era rectísima en su juicio, y supo demostrar una gran elegancia espiritual. Pocas mujeres aceptarían sin sospecha, que su marido sostuviera una amistad con otra mujer.

Patricia Sanders iba asintiendo gravemente. Un verdadero cromo, digno del calendario “Squire”, había dicho de ella Alee Dundee.

Trigueña, de esbelta plenitud, poseía un gran encanto.

Al arrancar el “Austin” conducido por Mortimer, un hombre que contemplaba las revistas de un kiosko cercano, pasó a la inmediata cabina telefónica y transmitió al inspector William Blaine:

—...Mortimer bajó del despacho de Freeman, y en la acera se le reunió Brent Kelly. Este se fue en su taxi. En el “Austin” de Mortimer esperaba Patricia Sanders. El agente Jenkins sigue al “Austin”.

Sentada de lado, junto ¿ti volante, confesó Patricia Sanders:

—No fui a visitarte a la clínica ni a tu casa, porque ya sabes cómo es la gente. La murmuración no respeta la amistad más pura, Lewis.

—Hiciste bien. El chismoso de Dundee que nos vio juntos, ya ha hecho insinuaciones molestas.

—No le hagas caso. Alee es muy hablador, pero sin la menor maldad.

—Pero... es que a mi pena íntima, tengo que añadir ahora un angustioso interrogante.

—¿Acerca de qué, Lewis?

—El inspector William Blaine admite la posibilidad de que la intoxicación no fuese accidental.

Patricia Sanders parpadeó, dilatando los ojos.

—¡Esto es imposible, Lewis! Ha sido una intoxicación accidental producida por setas venenosas.

—El inspector Blaine estima probable que alguien sustituyese las setas.

—Pero, ¿con qué finalidad?

—Considera que alguien pudo querer vengarse de agravios pasados.

—Tú no tienes enemigos, y Diana era demasiado buena para tenerlos. Escucha, Lewis, ahora estás muy deprimido y cualquier comentario casual te inquieta. Debes tranquilizarte y pensar que el inspector Blaine cumple con el deber de todo policía, que es sospechar siempre lo peor.

—Hizo otro comentario... Vino a decirme que yo sacrificué mi carrera y*un buen porvenir al casarme con Diana. Sin expresarlo con palabras, dejó en el aire la presunción de que yo podía... haber planeado librarme de Diana.

—¡Esto es monstruoso! Y sin la menor lógica.

—Pero la gente inclinada a mal pensar, como, por ejemplo, Alee Dundee, sacará la conclusión de que ahora, no teniendo yo que sufragar los gastos de una casa, de un hogar... puedo terminar mi carrera, y dedicarme por entero a mi novela...

—Te repito que necesitas reposo, Lewis. Te torturas en vano. ¿Cómo puede nadie sospechar de ti? Estuviste a punto de morir, ¿no lo comprendes?

Mortimer siguió conduciendo. En silencio. Dijo por fin:

—Nunca me molesté en averiguar el origen ni el pasado de Diana. Ahora hay lagunas oscuras... Una de ellas, su temor hacia Earl Freeman, un aventurero fichado.

Contó Mortimer su entrevista con Freeman, y la extraña intervención del llamado Brent Kelly.

—...Y ya sabes que conocí a Diana cuando era dependienta de una pastelería. Me enamoré tan súbitamente, que nada me importó, salvo casarme con ella lo antes posible. No puedo negar que últimamente, a ratos, pensaba que aquel flechazo había hecho de mí un hombre agobiado, que no podía dedicarse a mejores tareas, ante el diario deber de ganarme el presupuesto de cocina y casa. Y ahora sospecho que en el pasado de Diana hubo algo misterioso.

—Debes olvidar todo esto, Lewis. Diana fue buena contigo y yo sé que era una mujer buena. Debes evitar pensar mal de ella. Debes concentrarte exclusivamente en tu novela. Terminarla, pensando sólo en eso: escribir y triunfar. Porque triunfarás.

Asintió Mortimer agradecido, y prosiguió ella, animosa :

—Para no dar pábulo a murmuraciones, aíslate en un lugar tranquilo, en el campo, lejos de la ciudad. Yo estoy dispuesta a sacrificarme sin verte, hasta que hayas terminado tu novela. Eso es lo único en que has de concentrar exclusivamente tu pensamiento.

—Tienes razón, Patricia. Será para mí el sedante que preciso. Y cambiando de tema: ¿qué opina tu honorable hermano Norman?

Sonrió ella.

—Ya sabes cómo es Norman. Muy reservado y terco en su opinión de que los conflictos ajenos, sean de quien sean, deben ser resueltos por los

propios interesados, sin entrometerse... salvo delito. Últimamente, parece un poco más distraído, más absorto en sus ideas, que de costumbre.

—Pero haría algún comentario sobre lo que la Prensa publicó.

—Ninguno. Lo que en él es delicada discreción, podría ser interpretado como indiferencia, pero no es así. Tiene un corazón de oro. Estoy pensando que ya que me has acompañado hasta casa, deberías quedarte a cenar con nosotros.

—Agradezco la invitación, pero cuanto antes quiero volver a mi novela.

Y al apearse ella ante su casa, añadió Mortimer:

—Cuanto antes termine, antes te veré, Patricia. Hasta pronto.

CAPITULO VI

Norman Sanders, entrando en el salón se dirigió rectamente a su sillón favorito, junto a la chimenea.

Telma Smith, abandonando la lectura de una novela romántica, le contempló interrogativamente.

—Buenas noches, Telma. Perdona que haya faltado a la más elemental cortesía. ¿Y Patricia?

—Ya que me lo preguntas, te contestaré que ella me reveló que iba a entrevistarse con “Morty Blake”.

—Lewis Mortimer, por favor. Mencionarlo por el seudónimo, causa la impresión de que te refieres a un *gángster* de película.

—Lewis eligió un seudónimo que suena estupendo, ¿Verdad? Como te decía, la pobrecilla Patricia ya se ha decidido a dejarse llevar por los impulsos de su corazón.

—No adornes con sentimentalismos la atracción de una simple amistad. Patricia es una muchacha inteligente, que siempre creyó que Mortimer tiene talento de escritor. Y a su vez, Mortimer aprecia los consejos de Patricia.

—En las cuestiones sentimentales, tu candidez te hace estar en el Limbo. Patricia se enamoró de Lewis, allá en la Universidad, y cuando Lewis se casó con otra, la pobrecilla lloró mucho, muchísimo.

—Primera noticia, diantres. No debiste ocultármelo, porque Patricia puede imaginarse que soy indiferente a sus conflictos sentimentales.

—Ella fue la que no quiso que te dijese nada. Tú no te darás cuenta, Norman, pero resulta que impones cierta reserva con tu severidad.

—¿Severo, yo? —se extrañó, sinceramente el fiscal.

—Bueno, no estuviste precisamente severo, cuando yo, inocentemente, te hostigué un poquito, para bromear, y... te comportaste como un truhán.

—Presento mis excusas, y achaquemos mi comportamiento a que no estoy en mi total forma física.

Rió ella con expresión picaresca.

—Debes ser muy temible entonces en tu estado de plena forma. Bueno, sin maliciosas interpretaciones, sobrino, ¿te encuentras indispuerto? Yo me he fijado que hace unos días, estás algo raro. Persisto en mi firme idea de que necesitas casarte lo antes posible, sobrino. No eres ningún cartujo, digo yo, y precisamente el otro día me decía Ángela que...

—Ángela Donaldson es una libidinosa solapada.

—¡Qué horror! —rió, contentísima, Telma Smith—. Tienes frases mordaces, y muy atinadas, Norman. En realidad, Ángela reconoce ser una insatisfecha que soñaba...

—Prefiero no oír los sueños de Ángela, porque los míos ya me dan el suficiente quebranto. Llevo unas noches bastante desquiciado.

—Natural, naturalísimo. Sueños propios de tu soltería recalcitrante.

—A todo, hasta a las indigestiones, le buscas el romance, tía Telma.

—El romance es la fragancia que embellece la vida, y esta misma mañana le dije a Bárbara, que yo...

—Cuando regrese me lo contarás.

—¿Piensas salir de Londres?

—Un cambio de ambiente es recomendable siempre, y atribuyo a la fatiga mi reciente falta de equilibrio. He solicitado unas vacaciones de dos meses, y así me repondré por completo.

—Unas vacaciones bien merecidas y que hace tiempo debiste tomar. Siempre sumergido en crímenes horribles, tiene que producirte forzosamente un desequilibrio.

—Como a ti la lectura de tanto novelón amoroso —y para apartar la obsesionante idea de su desarreglo mental, bromeó Sanders—: ¿Progresas tu asalto al célibe Alee Dundee?

—Mucho, muchísimo. Es un hombre agradable, que te aprecia y admira...

Patricia Sanders, entrando, fue a besar en la frente a su hermano, y sentándose al lado de Telma Smith, declaró :

—Tengo que consultarte algo muy importante, Norman.

—Lo celebro. Precisamente acabo de enterarme que, según Telma, te afectó mucho la boda de Lewis Mortimer.

Sonrosadas las mejillas, asintió ella. Prosiguió Sanders:

—Es natural que sea más propicio y adecuado el consuelo de otra mujer, pero de todos modos, soy tu hermano y deseo compartir, muy de verdad, tus alegrías y tus penas.

—Lo sé Norman, pero por falta de costumbre, no es fácil hacerte confidencias.

—Prueba a ver.

—He decidido casarme con Lewis Mortimer.

—Diantres —silabeó Sanders. Y levantándose, empezó a pasear por el salón, fruncido el ceño—. Mortimer acaba apenas de enviudar, muchacha.

—Naturalmente, esperaré el plazo que señala la Ley, pero deseo saber tu opinión.

—Si amas a Mortimer y crees que él sabrá hacerte feliz, acepta mis sinceros deseos de eterna dicha y que tengáis muchos hijos. Eso es.

Corrió ella a abrazarse a su hermano, que añadió, algo emocionado:

—En cuánto se trata de cuestiones de amores, no puedo hallar las palabras adecuadas y debo decir tonterías.

—Las dices, las dices —rió Telma Smith—. Es tu mayor encanto.

—Creí que te opondrías, Norman —susurró Patricia.

. —¿Por qué? —indagó él, perplejo.

—Viudo y sin fortuna propia, Lewis no es precisamente un gran partido, según los cánones sociales.

—Los convencionalismos tienen su razón de ser, muchacha, pero en este caso prescindo de ellos, porque me consta que Lewis Mortimer es un agradable sujeto. Y lo esencial es que tú seas feliz.

Durante la cena expuso Sanders su intención de cambiar de ambiente por una temporada. Había decidido pasar veinte días en Roma, otros tantos en Viena, y terminar su cura de reposo con una estancia en un parador alpino suizo.

Lo que sorprendió a sus dos familiares, fue el anuncio de que salía aquella misma noche.

A las diez de la noche comentó Telma Smith a solas con su sobrina:

—No debe extrañarte su repentina decisión. El es así de impulsivo. Como todos los hombres tranquilos, en apariencia, *tiene... sus prontos. Le convenía tomarse unas vacaciones, porque no sé si lo notaste, pero en unos pocos días adquirió una expresión rara, rarísima, como la de un hombre embrujado y dominado por una idea fija.

Patricia Sanders rió, alegremente.

—Eres un caso gracioso, Telma. Tu imaginación es portentosa. Lo que le sucede a Norman ya lo expuso claramente. Ha trabajado en exceso, y necesita unas vacaciones como cualquier persona.

* * *

En el compartimento-litera del tren que le alejaba de Londres, Norman Sanders entabló un duelo muy personal, siendo los antagonistas, la fracción cerebral del fiscal implacable, atacando con requisitoria sagaz, y su otro yo, defendiéndose con recursos hábiles.

"—Permítame desearle buenas noches y un sueño tranquilo, Norman Sanders. El arrullo del tren le mecerá en su cobarde huida infantil."

"—No exageremos, fiscal, ni desorbitemos los hechos. Unas noches, sin poder dormir adecuadamente, influyen en cualquier individuo para decidirle a tomar un descansón merecido. Son tres años seguidos los que llevo sin hacer uso de mis vacaciones, que he acumulado legalmente. No percibo la cobardía que pueda existir en el hecho de tomarme unas vacaciones, precisamente al aproximarse la época de receso en los Tribunales, que hasta mediados de enero, no recuperan su plena actividad."

“—Labia no le falta, Sanders. Y como deseo que haga honor a su juramento siempre permanente, de absoluta sinceridad, no puede faltar a la verdad, y menos frente a mí.”

“—Tengo sueño atrasado, fiscal. Esta litera es bastante cómoda, y tú me estás resultando incómodo.”

“—Porque no podrá usted dormir tranquilo, sin antes poner en claro varios puntos elementales, que precisan atención. Conteste a una pregunta trivial: ¿Qué se le ha perdido en Roma?”

“—Es una capital prodigiosamente atractiva, con sus tesoros arqueológicos.”

“—La arqueología, y ausente mi habitual auditorio, puedo permitirme una libertad, le importaba a usted un pepino, por lo menos, hasta hace unos días. Rectifico. Hasta hace unas noches. ¿Qué espera encontrar en Viena?”

“—El grato ambiente del vals.”

“—Es tosca y pobre su presunta ironía, Sanders. Le ruego tenga el valor de afrontar los hechos. Concretemos el primer punto. ¿Es cierto o no que ha visto por tres veces a Blunt Robin, en vida, agrandada monstruosamente su esquelética figura?”

“—Es cierto.”

¿No es menos cierto que la idea de dormir en su alcoba londinense, le produce zozobra y malestar.”

“—Posiblemente.”

“—Conteste escuetamente sí o no.”

“—Sí.”

“—Gracias, Norman Sanders. Admite por consiguiente que una presencia indeseable le ahuyenta de su propia casa, de su propia alcoba, concretamente. ¿Sí, o no?”

“—Presentar las suposiciones como realidades suele llamarse argumentación capciosa, fiscal.”

“—¿Es capciosa esta muelle litera? ¿Es capciosa la rodada de este tren que huye hacia otro continente? ¿Es capciosa la puerilidad que le hace suponer que recorriendo millas alejará el fantasma de Bunt Robin?”

—“Me asombra tu alusión a un fantasma; no existen.” —“¡Regrese entonces a su casa, Sanders! Ah, me olvidaba que necesitamos unas vacaciones, y vamos a admitirlo. Eché en olvido que el cambio de ambiente es una receta antiquísima que surte admirables efectos en un organismo minado por el cansancio. Pero usted es fuerte, infatigable, y trabaja con organización, sin esfuerzos desordenados, Sanders.”

“—Tengo sueño, fiscal.”

“—Yo también, pero hemos de aclarar otro punto. Prometió visitar el consultorio del doctor Nilssen. No lo hizo.”

“—Prefiero recurrir a un simple reposo... v si no percibo mejoría,

entonces visitaré a Karel Hildegard Nilssen, que entre nosotros, he de confesarle que es una deliciosa nórdica.”

“—¿Deliciosa o nebulosa? Tal vez le oí mal, Sanders. Repita, por favor.”

“—Deliciosa, y posiblemente un poco rara, pero el sicoanálisis debe influir en sus técnicos.”

“—Rara, naturalmente, porque admitió la posibilidad de que pudieran existir determinados fenómenos que la ciencia no logró nunca explicar.”

“—Vamos a dormir, fiscal. Acabas de admitir tácitamente una insensatez, cuya sola mención te hubiera afligido como muestra de la ajena ignorancia, si estuvieras en tus cabales.”

Norman Sanders suspiró, cerrando los ojos. Era indiscutible que reinaba alguna confusión en alguna pieza fundamental de su sistema nervioso.

* * *

Los veinte días romanos y vieneses del abogado británico Norman Sanders, fueron muy agradables. Sus noches también.

Estaba totalmente repuesto. Y casi pensó en regresar a Londres, pero decidió ser fiel al plan trazado.

Dos semanas en el parador alpino suizo “Bel Sejour”, tonificarían sus pulmones. La nieve, el cortante aire balsámico y el agradable paisaje montañoso, eran un deleite.

Al décimo día de su estancia en el “Bel Sejour”, mientras cenaba, se fijó en una mujer sola, sentada ante una mesita, junto al fuego del comedor.

Tenía que haber llegado aquella misma noche, porque la veía por vez primera. Y estaba seguro de no haberla visto antes, porque no habría podido olvidarla.

Era una mujer extrañamente fascinante. No muy joven, calculó Sanders. Unos treinta y cuatro años, posiblemente.

Vestía con cierta extravagancia, pero que le sentaba bien. Un vestido rojo, liso, cerrado hasta el cuello. Un chaquetón de piel de leopardo colgaba de sus hombros y un gorro de la misma piel cubría a medias sus lisos cabellos negros, que en su nuca se recogían en ancho rodete trenzado.

Había denegado la oferta de la carta que le presentó el camarero, y tenía ante ella una copa alta, estrecha, conteniendo un líquido muy rojo.

Miraba frente a sí, hacia Sanders, pero sin fijar la vista en nada ni en nadie. Unos ojos rasgados, casi felinos, unas cejas muy finas, dibujadas en diagonal hacia las sienes y unos rasgos acentuadamente asiáticos, completaban su original conjunto.

Más que belleza, aquella mujer poseía un intenso atractivo exótico, decidió Sanders, saboreando el licor digestivo de hierbas, maceradas en aromático anisado.

Pestañeó Sanders, sorprendido.

Era indudable que los ojos rasgados y felinos estaban ahora fijos en él. Y una tenue sonrisa alentaba en los rojos labios de la baste entonces indiferente desconocida.

No era la sonrisa invitadora de una aventurera, ni la . mirada contenía insinuación al gruía.

La extraña mujer se levantó. Alta y bien proporcionada, caminaba con elástica flexibilidad. Y abandonó el comedor, pareciendo sinceramente ajena a las miradas masculinas.

Al día siguiente, Norman Sanders buscó inútilmente a la desconocida del chaquetón y gorro de piel de leopardo. Por la noche, terminando de cenar, la vio aparecer.

Vestida idénticamente como la noche anterior, se sentó en el mismo lugar, denegó la carta, y poco después tenía ante sí una copa alta y estrecha, transparentando un líquido denso y con tonalidad de rubí.

En alto el mentón seguía mirando a un punto indefinible, y cuando Sanders vaciaba su copita de licor anisado, se repitió lo de la noche precedente.

Los ojos, de un verde-violeta, le miraron nuevamente, por vez primera desde su llegada, y un esbozo de sonrisa hizo más mórbidos los rojos labios.

Norman Sanders no era hombre experto eh lides de flirteo, pero sin saber por qué, tenía el absoluto convencimiento de que aquella desconocida no buscaba una aventura.

La vio salir, con renovada fascinación.

El recepcionista del parador, amable y solícito, acudió al acodarse Sanders en el mostrador.

—Creo conocer a la señora que acaba de salir, pero no logro recordar dónde fue —mintió el abogado.

—La señora no se aloja en él .parador. Varios caballeros me han preguntado por ella —sonrió el recepcionista—. Lo único que he podido saber por el conductor del trineo, es que la señora es rumana y que se llama Gerta Doprescu.

La tercera noche, Sanders esperaba con impaciencia, casi con anhelo. Y su corazón latió fuertemente cuando Gerta Doprescu entró en el comedor, y se aproximó con su peculiar paso elástico.

Pero, lo que aceleró aún más el palpitar de la válvula cardíaca del inglés fue que la extraña rumana vino directamente a su mesa, y se paró ante él, estatuaría, serio el semblante de facciones asiáticas.

Norman Sanders se puso en pie, y sin cortedad, aunque algo

desconcertado, habló con naturalidad:

—Permítame presentarme, señora...

Ella alzó una mano enguantada en roja piel, y sentándose, anunció en perfecto inglés:

—Ya le conozco, Norman Sanders. Y si bien no hemos sido presentados, beneficiamos de la tolerancia inexistente en Inglaterra.

—Soy rotundamente sincero al declarar que me encanta conocerla, Gerta Doprescu.

La voz melodiosa, casi musical, de la rumana, tenía inflexiones muy elocuentes. Reveló extrañeza:

—No comprendo cómo pudo averiguar mi identidad.

—Anoche hice preguntas. El halagado sorprendido debería ser yo, Gerta.

—Es usted un fiscal famoso, y debido a que viajo con cierta frecuencia, pude leer reseñas de sus actuaciones, hallándome en Londres. Siempre deseé conocerle, y algún día sabrá por qué. Ya que el azar o el Destino nos han acercado...

Denegó ella con la mano la presentación de la carta que ofrecía el camarero, y pidió:

—“Gokay”.

Al irse el camarero, añadió ella:

—Un vino húngaro cuya elaboración tal vez ignora, Sanders. ¿Piensa permanecer mucho tiempo en Suiza?

—Algunos días más. ¿Reside usted en la capital?

El camarero depositó ante ella la alta copa estrecha.

Asintió Gerta Doprescu a la pregunta de Sanders. Hasta entonces, su rostro* había permanecido inmutable, grave, casi petrificado. Alentó la tenue sonrisa y los ojos verde-violeta parecieron clavarse en los masculinos.

—Me agradaría verla mañana, Gerta.

Se acentuó la sonrisa, hasta adquirir un matiz perverso.

—Desde el amanecer hasta que surge la noche estoy recluida, Norman Sanders.

—¿Recluida? —y pensó el abogado en los sanatorios para enfermedades del pulmón—. Esta noche podríamos ir a algún espectáculo en la ciudad.

—Mañana por la noche aceptaré su invitación. Ahora debo marcharme.

—Pero...

En pie, cortó ella, imperativa:

—Le ruego no me siga, si quiere volver a verme.

El abogado permaneció en pie, viendo alejarse a la rumana.

Y en la tibia quietud de su alcoba decidió que Gerta Doprescu era una

extravagante “extranjera”, cuya táctica para atraer consistía en aparecer misteriosa.

Podía perfectamente ser una enferma pulmonar, lo cual explicaría la intensa coloración de sus labios, los rasgos afilados y la blancura casi macilenta de su tez.

Apagando la luz, recordó que por curiosidad le había preguntado al recepcionista si conocía el método de elaboración del vino húngaro llamado “Gokay”.

“—Tengo entendido que su pastosidad, y color, se deben a que le añaden al mosto unas gotas de sangre.”

Y ante la mueca de asco de Sanders, el recepcionista añadió:

Lauralmente, no creo sea sangre humana.”

Durmió profundamente, hasta que un rumor le hizo removerse en la cama. Oía un extraño quejido, levemente chirriante, como un sollozo que no brotase de una garganta humana, sino con queda resonancia de gruñido.

Despertó, y a los pies de la cama, la vio.

El negrísimo cabello suelto le caía hasta media espalda, rozando por los lados sus desnudos antebrazos. Los rasgados ojos felinos contenían una inmensa maldad riente.

La roja boca se transformaba atrozmente, convertida en devoradoras fauces, sobresaliendo los dos largos colmillos.

Una túnica, cerrada hasta el cuello, envolvía en blanca gasa el cuerpo, de cuyos hombros pendía la capa escarlata. Y las dos manos, enguantadas en piel carmesí, se engarfiaban avanzando con lentitud.

Norman Sanders. incorporado, tanteó en la oscuridad, buscando el interruptor en la mesita de noche.

Un aliento cálido, quemante, resopló junto a su cuello, y un vértigo creciente inundó su cerebro.

Una infinita lasitud se apoderó de sus miembros y relajándose, volvió a quedar tendido, inerte, sin fuerza alguna para oponerse al lento avance inexorable de la monstruosa figura!

Extendidas a los lados las rojas manos, la capa escarlata semejó el aleteo de un ave voraz.

El rostro afilado, cruel, fue aproximándose, relucientes de blancura los pavorosos colmillos.

CAPITULO VII

En la hostería provinciana, aislada en plena campiña norteña, Lewis Mortimer terminó con fácil rapidez su novela, olvidando su tragedia personal, ensimismado en relatar los avatares finales del personaje Rex Byron, en su búsqueda de la felicidad.

Entregó el original acabado al editor londinense, de cuya sección crítica se ocupaba de Patricia Sanders.

“La Senda de la Verdad? fue lanzada con certera propaganda, y unas críticas elogiosas admitieron que en su primera salida al palenque literario, el autor novel, Lewis Mortimer, era una sólida promesa.

* * *

El inspector William Blaine entregó el expediente Mortimer ultimado, y el *coronel* dictaminó: “Muerte accidental sin responsabilidad ajena”.

Y cierta tarde, entrando en un salón de té, vio a Alea Dundee saboreando a solas la clásica merienda. Dundee le interpeló jovialmente:

—¿Qué tal, inspector? ¿A la caza de algún misterio insoluble?

Sentándose, rió el inspector.

—Usted es el técnico para detectarlos. Hablando de misterios, ¿recuerda a su amigo Lewis Mortimer?

—Un triunfador en toda la línea. Llevo dos semanas atiborrándome de noticias sobre el gran éxito de su novela, sobre su talento literario... Lástima que Diana Kelly no pueda compartir este triunfo en su parte económica.

—Una verdadera lástima... Recuerdo sus opiniones del caso, Dundee. Tuvo usted la sinceridad de admitir que no congeniaba con Mortimer.

—Porque es de la clase de tipos que me revientan. Correcto, sí, pero poseído de su superioridad mental, como dando a entender que es un ejemplar de modestia, que condesciende en hablar con seres inferiores sobre temas tan vulgares como el fútbol y la cocina.

—¿Cocina?

> —Verá... Diana tenía el orgullo de ama de casa y pre paraba platos especiales, deseando complacer el sibaritismo de su marido. Pero en vez de cumplidos, recibía broncas.

—Mortimer parece amable y bien humorado.

—Mortimer tiene su genio oculto, aunque exteriormente parezca una

malva. Hubo vecinos que le oyeron calificar a Diana de “boba incurable”, “fregona empedernida”, “cocinera rabiosa” y otras lindezas por el estilo.

—Todo matrimonio tiene sus discusiones. Yo mismo, cuando estoy absorto en algún problema, chillo como un energúmeno, cuando mi costilla me recuerda que debo sentarme a comer.

—Pero usted no ha enviudado. Y si soy chismoso o mal pensado, Dios es testigo que no es con mala fe. Empiezo por reconocer que Mortimer no me es simpático.

—Sin embargo, se desvivió acompañándole a la clínica, esperando a que volviera en sí, pagando los funerales...

—Por lo que respecta a Diana, todo lo hice de buena voluntad. No es que estuviera enamorado de ella, pero en Diana veía yo representada a una mujer buena, casera, digna madre y esposa. Si largo malévolas indirectas contra Mortimer, es porque, en conciencia, no me parece clara la muerte accidental de Diana.

—Llevo años oyendo toda clase de declaraciones, Dundee. Desprecio al malintencionado, pero a usted le aprecio, porque no creo engañarme al juzgarle. Usted obra de buena fe, y proclama sus prejuicios, sus inclinaciones y además, es diestro en detectar pruebas. Por esto le escucho con suma atención.*

—¿Para qué, inspector? Ya dio por concluso el caso, y supe que el veredicto ha sido de “muerte accidental, sin responsabilidad ajena”.

—Pero no pudo saber la coletilla, ya que es secreta. En el expediente consta que ultimadas las investigaciones se comprobó la total imposibilidad de que la fábrica expedidora de las setas envasadas que compró la señora Mortimer, pudiera enlatar setas envenenadas.

—Entonces ¿prosigue la indagatoria, inspector?

—Yo, personalmente, persisto. Usted dice que no encuentra convincente la muerte accidental de la señora Mortimer. ¿En qué funda su duda?

—En detalles que el novelista “Morty Blake” llamaría “nieblas psicológicas”. Examinemos primero la oportunidad. Mortimer cayó, muy oportunamente al lado del teléfono descolgado. Comió apenas la mitad de las setas que Diana. Y por último, esto.

Del bolsillo interior extrajo Dundee una cartera y de ella un papel doblado. Expuso:

—La mañana en que Mortimer seguía aún sometido a sedantes, fui a su piso para recogerle ropa de muda. Por curiosidad, alcé la funda de su máquina, y había una cuartilla en el rodillo. Eché un vistazo, sin interés, pero repentinamente me interesé, y saqué copia de lo que Lewis Mortimer acababa de escribir, interrumpiéndolo para acudir a la cena que iba a ser mortal para Diana. Lea, acudir, en voz alta para que capte lo sospechoso.

En voz alta, leyó Blaine:

—“Si para alcanzar aquel oasis era preciso el crimen —pensó Rex Byron—, no le importaría ser un artesano del asesinato premeditado, estimando en conciencia que los medios para alcanzar el fin soñado, adquirirían una quintaesencia sublime desprovista de toda humana trivialidad”...

William Blaine movió los labios releyendo en silencio:

“...Un artesano del asesinato premeditado...”

—¿Subraya algo, inspector?

—Un escritor hace pensar y decir a sus personajes mil cosas distintas. Se coloca en la piel del asesino, y en la del policía.

—Es posible, pero algo del escritor queda en los personajes, digo yo. Hasta aquí, admito que sólo son nieblas.

—Mencionó oportunidades.

—El viudo Mortimer ya ha podido dedicarse de lleno a su noveleo de calidad ya... Patricia Sanders.

—Es usted un lince. Y un sagaz ensamblador de cabos sueltos.

—Patricia es un cromo. Muchacha culta, fortuna propia, aficionada a la literatura... El complemento ideal para el viudo Mortimer. ¿Tengo mala baba? —rió Alea Dundee.

—Los dos la tenemos, por profesión. Todas sus nieblas las oteé. Pero entonces tendríamos que suponer que Mortimer envenenó unas setas, se comió algunas para darse la coartada, sufrió una grave intoxicación, estuvo a punto de morir... todo para enviudar. Existe un medio mucho más sencillo: divorcio.

—Aquí le esperaba —anunció Dundee triunfalmente—. Diana Kelly era católica apostólica romana, y se casó por la Iglesia, precisamente en la Catedral de San Patricio. No había divorcio posible.

—Volviendo al punto material, es mucho riesgo el que corría Mortimer.

—Óigale hablar —y señaló Dundee la cuartilla en que había copiado lo escrito por Mortimer—. Alude al oasis, y confiesa que para alcanzarlo está dispuesto a un crimen de artesanía. ¿Vislumbra al oasis? Un triunfo literario, productivo, una esposa rica y preciosa... Seré un pérfido, pero no puedo evitar pensar que en la muerte de Diana intervino una mano misteriosa... de artesano.

Asintió Blaine y manifestó:

—No me guardo esta copia, porque este párrafo sospechoso existe ya publicado en miles de ejemplares.

—¡Ahí va el toque final! —rió Dundee duros los ojos—. Hágame el favor de echar un vistazo al ejemplar impreso. Página 98. Sí, me lo leí. Consígase un ejemplar, inspector, y compare la página 98 con esta copia del original en el rodillo.

En su casa, el inspector Blaine abrió el ejemplar de “La Sentía de la

Verdad", buscó la página 98, y en el tercer párrafo leyó primero en silencio, después en voz alta:

—“...Si para alcanzar aquel oasis” —y subrayó con modulación más lenta— “era preciso desafiar el pánico ancestral a lo ignoto —pensó Byron —, no le importaría sucumbir entre horribles torturas, estimando en conciencia...”

El resto del párrafo impreso correspondía al original.

El autor había suprimido la referencia al crimen y su artesanía.

* * *

Patricia Sanders se dedicaba al deleite femenino de recorrer tiendas, y al atardecer abrió la portezuela de su “Falcón”. Un individuo de ojos grises, vestido deportivamente, se tocó el fieltro, pidiendo en tono cortés:

—¿Me concede unos minutos, señorita Sanders? Para los periódicos.

—Tengo una cita a las seis. Si no le importa, podré contestar a sus preguntas yendo al lugar de mi cita.

—Encantado —y Earl Freeman se instaló al lado del volante—. He hecho unas curiosas averiguaciones, referentes a “La Senda de la Verdad”. En propaganda, la editorial invirtió un presupuesto de mil libras esterlinas. Una cantidad astronómica, para lanzar a un novel desconocido.

—Los asesores de la editorial estimaron que la novela sería un éxito.

—Pero usted firmó el cheque por las mil, cubriendo los gastos de propaganda y otro para los gastos de publicación.

Frenó Patricia, arrimando el coche, y estacionándolo junto a la acera.

— ¿Qué periódico representa? —inquirió con evidente preocupación—. Escuche; publicar que yo pagué los gastos sería destruir la confianza en sí mismo que Lewis Mortimer ha adquirido. Al fin y al cabo, yo recuperaré el dinero invertido, ya que la novela ha sido un éxito real.

—Pero Mortimer puede ahora permitirse la libertad de manifestar que usted sufragó el lanzamiento de la novela, porque sólo usted y él tenían confianza en el éxito.

—¡No, no! —denegó ella, crispadas las manos en tomo al volante—. Lewis Mortimer ignora que yo... Escuche; esta noticia ¿qué beneficio puede reportarle a usted?

—Mucho, en una serie de reportajes. Una especie de historia íntima del proceso de creación del gran éxito: “La Senda de la Verdad”. El folletinista “Morty Blake”, antes de enviudar, sostenía entrevistas con la adinerada Patricia Sanders, que luego invierte capital para que su futuro marido no sea un vulgar cazadotes, sino un novelista famoso.

Patricia Sanders miró fijamente al desconocido.

—¿Quién es usted? Lo que me dice roza el chantaje.

—No, porque es la verdad.

—Quiero ver sus credenciales de periodista.

—No dije que lo fuese, pero puedo facilitar a un periodista material para una serie de artículos sensacionales.

—Repito, ¿quién es usted?

—Earl Freeman.

—Ahora comprendo... Me habló Lewis de usted. Casi prefiero que sea... un sujeto poco escrupuloso a que sea periodista. ¿Me equivoco si supongo que se trata de fijar una cantidad en pago del silencio?

—No se equivoca.

Respiró ella aliviada, y expuso con firmeza:

—No quiero exponerme a chantajes continuos, Freeman. ¿Cómo consiguió enterarse? El editor me prometió estricto secreto.

—Mi secretaria se hizo amiga de un contable de Banco, entre otras amistades. Yo la aleccioné para que sonsacara al contable, quien reconoció que, en efecto, un cheque firmado por usted había sido hecho efectivo a la editorial. Yo encaucé así la investigación, y saqué las conclusiones.

—Estoy dispuesta a pagarle una cantidad razonable, si obtengo á cambio un escrito por dicho contable, su secretaria y usted, admitiendo haber recibido dinero para mantener en secreto lo que no quiero que sea del dominio público.

—Estimo razonable su petición y la previne. El contable se callará* porque le va en ello el empleo. Su indiscreción se debió a que sucumbió al fuerte atractivo de mi secretaria. Esta se conforma con un abrigo de pieles, y aquí tiene firmada por ella, en blanco, esta cuartilla. Yo mismo escribiré lo que usted solicita y añadiré mi firma. A cambio de tres mil libras. Como puede ver, soy razonable.

Patricia Sanders extrajo del bolso su carnet de cheques.

Sonrió Freeman.

—No, no... Un cheque con su firma me podría originar preguntas molestas.

—No dispongo ahora del dinero en efectivo. Le sugiero un arreglo. Deme este documento a cambio del cheque. Y mañana, yo personalmente le entregaré el dinero en efectivo a trueque de este cheque como garantía.

—Algo irregular, ¿no? —sonrió Freeman cínicamente—. Pero en vista de su ansiedad por continuar conservando en la ilusión al novelista, acepto.

* * *

El patrullero se arrodilló junto al cuerpo tendido, proyectando el haz de su linterna, y comentó:

—Le atravesaron limpiamente el corazón, Pat. Avisa a la Brigada.

El sargento de la Brigada de Homicidios pasó a informar al inspector

William Blaine.

—Se trata de Earl Freeman, señor. Lo teníamos fichado, pero existe una mención relacionándolo con un expediente que usted cerró.

—En efecto. Estaba sometido a vigilancia, no constante, naturalmente*.

—Fue encontrado en la cuneta de la carretera norte, por la patrulla de ronda, a las dos y diez de la madrugada. El forense determina la muerte entre la una treinta y las dos de la madrugada. Una sola herida, mortal, producida por instrumento inciso cortante. Un estilete, o cuchillo de fina hoja. El motivo pudo ser el robo, ya que no se le encontró billetero ni cartera. Sin embargo, conservaba su reloj de oro.

—Extraño ladrón que mata con estilete, y deja un reloj de oro. Naturalmente, pudo ser un ladrón que considerase peligroso estar en posesión de un objeto personal como era el reloj de Earl Freeman. Gracias, sargento. Prosiga por su cuenta la investigación.

* * *

Norman Sanders, ante el espejo de su alcoba, estudiaba su aspecto, intentando hacerlo con frialdad, analizando, sin desvaríos.

Sus densas pupilas azules contenían un brillo febril y bajo los ojos, un cerco amoratado sobresalía en contraste con la lividez de la piel.

Una flojedad, también inexplicable por razonamientos lógicos, dominaba en sus gestos, mientras se dirigía al balcón. Lucía el sol invernal, arrancando sonrosadas y cremosas refracciones a los picos nevados.

El aire, frío y seco, era tonificante, y lo aspiró a pleno pulmón. Se esforzó en imponerse un examen que le producía un profundo malestar únicamente a la sola idea de hacerlo.

Regresó ante el espejo, y tensando con los dedos la piel del cuello, aproximó la garganta al azogue.

Bunt Robin, dígame cuál es, según la leyenda, la marca que se halla en las víctimas del vampirismo —evocó el fiscal.

—“Dos orificios.”

Miró fijamente Sanders los dos orificios en la parte lateral de su cuello.

—“¿Grandes como una moneda? ¿Diminutos como pinchazos de alfiler o mordiscos de agudos caninos?”

—“Diminutos.”

Los dos orificios eran apenas visibles, y sus bordes circulares se dilataban levemente, enrojecidos.

—“¿En el rostro, en el pecho, en una mano, en la garganta?”

—“En la garganta.”

Contrajo Sanders la garganta. Notaba una sequedad desagradable.

”—¿En la nuca, en la nuez, en el hoyo vertebral, a cada lado de la yugular?

”—A cada lado de la yugular.”

Los minúsculos pinchazos estaban separados entre sí por la anchura de la yugular.

Afeitándose, Sanders decidió aplicarse él consejo que dio a un acusado:

”—Procure serenarse y meditar sobre una gran verdad, en la cual pocos nos detenemos a reflexionar. Si un mal tiene remedio, no hemos de preocuparnos, y si no lo tiene, ¿de qué sirve el preocuparnos?”

En su mente, el otro yo razonó:

”—Analícemos sin histerias, fiscal, y saquemos conclusiones razonables. Si no creemos en la existencia de estos monstruos, hemos de hallarle una explicación racional a las apariciones de Blunt Robin y a esta última de Gerta Doprescu.”

”—¿Quién y con qué finalidad pone en movimiento esperpentos?”

”—Alguien que pretende enloquecemos o que nos quiere imponer la creencia de que los vampiros existen. ¿Quién? Medita, fiscal.”

”—Envíe al patíbulo a dos sujetos que simulaban vampirismo, y ambos murieron ejecutados.”

”—Iremos pensando primeramente en Leslie Grundig, como ser humano. Tendría familiares.”

”—No aparecieron en ningún momento, ni antes, ni durante, ni después del proceso. Grundig alegó ser nativo de... nativo de Rumania, naturalizado inglés... sin parientes.”

”—Sin parientes en Inglaterra. Sigue, que empieza a interesarme tu raciocinio, fiscal.”

”—Blunt Robin estaba divorciado, y tanto su ex esposa como su hija no residían en Inglaterra. Rectifica. No residían en Londres”

”—No residían en Londres. Bien, bien, bien...”

”—Comprendo tu insinuación, Norman, pero pasemos a los hechos concretos. Puedes ver esta marca asquerosa.”

”—Para esto te la hicieron; para que la veas, fiscal. Y para que empieces a sentirte peor que allá, antes de tu precipitada huida de Londres.”

”—La lasitud que. tengo es física. Un desmadejamiento como experimentan los que pierden sangre...”

”—Alto, fiscal, no desvariemos. Lasitud y desmayamiento que es natural, ya que lo experimentan los donadores de sangre, o los recién operados. Una extracción de sangre es sencilla y debe o puede realizarse con dos tubitos minúsculos, que forzosamente, han de pinchar. Corre una cremallera al lóbulo cerebral que te inspira ideas repelentes. Haz funcionar el sentido positivo. ¿En marcha? Entonces, nuestro primer paso es dar con

el paradero de Gerta Doprescu.”

El recepcionista informó que el conductor del trineo era conocido. Se llamaba Aloysius, y era de toda confianza. Llevaba más de treinta años en su oficio de transportar viajeros desde la ciudad de los paradores, con su trineo dotado de doble juego de tracción: sobre ruedas neumáticas en la ciudad, sobre deslizadores en las afueras.

Tenía su parada habitual en la plaza Bergson, frente al café “Edelweiss”.

Aloysius era un suizo bonachón, siempre al servicio de los turistas.

Contempló, amablemente al británico que acababa de sentarse a su lado en la terraza encristalada del “Edelweiss”.

—Los informes que solicito son importantes para mí y no es mera curiosidad masculina, señor Aloysius.

El suizo replicó sonriente:

—Hable lento, señor. Yo chapurreo muchos lenguajes, ninguno bien. Mi inglés, es bastante, pero no demasiado.

—Por tres noches seguidas usted ha llevado al parador “Bel Sejour” a una señora.

—Varias llevo de noche —y rió estrepitosamente el suizo.

—Chaquetón y gorro de piel de leopardo.

—Ah, sí. Señora mucho llamativa.

—¿La conoce?

—De llevar.

—Pero usted le dijo al recepcionista del parador que se llamaba Gerta Doprescu y que era rumana.

—Eso decirme ella, primera noche, al telefonar aquí para mi trineo, pidiendo que Aloysius fuese a buscarla. —¿Dónde la recogió?

Aloysius rió ruidosamente. Expuso:

—Las tres noches mismo sitio dejarla, mismo sitio buscarla.

—¿Puede darme la dirección?

Miró Aloysius el billete inglés que deslizaba Sanders junto a la taza de café, y afirmó:

—Un sitio sin casas cerca, señor. Muy poco transitado. Ella esperar en alameda.

—¿Nombre de la alameda?

—Cipreses. Pasa delante cementerio extranjero, norte ciudad.

Reprimió Sanders un escalofrío, y añadió el suizo:

—Yo creo, señora Doprescu buscar sitio donde nadie seguirla, en escapatoria no querer ella supiera familia, por ejemplo.

Para el suizo resultaba explicable que Gerta Doprescu rondase nocturnamente ante un cementerio.

Para él, era un informe que añadía mayor trastorno a sus

pensamientos.

Alejándose del café, atravesando la plaza, volvió a dialogar:

—Dijo que estaba recluida todo el día. No comió ni bebió nada, porque el vino húngaro no lo tocó. Carecía por completo de humana...”

—No, fiscal, no pierdas tu sentido pragmático y cartesiano. Y donde piensas ir, sería mejor no fuésemos.” —Tengo que comprobarlo.”

—Y si lo compruebas, ¿qué diantres deducirás?” Llamó Sanders un taxi, que le condujo y esperó ante la verja del cementerio extranjero, al norte de la ciudad. El guardián, intérprete, afirmó que, en efecto, allí recibían sepultura todos los súbditos extranjeros.

—¿Podría decirme si tienen un registro de identidades?

—Naturalmente, señor. ¿Nicho, tumba o panteón?

—Lo ignoro. Conozco únicamente los nombres: Gerta Doprescu.

—Buscaremos en la relación alfabética —y entrando en una caseta, el guardián fue recorriendo con la mano una serie de tomos marcados con letras mayúsculas.

Extrajo uno que llevaba en el lomo: “DAB-DUZ”.

Abriendo, pasó las hojas con una lentitud exasperante. Por fin, su grueso índice resbaló varias líneas y se inmovilizó.

—“Doprescu, Greta”. Ingresó el 7 de febrero del 61. Su tumba es la octava de la galería cuarta. ¿Quiere verla, señor?

—No, gracias

En el taxi, Norman Sanders se pasó dos dedos, con suavidad, sobre el tafetán que cubría los dos hoyitos.

—Cuidado con abandonarte al pesimismo destructor, fiscal Greta Doprescu murió hace aproximadamente dos años. La mujer que estuvo contigo en el comedor era de carne y hueso, vital. Y la que apareció en tu alcoba era también vital, con relieve corpóreo, visible.”

—Lo cierto es que no reaparecerá... en el comedor, Norman.”

—Regresemos a Londres, fiscal. Durante el viaje de retomo podemos llegar a una conclusión sensata, si no permites que las apariencias anulen tu sentido práctico.”

Al divisar Londres, Norman Sanders había llegado a una conclusión sensata.

Si aquel indicio de pista daba resultado, volvería a recuperar la paz espiritual, volvería a ser un hombre ponderado, y hasta casi estaba por creer que se convertiría en un alegre optimista, propenso a hallar motivos de diversión en todo.

* * *

Patricia Sanders salió de la piscina de agua templada, que bajo la bóveda encristalada estaba velada a los lados por hileras de arbustos.

Envolviéndose en la capa de baño, miró a la doncella, que le anunció:

—El inspector Blaine desea ser recibido por usted, señorita.

—¿E! inspector Blaine? —repitió ella, reprimiendo un súbito temblor, y ajustándose más la capa de baño—. Aquí mismo, Joan.

El inspector William Blaine, avanzando, contemplaba el suntuoso marco florido que engarzaba la piscina recoleta. En la terraza, bajo el cristal protector del frío, Patricia Sanders señaló una silla.

—Buenos días, inspector Blaine. Excúsame, me disponía a desayunar... ¿Puedo ofrecerle una taza de té?

—Gracias. Reconozco que la hora es temprana. ¿Me recuerda?

—Dirigió usted la investigación en la muerte accidental de Diana Mortimer.

—¿Tiene inconveniente en decirme dónde estaba usted ayer tarde aproximadamente a las seis?

—Fui al “Savoy”, donde me esperaba el señor Mortimer.

—Fijé mal la hora. Exactamente ¿a las seis menos cuarto?

—En alguna tienda de Leicester Square.

—¿Y minutos antes de las seis?

—En mi coche, yendo hacia el “Savoy”.

—¿Sola?

—Pues sí, naturalmente.

Pacientemente, el inspector Blaine denegó con el índice.

—Recapacite, señorita Sanders. Para ayudarla a puntualizar, le aclararé que por rutina no di por concluido el expediente Mortimer, y desde entonces dos de mis agentes se relevan para tomar nota de sus pasos y entrevistas.

Cerrando los ojos, murmuró Patricia:

—Considero que un asunto totalmente íntimo en el que me va la felicidad, no he de revelarlo.

—Su intimidad me merece todos los respetos, señorita Sanders, siempre y cuando no se relacione con un asesinato.

Se irguió ella, acentuada la palidez de su cutis sin maquillaje.

—Ha quedado bien demostrado que Diana Mortimer murió accidentalmente, inspector.

—Por el momento, no me refería a la infortunada señora Mortimer. De eso hablaremos después. Ahora me refería a Earl Freeman.

Dilató Patricia los ojos, trémulos los labios.

—A las seis menos cuarto, Earl Freeman la espera, sube al coche a su lado, y para usted a unos cien metros. Discute con Freeman, y por fin parecen llegar a un acuerdo. Earl Freeman se apea, y a las dos de la madrugada, un patrullero encuentra el cadáver de Earl Freeman en la cuneta dé la carretera norte. Atravesado el corazón con un estilete.

—Pero... ¡esto es horroroso! ¿Cómo se atreve a acusarme...?

—Yo no acuso, sino que compruebo. ¿Quiere decirme sobre qué versaba su discusión con Freeman?

—Si usted me promete no repetirle a Levas Mortimer... Prométamelo, inspector.

—No acostumbro a repetir lo que no tenga interés directo con la investigación de delitos.

—Earl Freeman averiguó que yo sufragué los gastos de propaganda y publicación de la novela de Lewis. Convine en pagarle tres mil libras, para que no lo revelase a un periodista. El me entregó un escrito firmado por su secretaria y por él, admitiendo recibir dinero para no revelar lo que Lewis ignora.

—¿Le dio el dinero en efectivo?

—Un cheque que esta mañana, a las once, él me devolvería a cambio del dinero en efectivo.

—Un cheque que no estaba en poder de Freeman cuando fue recogido su cuerpo. Y usted tiene en su poder el escrito revelando* que Freeman la iba a someter a chantaje. ¿Me permite ver este escrito?

En el salón de sus habitaciones personales de la mansión Sanders, Patricia tendió al inspector la cuartilla firmada por Myriam Adams y Earl Freeman.

Leyó Blaine en silencio y comentó:

—Las firmas dan fe de que Earl Freeman reconoce de su puño y letra percibir tres mil libras esterlinas para silenciar un secreto referente a Lewis Mortimer. Pero no especifica qué clase de secreto.

—Ya se lo expliqué. Averiguó que yo...

—Cualquier jurado podría también interpretar que Earl Freeman averiguó la participación directa de Lewis Mortimer en la muerte de su esposa.

Abatida, se cubrió ella el rostro con las manos.

El inspector Blaine añadió secamente:

—Cualquier jurado podría también admitir la inculpación de complicidad en el asesinato de Diana Kelly. Por el momento, señorita Sanders, le ruego que me acompañe para declarar oficialmente sobre los asesinatos de Earl Freeman y Diana Kelly.

* * *

En el ático-estudio, Lewis Mortimer relejó complacido lo que acababa de escribir. Llamaban a la puerta y fue a abrir. Frunció el ceño al reconocer al inspector William Blaine.

—Buenos días, Mortimer. Han ocurrido novedades que me obligan a rogarle me acompañe a mi despacho.

—Usted manda.

—Parece no extrañarle mi invitación.

—En principio estimo que un representante de la autoridad, cuando invita, tiene sus razones legales.

Un policía de paisano se adosaba en la puerta.

Mientras Mortimer se anudaba la corbata, Blaine inspeccionaba los libros alineados en varios estantes. Extrajo uno. hojeándolo:

—Muy interesante. "Manual de Toxicología", por el Dr. Wiensbraun.

—También verá manuales de "Criminología forense", "Piedras Preciosas", "Procesos célebres"... Documentación para escribir con cierta exactitud sobre temas de intriga policíaca.

—¿Me permite llevarme este "Manual de Toxicología"?

—¿Por qué no?

En el coche, el silencioso policía de paisano fue a sentarse junto al del volante, apenas Mortimer se instaló en el asiento posterior, seguido por Blaine.

—¿Cuándo vio por última vez a Earl Freeman?

—La misma tarde que salí de la clínica. Recordé que Diana parecía temerle a Freeman... No obtuve ninguna aclaración y desistí.

—Esta madrugada han recogido a Freeman asesinado.

—No es de extrañar. Un hombre que era intermediario en negocios sucios tenía fatalmente que acabar mal.

—Su deducción es lógica, Mortimer.

El resto del trayecto conservó Blaine un silencio táctico. En su despacho, despidió con un ademán a su ayudante. Señaló una silla a Mortimer, y abriendo el "Manual de Toxicología", comentó:

—Habrás leído la página ochenta y seis, Mortimer.

—Más o menos, las he hojeado todas. No recuerdo la página 86.

Leyó Blaine pausadamente:

—“Grupo Muscarina. La variedad llamada “rubia”, por su coloración, se descompone al análisis químico en hidratos, proteínas y la toxina aminoácida en combinación con el compuesto arsénica!”

Cerrando el manual, añadió Blaine:

—Las setas que produjeron la muerte a Diana Kelly eran de este grupo venenoso. ¿Reconoce esto, Mortimer?

Mostró Blaine un estuche metálico, cerrado, con manchas de oxidación. Denegó Mortimer y, abriendo el estuche, reveló Blaine su contenido: una jeringa de inyecciones, con una larga aguja herrumbrosa.

—¿Lo identifica, Mortimer?

—Lo veo por vez primera.

—Esperaba tal respuesta. Voy a aclararle lo que representa este cristal y aguja en que se han hallado rastros de arsénico, uno de los tóxicos contenidos en las setas que envenenaron a Diana Kelly. Un procedimiento ingenioso. Lástima que el ingenio fuera empleado en un acto sin perdón,

Mortimer.

Fruncido el ceño, el escritor miraba como fascinado el émbolo de cristal y la larga aguja. Exponía Blaine:

—Es conocido el método llamado de “autointoxicación” en procesos experimentales de laboratorio. Para hacerse casi inmune a sustancias tóxicas se habitúa un organismo a la asimilación, en dosis lentamente graduadas progresivamente. Basta un Manual, para conocer cuáles son los factores tóxicos que componen el veneno de las setas, del grupo que nos ocupa. Se adquiere el compuesto aminoácido y arsenical, cuya mezcla, el ingenioso asesino en potencia va inyectándose, al principio en dosis mínima, hasta llegar al estado de inmunización que le salva de la muerte. Muy ingenioso, Mortimer.

—¡Cuidado con lo que insinúa, Blaine! ¡No consiento la acusación...!

—Un fiscal es el que se cuidará de la acusación. Yo le presento las pruebas y los móviles. Usted elabora un crimen casi perfecto. Usted, valiéndose de esta larga aguja, perfora la cubierta del envase, que es de caucho poroso, bajo protección metálica, y que puede alzarse sin forzarla, como las cápsulas de los antibióticos. Inyecta el veneno en las setas. Y no queda rastro. Usted comerá también las setas, pero su organismo, inmunizado en parte, le asegura la mejor coartada. Se le hallará veneno en el sondaje estomacal. Un accidente...

—¡Fue un accidente! —atajó Mortimer dando un puñetazo en la mesa.

—Le exijo que se modere —ordenó Blaine secamente.

—¡Usted exponía una teoría... con aspecto de acusación !

—Deja de ser una teoría por esta prueba —y señaló Blaine el estuche metálico herrumbroso—. No podía usted quemar esta prueba. Ató el estuche a un bramante, suspendiéndole en un lugar muy ingenioso. En el depósito de agua del termo del baño. Lo ató para impedir que taponase la salida del agua.

—Si me atribuye tanta premeditación, ¿iba yo a dejar una prueba tan evidente? Los futuros inquilinos del piso podrían un día... —se interrumpió Mortimer angustiado.

—El termo era de su propiedad. Cuando se mudó, el termo, con demás mobiliario y objetos de su propiedad, pasaron a su ático. Esta madrugada, un agente penetró en su ático. Usted dormía profundamente. El agente extrajo del termo este estuche.

Lewis Mortimer escuchaba con creciente tensión.

—Todo enlaza ya, Mortimer. Earl Freeman debía saber . algo, y aguardó para iniciar su chantaje a tener pruebas de su próxima boda con Patricia Sanders. Freeman se entrevistó ayer con Patricia Sanders, que reconoce haber firmado un cheque, que desapareció. Ella debió comprender que Freeman supondría un peligro constante. Por eso murió

Freeman... Ella, que fue su cómplice moral e inductora en el asesinato de Diana Kelly, juzgó amenazada, no ya su felicidad, como dice, sino su vida, y no titubearon en dar muerte a Earl Freeman...

Tuvieron que irrumpir el ayudante y otro agente para reducir a un enloquecido Mortimer, cuya agresión repelió complacido el inspector William Blaine.

Porque la furia agresiva del escritor resultaba una prueba más, y terminante; demostraba que el ingenioso asesino, exasperado, había perdido el control al ver descubierto su maquiavelismo.

Era la lógica reacción del individuo que, tras planear cuidadosamente lo que creyó el crimen perfecto, veía abatirse sobre él la inexorable justicia y la sombra de la horca.

CAPITULO IX

Alee Dundee, con expresión compungida, estrechó la diestra de Norman Sanders, comentando:

—Lamento el motivo que le hizo abreviar sus vacaciones.

—En la estación compró la Prensa. Me he enterado por ella de la detención de Lewis Mortimer y de que mi hermana ha sido interrogada. No ponga esta cara de pésame anticipado, Alee. No abrevié mis vacaciones a causa de las conclusiones a que haya podido llegar el inspector William Blaine, ya que ignoraba en absoluto lo sucedido. Las abrevié por una razón muy distinta.

—Supuse que el inspector Blaine le telegrafiaría.

—No conocía mi dirección, ni estaba obligado a comunicarme nada. Voy a ocuparme personalmente de estudiar el expediente elaborado por el inspector Blaine.

—Admiro su serenidad, Norman.

—No hay tal serenidad, sino el profundo convencimiento de que mi hermana posee una sensibilidad demasiado inteligente, que no le hubiera permitido enamorarse de un criminal. Jurídicamente, es un argumento pueril y carente de toda solidez. Pero para mí, en calidad de hermano, es un argumento irrefutable.

—¿Habló ya con Patricia?

—Todavía no. Vengo directamente de la estación, desde donde le cité telefónicamente para que me aguardase en mi despacho. Como es posible que se entrevistase con Telma Smith...

—Debo revelarle, Norman, que últimamente la veo con frecuencia.

—Asunto estrictamente suyo y de Telma, no mío.

Ella es mayor de edad, y usted también. Le decía qué en sus conversaciones con Telma, prefiero que no mencione mis visitas al sicoanalista Nilssen. Iré mañana, por segunda vez.

Dundee contempló apenado al fiscal:

—Lamento saber que sigue percibiendo síntomas de trastornos que requieren los servicios de Nilssen.

—Nada es incurable, a mi entender, cuando se trata de insensateces, que fermentan de un modo intolerable, pero que pueden desvanecerse, con la pertinente ayuda; en este caso, la del doctor Nilssen, que por cierto, es doctora. Escandinava y bonita.

—Me sería imposible desnudar mi alma ante una mujer.

—Lo hace a diario, Alee. Sí... Un enamoradizo corno usted, y de labia persuasiva, al declarar su gran amor,, dirá bastante ridiculeces.

—Le noto agresivo y casi humorista —sonrió Dundee..

—Es la mejor medicina contra el mal que me aqueja. Y ahora, pasemos al motivo por el que le he pitado. Tendrá que ausentarse de Londres durante el tiempo preciso que le exija hacer una investigación especial.

Sanders se dirigió a su archivero y extrajo dos carpetas. Colocándolas sobre su mesa, repiqueteó el abogado sobre los nombres inscritos en cada cubierta: *Leslie Grundig, Blunt Robin*.

—Es asunto puramente personal y no legal, Alee. Grundig dijo que carecía de familiares presentes en Londres. Por aquella época, no existía motivo legal ni personal que me impulsase a profundizar sobre sus familiares, y por consiguiente desconocemos su paradero.

—Grundig era nativo de Rumania, y un viaje allá supone trámites un poco largos, Norman.

—No es preciso que vaya tan lejos. Grundig estaba naturalizado y es casi seguro que sus familiares residan en alguna parte de Inglaterra. No aparecieron por entonces, ya que debían sentirse posiblemente avergonzados y no querían exponerse a la curiosidad pública. Deberá, pues, hacer las pertinentes indagaciones.

—Si logro encontrar familiares de Grundig, ¿cuál es mi cometido?

—Simplemente anotar sus identidades, profesión y domicilio. La segunda tarea se refiere a los familiares de Blunt Robin. Era divorciado y tenía una hija. No residían en Londres, y tampoco fueron convocados, por no estimarse necesarias sus declaraciones. Esta es su tarea, Alee. Cuanto antes se ponga en marcha, mejor.

—¿No me necesitará aquí en Londres, Norman?

—¿Para...?

—Si piensa realizar un estudio del caso de Patricia y Mortimer, pudiera precisar mis servicios.

—Las investigaciones posibles las realizaré en persona, Alee. Dispongo aún de cuatro días de vacaciones, y mi primera visita ahora será para el inspector William Blaine.

* * *

—Ante todo, inspector Blaine, debemos poner en claro y con rotunda sinceridad un punto primordial. Olvide por completo mi parentesco con la encartada Patricia Sanders y mi futuro parentesco con el acusado Lewis Mortimer.

—Es proverbial su sentido de la justicia, Sanders.

—Gracias. He leído con suma atención el expediente que ha tenido la bondad de permitirme examinar. Le felicito, sin ironía, inspector, porque ha reunido usted un cúmulo de indicios abrumadores.

—¿Indicios? —murmuró Blaine condescendiente.

—Nunca son pruebas los indicios que no enlacen entre sí, y formen un conjunto compacto, sólido y positivo, inspector.

—Estoy dispuesto, sin ironía, a escucharle, Sanders. Nadie es maestro en su profesión.

—Y todos los hombres de buena voluntad, como usted y como yo, procuraremos servir a una sola causa la estricta justicia. Empezaremos por dar como seguro que Lewis Mortimer, poseedor de una imaginación fértil y, planea enviudar ideando un crimen casi perfecto. Casi, porque por suerte no existe la consumada perfección en el crimen. El mismo se proporciona la mejor coartada, pareciendo salvarse por escaso margen. Un sistema muy bien urdido. Estudia la composición del veneno, se lo administra para irse inmunizando, y parece ser un viudo lastimero, salvado por milagro. Es, por lo tanto, un artista o artesano del crimen, empleando la palabra artesano en su sentido de orfebre. ¿Cierto?

—Es innegable que empleó con fines delictivos su inteligencia.

—Y de pronto, el orfebre, el fabricante de instrumentos de precisión, el analizador de venenos, el calculador de inmunizaciones... ¡construye un muñeco de serrín y trapo!

—Amigo Sanders, su dialéctica contundente impresiona a jurados y hasta a magistrados muy impermeables a elocuencias tajantes. Pero no olvide que soy un obtuso policía. Su alusión al muñeco no la sé interpretar.

—Un hombre que como Mortimer monta piezas delicadas de un mecanismo que le proporcionará un crimen artístico, a continuación mata a Earl Freeman de una puñalada, como un vulgar hampón. No, inspector, no. Mortimer, para librarse de la amenaza que le suponía Freeman, hubiese ingeniado otro crimen artístico. No habría asesinado con un vulgar puñal.

—No se le acusa de este crimen. Es delicado...

—Adelante, con rudeza y sin paliar los términos, amigo Blaine. Estudiemos la participación de la encartada Patricia Sanders.

—Bien, ya que usted me lo pide... El estilete supone la participación directa de... ella. Una mujer. Que puede emplear un estilete, sin lucha ni resistencia, porque dispone de las armas femeninas que le permiten atraer y adormecer los celos de Earl Freeman. Así es cómo estimo que debió suceder. De noche, mis agentes no vigilaban a Patricia Sanders, tan pronto como todo hacía suponer que se había retirado a dormir.

—Si Mortimer y Patricia Sanders eran cómplices, el asunto Freeman sería discutido entre ellos dos, y él hubiese elegido un sistema que descartase a una mujer y que le descartara a él mismo.

—No, porque debe usted fijar su atención en que ella actuó directamente, sin consultar a Mortimer, porque éste ignoraba algo muy sensible para su amor propio.

Que ella había pagado la publicación de la novela. Un hecho que sabía Earl Freeman.

—Alegato que acepto, inspector. Volvamos a Mortimer. ¿Cómo fue tan incauto? Dejó en su termo el instrumental que le iba a acusar. ¿Y cómo se le ocurrió a usted hacer registrar el termo?

—Secreto del sumario, Sanders.

—Muy respetable. Deseo visitar a Lewis Mortimer.

—Puedo firmarle el pase, pero tenga presente que Mortimer está sumido en alternadas crisis de estupor y arrebatos de furia.

—¿Preparándose la atenuante de demencia?

—No quiere responder a las preguntas. No quiere atender al abogado defensor que se le ha nombrado de oficio.

—Solicito verle.

El inspector Blaine extendió el pase.

* * *

Lewis Mortimer, sentado en el catre de la celda, dijo huraño:

—Nadie puede obligarme a recibir visitas. Nadie puede obligarme a que hable, sea o no autoridad. Usted no es una autoridad, Norman.

—Ni vengo a importunarle con preguntas absurdas, Lewis.

—Déjeme en paz, Norman. Cuanto antes acaben conmigo, mejor... Todo esto es tan sórdido, tan mezquino... Sólo Dios, Diana y yo sabemos que yo no... Váyase, por favor, Norman.

—Mencionó a Dios, y es católico, Lewis. Mencionó a Diana, y echa en olvido que existen dos personas más que creen ciegamente en su inocencia. Patricia y yo.

Lewis Mortimer distendió las crispadas facciones.

—No puedo ofrecerle asiento, Norman.

—Su lecho es suficiente. Tiene que tolerar mi presencia unos minutos más. Su obligación es defenderse. En recuerdo de Diana, y su pasado, y por su porvenir, Patricia.

—Lo que yo pueda declarar en mi defensa no sirve de nada. Lo que arguye un inocente es lo mismo que argüirá un culpable. Todo me acusa.

—Indicios fácilmente rebatibles. Yo, suponiendo sea su abogado defensor, pregunto: “¿Dónde compró usted el instrumental? ¿Dónde compró el arsénico o el producto del cual extrajo el arsénico? ¿Por qué no arrojó el instrumental al Támesis, tras sacarle pulimento con alcohol? ¿Por qué lo escondía en su termo, en su propio domicilio? ¿Por qué la policía fue directamente a palpar el interior de un termo? ¿Por qué si Patricia

podía pagar, iba a comprometerse matando? Contésteme, Lewis.

—¿Por qué enmendé yo un párrafo en que mi personaje aludía al crimen como medio para alcanzar el oasis? Días después de la muerte de Diana, releí lo último que había escrito. Me pareció que un personaje dispuesto a asesinar, no podía ser el héroe de una novela. Lo corregí. Blaine afirma que esta enmienda la hice impulsado por mi conciencia intranquila.

—Las apariencias tienen a veces una fuerza de realidad asombrosa. Cambiemos de tema, escritor. Necesito que salga usted de aquí, cuanto antes porque sólo resolveré un problema muy personal, con su ayuda.

Sonrió por vez primera Mortimer.

—Su visita me ha devuelto el ánimo. Estaba deprimido, sobre todo por el temor de que la misma Patricia llegase a...

—Patricia es muy sensible y enormemente perceptiva. No iba a enamorarse de un envenenador.

—¿Habló con ella?

—Saliendo, esto haré.

—Dijo que tenía un problema personal...

—Complicadísimo, pero entre los dos lo resolveremos. Naturalmente, éste es el motivo por el cual me ocupo de su libertad, cercana ya.

—Gracias, fiscal, por su egoísmo, siempre he pensado que a los acusados los deberían defender los fiscales. Ustedes saben entrometerse a fondo.

—Acertó, porque voy a meterme a fondo en su vida privada. Por lo menos, en determinados personajes en torno a su vida íntima.

* * *

Myriam Adams comprobó las costuras de sus medias, se ahuecó el cabello castaño, tensó la blusa, y satisfecha de su figura, entró en el garaje, pequeño, sin coches, yendo hacia el despacho.

Escrutó complacida al elegante desconocido, de rostro como tallado en piedra y de densos ojos azules, que poniéndose en pie, decía:

—¿Qué se le ofrece, señorita?

—Esto —y cambió Myriam el chicle de mejilla, presentando un anuncio encuadrado en lápiz rojo—. Apareció en la edición vespertina, y no esperé a mañana. Aquí dice que se necesita una secretaria, con don de gentes, buena figura, para ganar un sueldo elevado y porcentajes. Este anuncio me lo echaron por bajo mi puerta. Alguna amistad, que debió enterarse que andaba yo sin trabajo. El nuncio dice que debo dirigirme a este garaje. Y pedir por su propietario.

El anuncio había sido confeccionado una hora antes, en la imprenta de un amigo, que se encargó de deslizarlo en el sitio adecuado. El garaje le

pertenecía también.

—El propietario soy yo. Me llamo Norman Smith, vendedor de coches y de todo lo que se presente.

—Yo soy Myriam Adams.

—Bien, Myriam. ¿Referencias?

—Verá usted... Mi último patrón no pudo darme referencias. Se marchó al otro mundo, inesperadamente.

—Causa mayor. Bien, es lo de menos —y recordó Sanders que no era un abogado, sino un vulgar negociante—. Mi clientela se compone de varones que pueden ser convencidos mejor por una damita de su excelente presencia. En cada venta le daré un cinco por cien de mi beneficio, más el sueldo semanal.

—¿Cuánto?

—Diez libras.

—Ni hablar.

El regateo siempre daba veracidad a las transacciones. Suspiró Sanders:

—Puedo llegar hasta quince, en el caso de que demuestre usted saber convencer, ser amable..., ¿comprende?

En la silla se contorneó Myriam Adams, insinuante:

—No lo dude. Soy experta en “relaciones públicas”, según decía mi ex patrón. Quince a la semana, más el porcentaje, y es usted mi patrón.

—Podemos probar. Una de las condiciones es que aguante usted la bebida. Mis clientes suelen ablandarse más ante una damita que sepa acompañarles bebiendo.

—Esa soy yo. Clavada.

A la octava copa, tras la cena en un restaurante lujoso, Myriam Adams bailaba con abandono entre los brazos del apuesto Smith. Tenía empeño en demostrar que era una secretaria para todo, exponiendo su “hoja de servicios” bajo el mando de su anterior patrón Earl Freeman.

—...y me perdí el abrigo de pieles que me prometió.

—Mucha recompensa para una simple firma en un papel.

En el reservado, rió ella:

—Había más, había más... Corrí mucho riesgo, cariño. Me dijo él que se trataba de una broma pesada, pero entrar con ganzúa en el ático de un desconocido, ¿es o no es peligroso?

—Diantres que lo es. Eres un talento, Myriam, y creo que te contrataré en firme.

Bebió ella complacida el whisky puro. Sanders sorbió un poco de té frío, que era lo que contenía el frasco con etiqueta negra de un famoso “Scotch”, preparado por un camarero agradecido.

Myriam había preferido una marca menos fuerte.

Dos copas más, y Myriam se hizo empalagosa. Quería a todo trance

demostrar que era de toda confianza, sin remilgos ni escrúpulos, al patrón que sabía pagar adecuadamente sus servicios completos.

* * *

Brent Kelly se alisó con la zurda el rubio cabello de las sienes,ladeándose más el fieltro negro. Adoptaba una postura napoleónica, introducida la diestra en la unión de las cruzadas solapas de su traje azul. Acababa de empujar con el pie la puerta del despacho en el garaje, y observaba con recelo al que saludó:

—Bienvenido, Brent Kelly. La tarjeta que le hice remitir con esta dirección le garantiza que esta entrevista es totalmente privada.

—¿Sí? ¿Y esta fulana qué hace ahí? —y con el mentón señaló Kelly a la que dormía totalmente desmadejada en un sillón.

—Bebió más de lo que pudo asimilar. Es encantador? Myriam.

—¿Sí? Allá usted. La tarjeta que llegó a mis manos dice que un fulano llamado Smith quiere proponerme un negocio de varios miles. No tengo coche para vender, ni coloco piezas de repuesto.

—Es un negocio mucho más productivo, Brent. Yo conocí a su hermana Diana.

Brent Kelly arqueó una ceja. Miró hacia el silencioso garaje, visible a través de las vidrieras del despacho y en cuyo interior, la pausa de silencio, hizo más audibles los rítmicos suspiros de la durmiente.

—Es de admirar que usted no quisiera nunca que Diana le presentase a su cuñado Mortimer.

—Diana era una buena chica, que no se merecía un hermano como yo. Más claro, agua del manantial, ¿no?

El fiscal Sanders sintió una leve simpatía hacia el maleante Kelly.

—Sí, señor. Muy claro. Veamos, Brent... Usted no suele desaprovechar cualquier ocasión de poderse ganar dinero.

—Sería un palomino si hiciese lo contrario.

—Yo le ofrezco un negocio muy privado. No es dinero de mi bolsillo, y por esto puedo ser generoso. La que pagará la factura será una damisela con dinero sobrante.

Su oratoria debía ser adaptada al estilo de Brent Kelly, que preguntó:

—¿Sí? ¿Y qué tengo yo que ver con tal mengana?

—Se llama Patricia Sanders —anunció Sanders.

—Tanto gusto.

—Usted habrá leído que era la que pensaba casarse con Lewis Mortimer, su cuñado.

—Mi cuñado es un zutano que se olvidó muy pronto de Diana.

—Esta es la vida, Brent.

—La muerta al hoyo, y el vivo al bollo. Así es, mal me sepa.

—Lo que ya no es justo es que Mortimer vaya a la horca por un crimen que no cometió.

—Si el juez le encasqueta la capucha, que se la enjaretará, porque endilgando se quedan solos esta gentuza de los tribunales, a mí que me registren. ¿Dónde va a parar, Smith?

—Patricia Sanders puede pagar varios miles. Bastaría con una declaración. Una sola declaración.

—¿De quién?

—De usted, Brent —invitó Sanders—. Una declaración efectuada desde lejos, fuera de la frontera.

—EL que está pasándose de la frontera es usted, sabihondo.

—Con ayuda de la damita —dijo Sanders señalando a la durmiente—. Ella no ataba cabos. Me contó que Freeman le tenía miedo a usted. Las deducciones son fáciles, después de la verborrea de Myriam Adams.

Miró Kelly hacia la durmiente.

—Esta pájara es tonta, ¿sabe, Smith?

—Digamos que la seducen los sujetos recios, como Earl, usted y yo.. Earl ignoraba que ella se entrevistaba con usted, Brent. Ella creyendo que usted estaba enamorándose.

—Así es de tonta la pájara —rió Kelly, sólo con los labios.

—Usted iba poniéndose al corriente de las actividades de Earl. Cuando éste se dedicaba a cobrar cuotas de protección, conoció a Diana. Ella le vio pegando una paliza a determinado pastelero. Pero el otro que estaba con Earl era usted, Brent. Y por eso callaba Diana...

—Porque la pobre me apreciaba, como yo a ella, ¿estamos?

—Estamos. Diana callaba, hasta que Earl la fue a visitar, intentando por su cuenta un chantaje especial. Le diría a Mortimer quién era usted, y ella contestó que si se atrevía a hacerlo, ella denunciaría con pruebas, no ya a Earl únicamente, sino al grupo de *gangsters* de los que era intermediario. Earl Freeman se dio cuenta que había resbalado. Ella estaba furiosa y era capaz de denunciarle, por lo cual su vida valía poco, porque los otros *gangsters* acabarían con él. Tenía, además, una cuenta a saldar con Mortimer.

—Habla usted como un libro, Smith —comentó Kelly, contemplándose las uñas de la zurda.

Prosiguió Sanders:

—Comprendió también que Diana era capaz de llamarle a usted, y contarle que él intentaba valerse de lo que sabía para por el precio de su silencio saciar una pasión cobarde. Y Earl tenía talento. Podía suprimir a la vez a Diana y a Mortimer. Había visto la alacena con los botes de setas. Aprovechando una ausencia de Diana, inyectó veneno. El también supo leer un Manual de Toxicología.

—Era muy culto el canalla de Earl.

—Pero le falló el plan en un detalle. Lewis Mortimer no ingirió bastante dosis de veneno, y pudo gemir junto al teléfono colgante. Usted intervino cuando Mortimer visitaba a Freeman.

—¿Cómo puede usted saberlo, sabihondo?

—Patricia Sanders me repitió lo que le relató Mortimer. Tras su intervención en defensa de Mortimer, Earl Freeman empezó a pensar que corría peligro si usted se enteraba. Dio tiempo a que Patricia Sanders demostrase hallarse dispuesta a casarse con Mortimer. Ya estaba el móvil. Envío a Myriam al estudio del escritor, con el estuche conteniendo la jeringa y la aguja, para que lo dejase atado y suspendido en el termo. Una broma pesada, dice Myriam.

—La pájara es rematadamente tonta. Y usted un fulano muy listo. Habla seco y claro. ¿Qué más, Smith?

—Earl Freeman ganaba a ambos paños. Por un lado, un chantaje productivo, y por el otro, siempre estaba a cubierto ante usted. Pero Myriam le contó á usted la broma pesada que había cavilado Earl... Y quedó usted convencido ya. Earl Freeman había matado a su hermana Diana. .

Brent Kelly comentó, entornados los párpados:

—Diana era una buena chica. La entristecía mucho que yo no quisiera que me presentase al fulano de su marido. Era una buena chica.

—Humanamente, le juro que yo también habría liquidado al asesino de mi hermana, sin esperar a que el juez sentenciase. Entre nosotros, Brent. Estallarle lo que le servía de corazón a Freeman ha sido una obra de justicia.

—Y en el infierno, los de las pezuñas y el rabo azufrado, están de fiesta. Amén.

—Había cierto cheque.

—Lo rompí. Era natural.

—Dejar que Mortimer y Patricia paguen por dos crímenes que no han cometido es cruel, Brent. Usted ya vengó a su hermana. Para mí, que Dios le juzgue a usted, irlandés. Pero seamos prácticos: ¿Por qué desprecia ganarse una cantidad decente y hacer una obra de bien?

—¿Es que tengo pinta de hermanita de la caridad?

—Toma el avión hacia el mejor clima que le cuadre y por correo me remite una declaración total de las andanzas dé Earl Freeman y su muerte. Yo le anticipo quinientas libras. Y como hay Dios, que le remitiré mil quinientas más, tan pronto su declaración escrita obre en poder del inspector William Blaine.

—La Biblia habla de hermanos, pero no dijo nada de . primos. Me pasma su valor y su carota, Smith. O sea que quiere que me meta mano la bofia.

—Para su delito no hay extradición, Brent, si elige cualquier país que

no sea de habla anglosajona.

—Y usted me girará la moneda cuando resuenen las trompetas del Juicio Final.

—Tengo en efectivo dos mil quinientas libras, Brent. No se relama. No las tengo encima, ni aquí. Están donde hay un grabador; papel y pluma. Usted habla, y escribe luego, firmando. Bastará con ello, y las declaraciones de la testigo Myriam .Adams, para que salga libre Lewis Mortimer.

—Y que yo le releve en la celda, ¿no, tío listo?

—Hagamos un trato entre hombres, Brent. Yo le acompaño hasta el avión. Cambiamos el dinero por su declaración registrada en voz y en escrito.

—Dos mil quinientas libras le ponen a uno todo pensativo, Smith.

—Avíseme cuando haya acabado de pensar; Brent.

—¡Ya mismo! Seré lila, pero confío en usted.

* * *

El inspector Blaine masculló:

—Su deber, no ya de ciudadano, sino de representante jurídico, era llevarme a presencia de Brent Kelly.

—Le consta que ante usted, Kelly no habría despegado los labios. Era preciso ofrecerle un terreno libre, garantizado. La muerte de un repulsivo sujeto como Earl Freeman no es un asesinato, sino un homicidio con atenuantes, cuyo móvil era de índole que merece tolerancia. Kelly adoraba a su hermana.

—Con este sistema de obtener confesiones, no podría usted ser policía, Sanders.

—Por eso soy fiscal.

CAPITULO X

—Ya no se interpone ningún obstáculo entre nosotros, Lewis. Ha transcurrido el tiempo suficiente, para que decorosamente podamos hablar con toda sinceridad —declaró Patricia Sanders—. Nuestra reciente prueba debemos darla por bien empleada, puesto que ha puesto fin para siempre a cualquier murmuración.

En el salón de la mansión Sanders, asintió Lewis Mortimer.

—Así ha sido. Y te juro que, mientras vivía Diana, no me di cuenta conscientemente. Después, a solas, fui sintiendo nostalgia de ti. Y las horas que he pasado en aquella maldita celda afianzaron mis sentimientos, definiéndolos ya con neta precisión. Te quiero con toda mi alma...

Se unieron sus labios .en torpe beso de enamorados, donde el romanticismo imperaba sobre el instinto, y enlazados, reclinó ella la cabeza en el hombro del novelista, manifestando:

—Estoy segura que, en espíritu, Diana no se opone a nuestra unión, y si ella pudiera hablarte, te diría que yo sabré ser para ti la compañera que precisas. No pretendo llenar por completo el vacío que ella dejó, pero era mi amiga, y su recuerdo no será entre nosotros una barrera, sino un lazo más de unión.

Norman Sanders, previo un discreto carraspeo, apareció, y señalando hacia el jardín, dijo:

—La tarde es preciosa y ha telefoneado Ángela Donaldson. Te requiere para un bridge. Ya sé qué prefieres quedarte aquí, pero tendrás tiempo sobrado, muchacha.

Todo tu futuro. Pero en este momento presente quiero charlar con Lewis a solas.

Cuando Patricia se hubo ido, empezó Sanders un lento paseo ante Mortimer, que, sentado, le fue escuchando con creciente intriga.

—Prescindiré de florilegios excesivos, pero, es inevitable un breve exordio. Cualquier hombre ha tenido que encarar algún problema de mayor o menor complicación, y siendo racional su problema, pudo hallar una solución lógica. Pero yo me enfrento a una maraña de hechos incongruentes que exigen cautela en las deducciones y en la resolución a tomar. Tengo fama de sensato y quisiera conservarla mientras pueda. Recorro a usted, Lewis, porque le juzgo más capacitado para desenvolver una complicada madeja y convertirla en ovillo confortante. Cosa que lograré con su ayuda.

—Ayuda que deseo poder prestarle de todo corazón. Sin embargo, en la reciente madeja en que nos envolvieron a Patricia y a mí, usted halló* el hilo en escaso tiempo.

—Myriam era una muchacha normal y Brent Kelly un buen granuja sin maldad. Mi práctica fiscal me facilita la solución de actividades que califico de humanas, con pasiones definidas y móviles concretos. En mi caso, hay aparentemente ausencia de pasión y móvil. Su imaginación es fértil, Lewis. Ha creado usted numerosos personajes que podemos calificar de extravagantes.

La puerta del salón se entreabrió suavemente. Y la persona que retuvo entornada la puerta aplicó el oído a la abertura.

—Concretamente, Lewis, ¿ha escrito algo sobre vampirismo?

—No. Nunca abordé este tema.

—Seguramente porque le repele.

—En parte, y también porque resultaría difícil manejar con verosimilitud personajes falsos, inexistentes.

—Usted afirma concretamente que el vampiro no existe. Usted niega rotundamente que un personaje muerto y enterrado pueda presentarse con física corporeidad. Pero, determinados hechos me obligan a solicitar su colaboración para una investigación complejísima.

—Debe serlo, y también especialísima, cuando no ha recurrido usted a los servicios de Alee Dundee.

—Ya le indiqué que mi reputación de positivista me impide propagar sucesos que desafían a la lógica, al buen sentido y a toda explicación razonable. A usted puedo exponerle mi problema, porque sabrá interpretar sus puntos débiles. Yo no puedo ser juez y parte a la vez, porque me enfrento con algo tan inverosímil que no le permite a mi temperamento encadenar una serie de imposibles con un razonamiento convincente. Necesito entender, necesito saber por qué y para qué, mis ojos han contemplado a dos seres en los que no creo. Los vampiros. No creo en ellos... pero he visto a dos.

Lewis Mortimer escrutó, perplejo, el semblante del que acababa de detenerse ante él.

Tras la puerta, la mano en tomo al asidero se crispó.

—Dice usted que ha visto a dos vampiros —silabeó el escritor.

—Varón y hembra. Por separado. Uno, aquí en mi alcoba. La hembra, en el dormitorio de un parador suizo. Si lo considera apremiante, llamamos a un loquero, Lewis.

—Si usted me dice que vio... tuvo que verlo. Y no es coba de agradecido liberto y futuro cuñado.

—Gracias. La primera aparición tuvo lugar, en esta casa, dos semanas después de la ejecución de Blunt Robin. Lógicamente, me causó un profundo desconcierto y una impresión rayana en el miedo, ver surgir a

Blunt Robin en la hora precursora del alba de una noche de luna llena.

Describió Sanders con detallada exactitud la presentación de Blunt Robin, el hálito quemante y la repetición en corto intervalo. Añadió:

—Estimo aún impropio requerir su opinión.

—Prematuro todavía, Norman.

Describió Sanders a Gerta Doprescu, su aparición en el comedor, su conocimiento mutuo y su reaparición en el dormitorio del parador suizo. Rozó con el índice el tafetán adherido a su yugular.

—Las dos huellas son casi invisibles, pero el parche me evita la evidente contradicción a mi falso testimonio. He declarado que me lesioné al querer extirparme un punto negro con unas pinzas. Pero la doble huella es la clásica y terminante que dejaría el mordisco... digamos, de un perro... o de una gata. Su turno, Lewis.

—Su lasitud, su estado de no reacción defensiva ante la mujer-vampiro, ¿a qué lo atribuye, Norman?

—No fue desvanecimiento. No presumo de héroe inmune al miedo, Lewis. Si perdí el sentido... Rectifico. Si mis sentidos se adormecieron, aseguro que se debió a una causa exterior, ajena a mis nervios.

Tras la puerta, muy pálida, Telma Smith trataba de dominar su creciente horror. Quería abandonar su puesto de escucha, y a la vez, la inquietante revelación la mantenía tensa en anhelante curiosidad.

—Aparentemente, Norman, se dieron los factores legendarios de las narraciones de terror y horror basadas en lo sobrenatural: el hálito que paraliza, el soplo que produce sopor y la doble punción fatídica.

—¿Fatídica?

Sonrió el escritor.

—Según dichas consejas que entusiasman a los masoquistas, la persona mordida por un vampiro pasa a engrosar la fila de extractores de sangre humana.

Telma Smith se apretó el dorso de la zurda sobre la boca, para contener la exclamación asustada.

—Supongo que haría la indagación lógica, Norman.

—Supe que Gerta Doprescu citó al conductor del trineo en el mismo sitio las tres noches, y el conductor la depositó de vuelta en el mismo lugar, las tres noches y antes del amanecer.. Una desierta alameda sombreada por cipreses, ante el cementerio suizo de extranjeros.

—¡Caray...! —sonrió Mortimer—. El decorado completo. La noche, el cementerio, los cipreses... Y estoy por anticipar que vería usted, también la tumba yerta y fría de la humana Gerta Doprescu.

—Fallecida en febrero del 61.

Telma Smith no quiso escuchar más.

Necesitaba con gran urgencia aspirar sales y tomar una fuerte dosis de calmante.

—La legítima Gerta Doprescu falleció en febrero del 61, y una mujer que dijo llamarse Gerta Doprescu le envolvió en una bien tupida tela de araña. Coincidió plenamente con usted, Norman. Necesitamos entender, necesitamos saber el porqué y el para qué

* * *

Telma Smith, al volante de su “Bentley”, maniobró hasta detenerlo en el aparcamiento de uno de los paseos del extenso parque de Oldyork. El calmante no surtía efectos, pero acogió sonriente al que, entrando, se apoderó de su diestra, y besándola, confesó:

—Lejos de ti, Telma, soy esclavo de tu seducción. Y al verte, el embeleso me convierte en tímido adorador. No puede prolongarse más este tormento de entrevistarme contigo casi clandestinamente.

El tímido adorador atacó, pero ella rehusó el beso, y los labios masculinos se posaron a un lado del blanco cuello..

Se estremeció Telma, apartando casi con repulsión a Alee Dundee, que, extrañado ante aquel rechace inhabitual, se esquinó en el asiento, con expresión agraviada.

—Caramba, señorita Smith. Mis muy viriles ardores, ¿la ofenden ahora?

—No debes emplear conmigo este tono de sorna, Alee. Estoy nerviosa, nerviosísima, y cuando sentí tu aliento en mi garganta, me puse toda histérica.

—Veamos, veamos, señorita Smith —y Dundee cogió la muñeca femenina, fingiendo comprobar con su reloj—. Latidos normales, pulsación generosa y tibieza discreta... A propósito de discreta, reitero mi petición, porque no ignoras que mi patrón me supone galopando por la isla en la búsqueda de los familiares de ciertos sujetos. Una gestión que realizará estupendamente un compañero mío, viajante. Esta infidelidad a mi patrón se debe a tus encantos avasalladores. No puedo pasar muchas horas sin aspirar tu fragancia de rosa lozana...

—Hoy no estoy para madrigales, Alee. Y eso que los dices muy bien. Últimamente, yo comprobé que Norman no estaba del todo en sus cabales, y a su regreso no he notado mejoría, sino todo lo contrario. Apenas llegó, en vez de venir a casa, se fue directamente al despacho, y te encomendó una investigación que, tú mismo dijiste, o mejor dicho, dejaste escapar que te parecía absurda. Te ruego que me expliques la verdad, Alee. Y te prometo conservar el secreto.

—No es nada grave, Telma. Es público y notorio que Norman envió al patíbulo a Leslie Grundig, cuyo defensor había alegado la atenuante de que Grundig cometió un homicidio, y no un asesinato, ya que la muerte de la jovencita fue resultante del exceso de alcohol que abundó en una pequeña

orgía londinense. Pero Norman, con mi ayuda, logró demostrar que la pretendida orgía era en realidad una sesión de magia negra. Y Leslie Grundig fue al patíbulo.

—Leí los relatos de la sesión esa, con la simulación de vampirismo, y se me ponía la piel de gallina. Hasta pasé la noche muy agitada, agitadísima.

—Después, en el proceso de Blunt Robin, Norman logró la sentencia de muerte, demostrando también la simulación aberrante de Robin. Y ahora, Norman quiere que le encuentre a los familiares de los dos vampiros.

Tembló ella, mirando hacia las frondosidades del parque. Iba atardeciendo, y las primeras penumbras invadían la floresta circundante.

—Pese a mis boberías, Alee, yo me considero una mujer sensata, sensatísima, cuando tengo que serlo. Los vampiros no existen... digo yo.

—Doctores tiene la iglesia y ya dictaminaron. Para mí, en cambio, tu eres una vampiresa arrebatadora, que me aturde y enloquece.

—Suéltame, muchacho, que no estoy para jugueteos. Una amiga mía que no es como yo, que no pasé del Bachillerato elemental, asegura que un ser humano mordido por un vampiro se... transforma en vampiro.

—Necedades, mujer, necedades espantosas —rió Dundee, atrayéndola.

Más tranquilizada, permitió ella unos segundos de jugueteo.

Alee Dundee suspiró junto a su cuello, y Telma Smith se apartó, trémula.

—No estoy para retozos, Alee. Dirás lo que quieras y serán necedades, pero de noche, con niebla, si veo abajo en el jardín una figura alta, quieta, mirándome con ojos que echen lumbre, me quedo toda paralizada...



— No creo en vampiros..., pero ya he visto dos...

—Cierras el balcón de tu cuarto, y ya está.

—Sí, pero supongamos que voy a abrir una puerta, y ¡zás!, allí, parado, el altísimo monstruo vampiro con la sonrisa esa horripilante de los dientes largos... Nada más que pensarlo, me escalofrió y me entra una zozobra de rechupete.

—Ahora me recuerdas que una noche estaba yo sin poder pegar el ojo, y de pronto, la puerta se fue abriendo poco a poco, pulgada a pulgada. Una mano de largas uñas se crispaba en el borde del quicio.

Escuchaba ella, dilatados los ojos, jadeante y boquiabierta. Prosiguió Dundee:

—Se oía un quejido que no era humano. Un maullido de fiera sedienta. Se apagaron las luces y la puerta continuó abriéndose muy lentamente...

—¡Ay, hombre! No sigas, hombre...

—La puerta se abrió de golpe. Yo, bañado en sudores y castañeteando los dientes, quise berrear pidiendo auxilio, pero la lengua la tenía pegada al paladar. Y entró...

—Un vampiro... —gimió ella.

—Entró "Pussy". Mi gato. Estaba sediento el animalito —rió Dundee. La respiración de Telma Smith fue normalizándose. Murmuró:

—Eres malo, malísimo, Alee. Y no estoy para bromas. Creo que a mí también me convendrá un viaje por el continente.

* * *

—¿Qué opina del sicoanálisis, Lewis?

—En casos determinados de total desconcierto, es recomendable. Pero usted puede resolver su problema sin recurrir al especialista que le hablará de impulsos reprimidos desde su lejana infancia, del afán de exterminar a su nodriza, afán contenido que reaparece años después en el que persigue jamonas, etcétera. Nosotros debemos, exclusivamente, concentrarnos en preparar la trampa en que caerán sus dos vampiros. El macho y la hembra.

—En efecto, pero antes examine la siguiente paradoja: Voy a consultar a un sicoanalista. Y en vez de aquietar mi conturbada mente, el doctor exacerba mi duda, mencionando la posibilidad de que los vampiros anden sueltos por Londres y tengan preferencia por mi dormitorio.

—Su doctor resulta curioso. Ahora bien, pudiera ser que emplease el procedimiento de valoración autoafirmativa. Empezar por no llevarle la contraria al paciente, para suprimir la causa exógena, y luego inculcar la

readaptación emocional endógena. Pero este método, aplicable a un sujeto emocionalmente sugestionable no es el procedimiento orectológico adecuado para un inteligitivo como usted.

Norman Sanders, sentándose, manifestó:

—Palmaria evidencia que me sacó plenamente de dudas, Levas. Y al confesarle a renglón seguido que no he comprendido nada, ¿quiere, por favor, poner a mi alcance su erudición freudiana?

—Un paciente se tiende en el clásico sofá. Cuenta su obsesión. El doctor, mediante preguntas, lo clasifica en sugestionable, si lo es, o en inteligitivo, si es de cerebro firme y analizador. La causa exógena es la circunstancia exterior que motiva la obsesión, en este caso, la visión de un vampiro. La endógena es la interior, la postura íntima del paciente, en las reacciones de su estructura orgánica, nerviosa o linfática, sus instintos, dominantes o controlados. Y orectológico es el sistema apropiado para cada sujeto. Este doctor cometió con usted un inexplicable error, al aplicarle un sistema de sondeo totalmente contrario a sus características bien claras, Norman.

—Podría usted pedirle una cita al doctor Nilssen y exponerle que vio vampiros.

—Comprendido. Usted desea que yo compruebe si su doctor Nilssen es un farsante, pero si se da cuenta de mi intento, podría alertar a sus cómplices, lo cual no es nuestro propósito, sino todo lo contrario. Por lo que deduzco a primera vista, han urdido un complot contra usted. ¿Me permite que lleve la iniciativa, Norman?

—Con plena carta blanca.

—Puedo comprobar, sin alertar. De algo han de servir “Mprty Blake” y sus muy variados personajes.

* * *

Karel Nilssen señaló a su visitante el diván

Lewis Mortimer, sentándose, aclaró:

—Mi susceptibilidad linda con la quisquillosidad, doctor. Eso de desnudar mis intimidades más abismales, así como así, sin saber la calidad del mirón... Resulta superfluo afirmarle que mi delicadeza la amordazo, dada la gravedad de mi caso personal. Un doctor con su fulminante impacto de nórdica apabullante no encaja.

—En aquella pared puede ver el cuadro con mi diploma, obtenido en Estocolmo. Que una mujer inspire, sin fundamento, un recelo al paciente masculino, es un complejo normal.

—Yo estoy más bien acomplejado en el otro *sentido. Ante una mujer despampanante, en vez de revelar mis secretos, me da por descubrir los de ella. ¿Es grave mi enfermedad, doctor?

—Le ruego tenga bien presente que no tolero esta clase de bromas. No está ante una mujer, sino ante un especialista.

—Con diploma que la faculta para ejercer en Suecia.

Si el Atlas que me han vendido de segunda mano era el legítimo, estamos muy al sudoeste de la península escandinava.

—Su personalidad es manifiestamente propensa a desconfiar. ¿Sus nombres, por favor?

—Neil Hamilton.

—¿Profesión?

—La pesquisa privadísima.

Karel Nilssen cerró su block, dejándolo sobre la mesa, con el bolígrafo. Dijo con aplomo:

—Desde que empezó a hablar, supuse que era un detective privado. Ha podido comprobar, señor Hamilton, que no le he pedido honorarios ni he ejercido actividad alguna con finalidad remuneradora. Puede obligarme a retirar de la puerta de este despacho interior mis nombres y títulos. Pero es evidente y comprobable que no añado la mención “Doctor”, ya que no poseo aún. la revalidación de mis estudios.

—No pagaré honorarios, pero usted ejerce. Vaya si ejerce. No habrá montado este tinglado por amor al arte.

—¿Quién le ha enviado aquí, Neil? —y el tono era acariciante.

—Mi propio olfato. Y no resbalo al presumir que estoy sobre una pista firme que, tangencialmente, ha de llevarme a solicitar su expulsión inmediata, nena —aseguró amenazador el personaje de “Morty Blake”.

—¿Por qué? —quiso ella saber, como apenada.

—Por ejercer sin reválida. Por engatusar babiecas con obsesión trepidante. Por sacar plata a pichones tocados del ala. ¿Te parece poco, preciosidad?

Karel Nilssen cruzó las piernas, tendió su pitillera, ofreció el encendedor, exhibió la flexibilidad de su talle, y reclinándose hacia atrás, declaró con cándida expresión:

—Frente a un hombre agradable, apuesto y con mundología como usted, Neil, mi verdadera personalidad queda liberada de todo complejo de represión.

—A eso vienen los pichones. A que les dejes limpios de complejos. ¿O les das? —rió con tosca significación el presunto detective.

—Acertaste, Neil. Pero soy prudente y no tengo letrero en la puerta exterior del piso, sino únicamente en el despacho interior. Y quisiera que me permitieses emplearlo unos días más.

—¿Por qué?

—Ha de venir un paciente rico. Una consulta seria, Neil. Precisamente me telefoneó para visitarme a las seis. Me paga cincuenta libras por consulta, ¿comprendes?

—Capto la onda, pero soborno y Neil Hamilton nunca hicieron buenas migas.

—Este paciente puede venir de un momento a otro.

—Supongamos que acepte ser magnánimo y te permita ejercer lo que sea, durante unos días. ¿Qué gano yo?

—Pide —sonrió ella, con laconismo incitante.

Lewis Mortimer se esforzó en pensar en Patricia. Pero las palabras le brotaron con sinceridad instintiva.

—El espíritu es fuerte y la carne débil, según leí no sé dónde, nena. Y una sirena escandinava dicen que tiene nieve en el semblante y fuego en el corazón.

En pie, Karel Nilssen asintió, acercándose.

Sonó el teléfono sobre la mesa, y aplicándose el auricular, oyó ella la pausada voz de Norman Sanders:

—...Un imprevisto me obliga a posponer la cita, doctor Nilssen. Deseo aplazar mi consulta hasta mañana, en que volveré a llamar.

—...Si no puede venir ahora, de acuerdo.

Colgando, explicó la sueca:

—El cliente de que te hablé. No puede venir hasta mañana. Entonces, Neil, decías que...

Karel Nilssen necesitaba disponer de aquel despacho para su colaboración en la progresiva destrucción del equilibrio mental del fiscal Sanders.

Y sobornó.

CAPITULO XI

—Ratificada la suposición de que Karel Nilssen aceptaba un riesgo, porque está obligada, por móviles desconocidos, a seguir mitrándome la creencia de la posible presentación de vampiros, usted opina que es inútil y contraproducente un interrogatorio directo. ¿En qué apoya su criterio, Lewis?

—En que soslayaría fácilmente toda insinuación delictiva. Pretendería ejercer simplemente por cuestión monetaria, admitiendo un fraude de elástica tolerancia. Queda confirmado que ella interviene en el complot de los vampiros. Y ahora, nuestro objetivo siguiente es cazarlos con las manes en la masa, Norman. Reaparecerá Blunt Robin, o Gerta Doprescu, o cualquier otro espantapájaros. ¿No le molesta que emplee un léxico carente de seriedad?

—Creo que en mi caso es una medicina recomendable, estudiar la solución con desenfado, sin gravedades que desentonan a estas alturas. Nuestra meta inmediata es desenmascarar, pero...

Alzó la mano Mortimer, atajando:

—Tengo el cebo. Usted. Tengo la trampa. Rudy Cannon.

—¿Quién es Rudy Cannon?

—Un detective neoyorquino que se las sabía todas. En mi folletín “La pálida veranea en Miami”, al quedarse muy pensativo ante el quinto cadáver de la familia Vanderkil, Rudy Cannon decide que en la mansión de los Vanderkil están pasando cosas raras.

—Una conclusión de aplastante sensatez —sonrió el abogado.

—La sexta y última componente de la familia Vanderkil, llamada Jacky, está asustada, cosa natural. Es la única Vanderkil que queda en la mansión, de la cual huyó la servidumbre. Pero allí está Cannon. Y sube a la alcoba de Jacky. El asesino, hasta entonces, ha ido suprimiendo Vanderkil, a domicilio, y en horas nocturnas. Cannon examina la perilla de la mesita de noche. “Inservible y arcaica”, dice.

—De acuerdo. Se pierden segundos de gran importancia, tratando de encontrar la perilla a tientas.

—Cannon regresa de una tienda de artefactos eléctricos. Entre paréntesis, ya fui a encargar lo necesario. Cannon ha gastado un dineral a cuenta de la última de los Vanderkil. Le pasarán la factura, una vez hecha la instalación, Norman. Instala Cannon en la alcoba un sistema de tres pulsadores, que sustituirá a la perilla. Los tres pulsadores se hallan en

torno a la muñeca de Jacky, en una correa aislante. Cuando aparezca el asesino, Jacky se limitará a presionar su pulsera especial. La luz de la alcoba se encenderá automáticamente.

—Bien. Pero recuerde que la aparición poseía medios de huir rápidamente. Lo demostró.

—Cannon ha comprado cuatro reflectores. Instala uno en cada esquina de la mansión, amparado en la oscuridad de la noche. Cuando Jacky presione sus pulsadores, la luz de la alcoba se encenderá, pero a la vez, los cuatro reflectores iniciarán su cuarto de giro, iluminando por completo las salidas de la casa y el jardín.

—Excelente dispositivo. Supongo que su instalación, podrá realizarse con la debida prudencia. Nos interesa cazar la pieza sin ahuyentarla.

—Un electricista, técnico en esta clase de instalaciones, está ya montando en su taller todas las conexiones. Y esta noche, hacia las once, acoplará los montajes en menos de una hora.

—Supongamos que, como ya lo comprobé, mi visitante posee el recurso que me impide perseguirle.

—Funciona el tercer pulsador. Esta misma noche empezaré a emplear su garaje como dormitorio, Norman. Sólo hemos de saberlo usted y yo. Este era el complemento de la instalación cazadora de Rudy Cannon. Dormía en el garaje, teniendo cerca del oído un timbre zumbador, conectado con uno de los tres resaltes pulsadores ocultos bajo la doble correa aislante de Jacky. Suena el zumbador, y Cannon, revólver en mano, a la luz de los reflectores, le corta la retirada al frustrado asesino. Claro, había una variante lógica. El asesino se ceba en Jacky cosiéndola a puñaladas en su lecho.

—¿Variante lógica? —inquirió asombrado el fiscal.

—Aparte el golpe de sorpresa que encajaba el amable lector, Cannon, en previsión de que el asesino dejase al mundo sin Vanderkil, colocó en el suntuoso lecho de Jacky una muñeca, tamaño natural, representándola y sustituyéndola. Jacky, muy femenina, no podía exhibir nervios de acero y aguardar la tétrica visita, entre sábanas. Estaba en el cuarto de baño.

* * *

Telma Smith alegó hallarse indispuesta y no asistió a la cena, recluyéndose directamente en sus habitaciones.

En su espaciosa alcoba, encendidas todas las luces, sorbió el resto de la infusión de tila, mientras leía con valiente decisión el lúgubre librito que le había facilitado Alea Dundee.

Se titulaba: "Exorcismos y amuletos de reconocida bondad".

El autor, un escocés que vivió en el siglo XVII y que había recopilado

las recetas de pastores de ganado, marineros y zángaros, se extendía en ampulosas disquisiciones.

Pero Telma Smith leía muy por encima, saltando los párrafos tenebrosos y yendo en busca de los tranquilizadores.

“Tres ramitas de muérdago que deberá ser recogido a la hora postrera la cuarta noche de luna creciente, se enlazarán cuidadosamente en forma de aspa de molino, empleándose para dicho menester seis cabellos de mujer anciana cuya descendencia en bisnietos supere a cualquier otra de todas las ancianas de la localidad en que los vampiros hagan sus asoladoras incursiones de monstruos que...”

—Esto es patraña tártara —protestó Telma en voz alta.

Pasó a otra página:

“En el bruñido azogue de los espejos tenemos, por otra parte, un remedio infalible que nos permitirá comprobar si la imagen del ser que nos visite se refleja. Es sobradamente sabido que la figura del vampiro, adopte cual sea reencarnación, no se refleja en los espejos, y por lo tanto, tendremos la seguridad a nuestro alcance de que el visitante es o no es el ente maldito que...”

—Lo que me interesa es no verlo yo —musitó Telma, contemplando alternativamente el espejo de su coqueta y del armario—. Que se refleje o no en el azogue, no me soluciona nada, señor escocés.

Recorrió varias páginas más, hasta hallar un subtítulo apropiado a su estado de ánimo.

Remedio infalible para exterminar a los vampiros

“A la claridad solar, es decir, cuando la bendita alborada barre con su escoba purificadora los miasmas de las pérfidas tinieblas, la persona que desee librarse para siempre del satánico poder maléfico, afilará cuidadosamente el extremo de un madero, y provista de martillo de herrero, sumergido previamente en baño de leche recién ordeñada de cabra blanca y negra, acudirá a la guarida del vampiro, y abriendo el féretro con toda decisión y arrojo, hincará el madero en el corazón del monstruo que crujiendo de dientes, exhalará...”

Cerró Telma el librito, bajo cuyo título y el nombre del autor: Víctor Dugi, la portada ostentaba un enorme murciélago humano de puntiaguda calva.

Proyectó Telma con fuerza el librito hacia el hogar, y el murciélago humano se retorció, chamuscándose en las llamas del fuego de la chimenea que entibiaba la habitación.

Meditó Telma Smith que se estaba comportando deslealmente. Debió

haber hablado con toda claridad con su sobrino y no encerrarse como una pusilánime.

Decidió que a la mañana siguiente sería lo primero que haría. Mientras paseaba por la alcoba, llegó a otra conclusión: era ridículo dejarse llevar por...

Se detuvo anhelante, tras el cristal de la ventana cerrada.

Una silueta confusa se deslizaba por el jardín, más allá de la piscina. Cerró ella los ojos. No era posible. Y sin embargo, lo había visto perfectamente.

La silueta arrastraba tras de sí algo semejante a un cable, pero que también podía ser una cola, un rabo demoníaco...

Volvió a escrutar las tinieblas del jardín. Respiró aliviada. Había sido algún juego de sombras.

El electricista instalador había ya entrado en el garaje para conectar el trenzado de cables.

Telma Smith procedió a su aseo nocturno. No podía pasar la noche en vela. Dejó todas las luces encendidas, y leyendo el relato de los amores de una favorita real, se remontó complacida a la época de Luis XIV.

Alee Dundee era, un excelente muchacho. Pleno de atenciones y sabiendo elegir literatura de calidad, como aquella narración en la que Rosemunda de Montmoreney, tras seducir al Gran Mariscal del rey, recibía una visita, muy bien descrita:

“Envuelto en la negra capa de raso brillante, el visitante nocturno permaneció erguido, con majestuoso porte, ante la puerta que acababa de cerrar. Seguía embozado y Rosemunda, con su gentil voz, invitó dulcemente:

”—No titubeéis, señor de Launay. Vuestra galantería es la mejor prenda dé que sabréis adivinar la razón que me hizo llamaros. Mi corazón está tremante de ansiedad e impaciencia por conocer la verdad. ¿Me ama o no me ama el elegido que osé...?

“Rosemunda palideció intensamente y su nívea manecita se aferró en tomo a su corazón cuyos latidos semejaban los de un tierno pajarillo atemorizado.

"El visitante nocturno acababa de desembozarse y la capa, al desplegar sus vuelos aiosos, revelaba una presencia infernal, horrorosa y satánica. El semblante cadavérico se contraía en risa sardónica. Los ojos, como carbunclos, despedían llamas y el terrorífico vampiro..."

Telma Smith despidió lejos de sí el volumen como si quemase.

—No hay derecho —se quejó amargamente, recostándose a un lado—. Mañana le formaré un escándalo a Alee... Hay que ser imparcial, Telma. El pobre no tiene la culpa. No podía suponerse que hasta en los

amores de Rosemunda parecerían estos bichos, que no existen y son fruto de imaginaciones calenturientas.

Cerró los párpados, disponiéndose a dormir.

Su sobrino, un hombre ponderado, de juicio a toda prueba, le contaba a Lewis que una rumana fallecida dos años antes...

Volvió a pensar en Alee Dundee. Un excelente muchacho, muy enamorado.

Irían a Francia en viaje de novios. Y el apasionamiento de Alee Dundee era promesa de una larga luna de miel.

Telma Smith se durmió con sonrisa placentera.

Horas después, un tenue rumor se hizo más audible en la silenciosa quietud de la alcoba, en la cual el fuego de la chimenea no era ya sipo un rescoldo.

Parpadeó Telina. Las luces encendidas desparramaban su blanca y confortante claridad, iluminando hasta el último rincón. Pero el rumor persistía. Como producido por unos roedores mordiendo la madera en el desván.

Ratoncitos en sus correrías nocturnas, pensó Telma, volviendo a tenderse. Bichos inofensivos, casi simpáticos, decidió aquella noche.

El reloj de la mesita señalaba las cinco y cuarenta de la madrugada, cuando en la alcoba de Telma Smith se apagaron todas las luces. Sólo cabrilleaba el rescoldo del fuego en la chimenea, despidiendo un halo rojizo.

Un soplo tibio acarició la garganta de la durmiente. El hálito se hizo más ardoroso.

La durmiente se removió, inquieta.

En su oído una voz queda, susurraba:

—“Telma”... “Telma”...

Con leve estridencia cantarina, como una voz procedente de muy lejos, en eco prolongando mucho las vocales del nombre.

Abrió ella repentinamente los ojos.

Norman Sanders, en pie, alargada su estatura, en alto los brazos, vestido enteramente de negro, la miraba fijamente.

Dos largos colmillos brotaban de su abierta boca.

Telma Smith creía gritar con todas sus fuerzas, tendidos los brazos en gesto de rechace. Su garganta no emitía el menor sonido.

Una infinita lasitud se apoderó de su cuerpo y se desplomó hacia atrás, convulsa en estremecimientos, cerrados los ojos. Fueron cesando sus convulsiones y permaneció inerte, pasiva, casi insensibilizada.

El quemante aliento, persistiendo, entumeció la sensación de dos caninos hincándose en el blanco cuello.

CAPITULO XII

En su amplio despacho particular de la mansión Sanders, el fiscal, en pie tras su mesa, contempló un* punto indefinible de la lisa pared que tenía enfrente.

Tres sillones más habían sido añadidos al habitual mobiliario, y cinco invitados fijaban sus miradas en Norman Sanders.

—Sean mis primeras palabras exponentes de mi íntima satisfacción ante la luz del día presente que ha devuelto la completa tranquilidad a mi espíritu. Agradezco su amable asistencia como ¿representante la ley en sus indagatorias preliminares, inspector Blaine. v

William Blaine, instalado en una esquina, asintió en silencio.

—Convoqué a Patricia Sanders y a Lewis Mortimer en calidad, respectivamente, de futuro testigo y de maravilloso colaborador que despojó la incógnita más ardua que cabe imaginar. Le reitero mi honda gratitud.

La diestra de Patricia apretó significativamente la del novelista.

—Cité a Telma Smith en calidad de testigo de cargo.

Telma Smith, rodeada la garganta con un pañuelo multicolor, se esforzó en sonreír, y removiéndose en el sillón, expuso:

—Cuando entré, no quisiste escucharme, Norman. Y yo, a nadie, salvo a Lewis, quise explicarle...

—Hablarás seguidamente; Telma. Convoqué por último a Aleé Dundee, que delegó una investigación que le encomendé,, en otra persona, que al parecer, no ha logrado aún resultados positivos.

Aleé Dundee, sentado junto a la ventana que daba al jardín, manifestó:

—Tengo la certeza de que John Masters, un viajante ducho en conversar y oír, no tardará en dar con el paradero de las personas que usted desea conocer, Norman.

—Gracias. Expondré un dato preliminar para el mejor entendimiento de las ulteriores exposiciones de hechos. Esta mañana, a las siete y media, Lewis Mortimer acudió con toda urgencia al llamamiento apremiante de Telma Smith. Conozco la interpretación de Telma a cierto despertar aterrador, a través de la versión equilibrada y deductiva de Lewis Mortimer.

—Es urgente y apremiante que me oigas, pero a solas, Norman —exigió casi llorosa, Telma Smith.

—Es imperativo, es ineludible que contestes a mis preguntas en presencia de los aquí reunidos. Con todo cariño y respeto, y en evitación de disquisiciones prolongadas, te ruego brevedad, aplastante sinceridad y economía de adjetivos conmisericordiosos, Telma. ¿Sufres de alguna dolencia en las cuerdas vocales? No, ya que hablas claramente. ¿Tienes frío? El ambiente de este despacho es tibio. No necesitas abrigarte el cuello. Concretamente, Telma, considero que puedes quitarte este alegre pañuelo que rodea tu garganta, sin temor a que se agrave tu inexistente dolencia.

—¿Inexistente? He estado horas mirándome... Estoy disgustada, disgustadísima, Norman. Me levanté muy fatigada, y ahora, tu actitud me congela... No me mires así, tan fijamente, Norman —y cerró ella los parpados.

—Prescindiremos de la exhibición de tu blanco cuello. El pañuelo oculta dos marcas, Telma. ¿Cierto o no?

—Yo preferiría hablarte a solas.

—Dos marcas a cada lado de la yugular. ¿Cierto o no?

—Sí, pero...

—Contesta con espartano laconismo, mi estimada tía. Es tu deber ayudarme a explicar sin reticencias el origen de estas dos marcas.

—No puedo, Norman, de veras que no puedo. Es horrible y "disgustante", muy "disgustante".

—Horrible y "disgustante". Pasaremos por alto la incorrección gramatical del segundo término, dada su gráfica elocuencia. —Y Norman Sanders, quitándose el tafetán a un lado del cuello, lo depositó en el cenicero—. Dos marcas idénticas a éstas. Casi invisibles las mías, muy recientes las de Telma Smith. Redondas, diminutas, en doble punción producida por un instrumento inciso. ¿Un estilete, Telma?

—¡Oh, no! Delante de todos, no sé cómo explicarlo.

—¿Dos dientes?

—Pues sí —admitió ella, trémula.

—¿Largos como dos colmillos?

—Norman, es horrible...

—Y "disgustante". Sentimiento que comparto por experiencia propia. ¿Colmillos o caninos pertenecientes a un vampiro?

—No seas cruel, Norman. Todo lo hubiéramos aclarado entre nosotros...

—Esto es precisamente lo que deseó la persona que puso en funcionamiento esta maquinación. Que quedara entre nosotros, y temblaríamos al susurro de una hoja desprendida del árbol. Tu despertar aterrador, y repito las palabras que dijiste a Lewis, ¿se produjo hacia las seis de 1a. madrugada?

—Sí. Tengo un reloj sobre la repisa de la chimenea, frente a mí.

—¿Estaban encendidas las luces de tu alcoba?

—Se habían apagado, cuando el aliento que ardía resopló en mi cara.

—¿Viste algo o alguien?

—¡Horroroso! —y se cubrió ella el rostro con las manos.

—Luces apagadas, ¿sí o no?

—¡Sí!

—Entonces, ¿cómo pudiste ver la hora, algo o alguien?

—Había el reflejo del rescoldo del fuego, y además un halo blanquecino en tomo a... en torno al monstruo.

—Un monstruo. Tratemos de plasmarlo en forma risible. ¿Un lobo humano?

—¡Oh, no!

—¿Un vampiro?

—Sí.

—Tendría una faz. ¿La saludable faz del inspector Blaine?

—¡Oh, no, qué horror! —murmuró ella, tensos los nervios.

—¿El semblante de monje bien nutrido de Alee Dundee?

—No seas así, Norman, hombre...

—¿Mi rostro? Contesta sí o no.

—Sí y no. Era tu cara, Norman, pero no podía ser verdad. Tenías...

—Dos hermosos colmillos. Empleo el calificativo en su sentido de buen desarrollo. Gracias, Telma. ¿Alguien desea té, café o whisky? ¿No? Prosigamos. Telma Smith es cariñosa, agradablemente superficial y poco complicada. La creo plenamente cuando afirma haberme visto en una representación desagradable, provisto de dos accesorios canino-dentales. Doy por ratificado y probado que, cercana la madrugada, aparecía transformado en un monstruoso engendro. Parecería descabellado, de no ser verdad. Disipemos un poco el malestar. Es incongruente lo que oye, ¿no es cierto, inspector Blaine?

Sonrió el aludido, enigmáticamente.

—Usted no me invitó a venir para escuchar el preludio descabellado, sino el final lógico. Sanders.

—Así es, inspector. Todos conocemos el "climax" creado para formar el ambiente que influirá en el espectador de cine con los llamados efectos sonoros y de trucaje. En las películas de terror se obtiene la buena predisposición del más escéptico con música macabra, susurros amenazadores, sombras agrandadas y gritos repentinos de angustia. Vuelvo a tu lado, Telma. Tienes costumbre de leer en la cama para coger el sueño, según declaras frecuentemente. ¿Leíste anoche?

—Lo que leí y lo que vi son dos cosas muy diferentes, Norman.

De la mesa cogió Sanders un libro y restos de otro, chamuscado.

—Este ejemplar, medio quemado, se hallaba en las cenizas de tu chimenea, y este volumen ilustrado yacía al pie de tu cama. La página

abierta del volumen ilustrado menciona un vampiro con ojos de carbunclo, que aterroriza a la infeliz Rosemunda. ¿Cierto o no?

—Muy cierto, y la pobre estaba lejos de suponer que... Yo tampoco.

—El volumen chamuscado trata de los supuestos remedios para ahuyentar a los vampiros. Excelente lectura, Telma.

—La pedí... Fuimos a buscarlos y me los regaló...

—¿Regaló o escogió?

—Bueno, los escogió, porque es más culto,

—Gracias. Nada más, Telma. Tenemos ya la creación del "clímax" adecuado.

—Un momento, Norman —intervino Alee Dundee—. Yo fui el que le obsequié con estos dos libros a Telma, que me dijo deseaba documentarse sobre vampirismo, y a la vez quería una buena novela de amoríos, como antídoto.

—Su amabilidad de hombre enamorado es comprensible, Alee. Ya que hablamos de su propensión enamoradiza. me permitirá una pregunta que puede sonar impropio. Telma Smith, ¿es su primer amor?

—Respuesta indiscreta, estando presente ella —sonrió Dundee.

—Aceptada la objeción. Digamos entonces que como todo hombre, rebasados los treinta, habrá tenido varios amoríos, creyendo en cada uno de ellos hallar el verdadero amor. ¿Conoció a una joven llamada Lilian?

—¿Lilian? —y arrugó Dundee la frente—. No recuerdo. El nombre es bastante corriente.

—Y el apellido también —afirmó el fiscal—. ¿Conoce o no cierta cláusula testamentaria escrita por mi difunto padre, Percival Sanders?

—No.

—La copia del testamento se halla en mi despacho, y la comentó usted hace algún tiempo. La cláusula especifica casi textualmente: "En el caso de muerte o incapacidad mental de mi hijo Norman, sus bienes revertirán en la persona de Telma Smith". Muerte o incapacidad mental. De ambos males me libré. Si un siquiatra declarase la insanidad mental de Norman Sanders, mi fortuna heredada pasaría a engrosar la de Telma Smith. Un móvil poderoso. ¿Conoce a Lilian Robin, Alee Dundee?

El interpelado denegó en lenta evolución de la cabeza, a un lado y otro.

—Su negativa rebosa veracidad. No la puede conocer actualmente, porque murió. Rectifico la pregunta: ¿conoció a Lilian Robin?

—No.

—Su negativa desborda falacia. Tenga la bondad, inspector Blaine, de explicarnos el contenido de estos folios mecanografiados —y alzó Sanders varios folios de recio papel, cosidos en una esquina. *i*

—Contienen las declaraciones obtenidas en sus indagaciones por el sargento O'Brien, a mi petición, y en cumplimiento de sus indicaciones,

Sanders.

El fiscal empleó los folios como puntero hacia la ventana.

—Aquel caballero que pasea por el jardín es el sargento O'Brien. En sus indagaciones efectuadas ante testigos, obtuvo declaraciones ante testigos. Lilian Robin, hija de Blunt Robin, quería a su padre e ignoraba su aberración. La lectura de periódicos, que su madre, Marta Simpson, ex esposa de Robin, no pudo evitar por más que lo intentó, produjo en la sensible Lilian, de dieciocho años, un choque emocional. El cuerpo sin vida de Lilian Robin apareció flotando en el Sena. La Prensa francesa atribuyó la muerte de Lilian a un accidente desgraciado. ¿Fue accidente o suicidio, Dundee?

—Usted es el que lleva la voz cantante —replicó Dundee, secamente.

—Y sonante. Cuando logré demostrar la criminal abyección de Blunt Robin, su ex esposa y su hija Lilian se trasladaron a Francia. Cuando fue encarcelado Blunt Robin, usted, Dundee, investigando por su cuenta, dio con el paradero en Inglaterra de Marta Simpson y su * hija Lilian.

Tensó Sanders el segundo folio, y leyó pausadamente:

—“Marta Simpson, ex esposa de Robin, reveló a su amiga Carol Parker, que es la que declara: Alee Dundee estaba profundamente enamorado de Lilian, y la pidió en matrimonio con reiterada insistencia, negándose a ello Marta Simpson, alegando la escasa edad de Lilian, aunque permitiendo que Dundee siguiera frecuentándola”. ¿Leo con bastante claridad, o prefiere leer usted, Dundee?

—Lee excelentemente, fiscal.

—Como no se halla vinculado a ningún juramento, me guardaré mucho de llamarle necio embustero, Alee Dundee. No creo sacar una conclusión precipitada al suponer que el suicidio de Lilian Robin con anterioridad a la ejecución de su padre, llegó a afectarle con alguna intensidad a usted, Dundee. Su respuesta no es necesaria. ¿Puede describirme el aspecto de Lorna Grundig?

—Habré oído mal, Sanders —replicó Dundee—. Estaba usted hablando de Lilian Robin y Marta Simpson, ex esposa de Robin.

—Cuyo dolor respeto y del cual me considero ajeno y sin la menor responsabilidad, porque yo no soy ejecutor ni doy muerte. Es el propio asesino el que se ejecuta. He mencionado a Loma Grundig, hermana de Leslie Grundig, cuya sentencia, revisable, a veinte años, convertí en condena a muerte que fue cumplida. El tercer folio de esta indagatoria expone sus frecuentes visitas a Loma Grundig, en plazo reciente. Concretamente, en las dos semanas que precedieron a la ejecución de Blunt Robin. Usted había averiguado, por su cuenta siempre, la existencia de Loma Grundig. Una mujer de extraña apariencia llamativa, que empleó en un parador alpino suizo una falsa identidad. La perteneciente a una rumana, Gerta Doprescu, fallecida, y ajena por completo a lo que nos

reúne aquí. Es su libre derecho negar que conoce a Lorna Grundig, Dundee.

—Y lo niego.

—Su argucia es pobre y su soma es mísera. Dundee. Lorna Grundig, tras el encarcelamiento de Leslie Grundig, empleó su segundo apellido: Frenkel. Lorna Frenkel viaja mucho como demostradora y vendedora de productos de belleza de una acreditada firma.

—Bien. Admito haber conocido a Lilian Robin, y conocer a Lorna Frenkel. Resultado de mi curiosidad de investigador nato.

—Cuando en mi despacho de la ciudad le pregunté, negó saber la existencia o paradero de familiares de ambos ejecutados.

—En evitación de qué me reprochase una extralimitación en mis funciones.

—Delicadeza admirable si su cutis no fuera berroqueño e impermeable a toda vergüenza. Cuando, en vísperas de mi reciente viaje, aludí a trastornos mentales, y a los especialistas en su curación, usted, Dundee, saltó rápidamente sobre la ocasión. Me entregó una tarjeta. Esta. Dice: "K. H. Nilssen. Sicoanalista". ¿Conoce personalmente a Karel Nilssen?

—Dijo usted que era una mujer bonita. No la conozco.

—No la conoce, pero ayer noche, a las diez y veinte exactamente, en determinado piso londinense, el suyo concretamente, Dundee, se hallaban reunidos tres personajes: Lorna Grundig, hoy Frenkel, alias "Gerta Doprescu", Karel Nilssen y usted. ¿Cierto o no? Conoce, pues, a la Nilssen. ¿Doctor en sicoanálisis? En efecto. Título sin revalidación en Londres, pero legítimo y expedido en Estocolmo.

Alee Dundee contempló a través de la ventana la figura corpulenta del sargento O'Brien paseando por el jardín. Proseguía Sanders:

—Durante mi viaje de regreso a Londres, empezó a forjarse una extraña sospecha. Un diplomado en la ciencia de desvanecer las obsesiones, me narra lo sucedido a un soldado sueco, víctima de un vampiro. Al llegar a la estación, fui directamente al piso de la Nilssen. Lo que me suponía. No apareció por su piso desde el mismo día en que me marché de viaje. Mi regreso anticipado, nadie lo sabía. Ni usted, Dundee. Me informaron en conserjería, que aquellos pisos eran alquilados por semanas, amueblados. Con una cama-diván.

—Las idas y venidas de la Nilssen no son cuenta mi —arguyó Dundee.

—Las tuyas sí son de mi profunda incumbencia, Dundee. Le telefoneé, fingiendo hacerlo desde la estación, recién llegado y citándole en mi despacho. Al yo exponerle que no acababa de recuperar mi normalidad, y que iría a visitar nuevamente al doctor Nilssen, usted se apresuró a avisar a la sueca, que realquiló nuevamente su ficticio consultorio. Y Karel Nilssen esperaba con gran impaciencia mi segunda visita. ¿Para confirmarme que era yo la presa sin escapatoria de una

ronda.de vampiros vengativos?

—Deducciones sin base, fiscal. Demuestre que yo avisé a la sueca.

—Desde mi comprobación de la inexistencia del consultorio de un psicoanalista Nilssen, encomendé a un detective que siguiera todos sus pasos, Dundee.

—¿Todos? —silabeó Dundee.

—Menos los nocturnos. El detective se retira a dormir, cuando honradamente cree que usted duerme, Dundee. Si quieres, puedes irte, Telma. No es agradable y será "disgustante" lo que oirás a continuación.

—Me encuentro muy debilitada, y prefiero irme, Norman. Gracias.

Acompañándola hasta la puerta, susurró Sanders:

—Gracias a ti, Telma. Me viste y no quisiste creer en lo que veías.

Regresando tras su mesa, expuso Sanders:

—Le voy a presentar los móviles, Dundee. Si me declaran incapacitado mental, mi fortuna revierte en Telma. Usted la asedia, fingiendo o sintiendo atracción hacia ella. Una mujer bonita, con fortuna propia, más la mía. A compartir con su futura esposa, Dundee.

—Absurdo. Telma posee dinero suficiente. El suyo no me interesa, Sanders.

—Dos dulces saben mejor que uno, dada la clase de estómago que tiene, Dundee. Existe el factor-móvil oculto. Rencor. Rencor perdonable en la ex esposa de Robin, rencor excusable en Loma Grundig, pero impropio en un Hombre que no acumule mucha maldad hipócrita. Su caso, Dundee. "La muerte de Lilian clama venganza", le insinúa usted, en sondeo, a la ex esposa de Robin. Pero ella es normal y sensata. Se niega.

—Hipótesis imaginativa, Sanders.

—Verdad comprobada, Dundee. Declaración efectuada por Marta Simpson, mujer práctica que se atiende, a la realidad de que si su ex marido no hubiera sido un abyecto sujeto, la pobre Lilian no habría muerto.

—Movilizó un ejército de preguntones, Sanders.

—Para disipar el pelotón de sombras con las cuales usted me rodeó, Dundee. Pasemos a Loma Grundig. Es rencorosa. Tomaba parte y sigue haciéndolo, en reuniones propias de depravados con apetitos inconfesables y sucios complejos. El morbo de Leslie Gundig, ¿late en ella porque se lo contagió su hermano o es heredado? No es preciso que me describa a Lorna. Me dejó su huella bien impresa. Alta, flexible, ojos verde-violeta, malignos, cabello muy largo, que puede teñir a voluntad. Experta en maquillaje. Usted, Dundee, sabía que mi tercera etapa y final de mi viaje era el parador "Bel Sejour", desde donde envié una postal a Patricia y otra a Telma. ¿Cuál fue el trato con Loma? ¿Una porción de mi fortuna al ser declarado loco de remate?

—Es posible que Loma Frenkel decidiese hacerle objeto de una

extraña venganza. No me incumbe. Salvo que lo demuestre.

—Es cierto. No he demostrado todavía dónde encaja usted en la ronda de los vampiros. Ha quedado demostrado, en cambio, que Karel Nilssen posee diploma, y es también una diplomada aventurera en otra profesión que se remonta a la antigüedad. Entonces las llamaban poéticamente hetairas o cortesanas. Aceptó alquilar un consultorio ficticio, a cambio de cincuenta libras diarias, mientras estuviera en el despacho, y dos mil al término de su realización de las instrucciones que de usted recibiera. ¿Cierto o no, inspector Blaine?

—Esto ha declarado Karel Nilssen esta mañana, a las ocho y media, en mi despacho. Convocación que hice atendiendo a petición de Sanders.

—Hasta ahora, Sanders —arguyó Dundee—, ha demostrado que tengo tratos y relación con Karel y Loma. Pudo ser Lorna la que me convenció. Pudo ser Loma « la que convenció a Karel, con mi mediación. Pero no me puede achacar la aparición de Blunt Robin, ni la suya ante Telma. ¿Pretende demostrar que empleé disfraces imposibles, apareciendo y desapareciendo como por ensalmo?

Norman Sanders repiqueteó sobre una maleta encima de la mesa.

—El contenido de esta maleta ha sido recogido, en parte, en el domicilio londinense de Lorna Grundig Frenkel. El resto, en el domicilio de Alea Dundee, al salir él de su casa, a las ocho y treinta, esta mañana. El sargento O'Brien, ante testigos, procedió a la detención de Loma, bajo el cargo de participaciones en reuniones ilícitas, con prácticas anormales que la Ley reprime con penas severas.

Abrió Sanders la maleta, cuyo contenido siguió oculto a la vista de los presentes.

—Este hallazgo que pone punto final al desquiciante problema de los vampiros, es debido a las certeras deducciones de Lewis Mortimer. Supo encadenar pistas que mi imaginación, escasa y torpe, nunca hubiera hallado. Lewis se concentró en el halo. en torno a Blunt Robin y su rápida desaparición. El mismo halo que mencionó Telma como aureola en tomo a mi aparición de esta madrugada. Un halo blanquecino, Dundee. ¿Le sugiere algo?

Dundee, impasible, miraba por la ventana.

—Los objetos que serán prueba, recogidos en el piso de Lorna Frenkel, son varios envases circulares, metálicos. Contienen películas.

Sacó Sanders varios recipientes, planos, metálicos.

—Las reuniones ilícitas, cargo contra Loma, eran de adictos por creencia o por querer conocer nuevas sensaciones, a la magia negra. Determinadas intervenciones eran filmadas. En estas reuniones participó Blunt Robin. Fue filmado.

Extrajo Sanders un proyector cinematográfico, de poco volumen, largo lente, y empuñadura-culata.

—Hallado en su domicilio, Dundee. Conteniendo en celuloide mi persona convertida en vampiro. Al quedar yo privado de sentidos en el parador suizo, fui filmado por Loma. Revestido de ropa negra, con el aditamento de dos colmillos y la superposición de unas dilatadas cuencas oculares, pintadas en papel, con matiz rojizo-azulado. Tendido en una sábana, brazos en alto.

Enfocó Sanders el proyector hacia la pared de enfrente.

—Esta fue la primera deducción de Lewis Mortimer. El halo era producido por el celuloide proyectado sobre una lisa pared. Al encenderse la luz, cesaba la imagen, porque el operador cortaba la proyección.

Dejando el aparato sobre la mesa, mostró Sanders otro objeto.

—Una broca-extractora. Segunda deducción de Lewis Mortimer. Aludió Telma al correteo, en el desván, de roedores. Mordían madera, dijo. Exacto. Esta herramienta corta la madera en el diámetro requerido, y a la vez, retiene la porción circular, extrayéndola. Posteriormente al uso de los agujeros creados, la porción extraída vuelve a ser encajada.

Dejando la herramienta junto al proyector, añadió Sanders:

—Alee Dundee conoce perfectamente la distribución de las habitaciones de esta casa. Alee Dundee, que finge no hallarse presente ahora, se hace fácilmente con llaves, en sus visitas. Sube al desván, provisto de su maletín de instrumental, del cual conocemos ya el proyector y el abridor de los orificios necesarios para su tarea. Y aquí está el toque final.

Sacó Sanders del maletín un cilindro parduzco.

—Artefacto dividido en secciones que ahora están encajadas. Se extiende.

Lo fue extendiendo el fiscal, hasta que su extremo en forma de boquilla plana, rozó el cuello de Alee Dundee, que cerró los ojos.

—La boca en contacto ahora con la garganta de mi ex auxiliar, exhala calor. ¿Cierto o no, Dundee? Porque presionando este pulsador, se enciende una resistencia eléctrica, diminuta. Un minúsculo ventilador sopla el aliento cálido. ¿Lo percibe bien, Dundee? A la vez, el calor del soplo vaporiza una sutil emanación que desprende, a voluntad de este otro pulsador, el gas que dimana de una gragea, cuya composición química es la de un leve soporífero. Explicado el amodorramiento y la lasitud, ¿cierto o no, Alee Dundee?

Alee Dundee se ladeó, avanzó las manos para asirse a algo, y se desplomó de costado en el suelo. Encajando las secciones del tubo hasta reducirlo al cilindro parduzco, comentó el fiscal:

—Tal vez presioné con exceso los mecanismos que complementaban a la perfección la imagen proyectada hacia una pared. Los hoyos eran abiertos en la diagonal requerida. ¿La fatídica mordedura? En mi caso, y durante mi modorra, Loma Frenkel se limitó a emplear dos simples

alfileres de determinado grosor y con la adecuada separación, sobre su base de madera, como el instrumento de agujas empotradas, que emplean los tatuadores. En el caso de Telma, ya amodorrada, le bastó a Dundee entrar en la alcoba y aplicar el mismo aparato.

* * *

En el despacho del inspector Blaine, expuso Sanders:

—La defensa alegará que no hubo intención de dar muerte. ¿Quién sabe? Este podía ser el final preconcebido. Un simulador puede simular un suicido ajeno. Positivamente, un artículo penal castiga con cinco años de prisión la confabulación con propósito de alterar el sano juicio ajeno con fines de lucro. Su caso. Dundee.

Desmadejado y con mucha lasitud, rebatió Dundee:

—Usted no podrá ser acusador, ya que es parte.

—Hablará un colega, al cual auxiliaré en la preparación de la requisitoria, con mi peor mala voluntad hacia usted. Cinco años por dos alfilerazos en mi garganta, Dundee. La reiteración en otra persona, Telma, duplica la penalidad. Vaya sumando, Dundee. Añada varios almanaques por allanamiento de morada, nocturnidad, complicidad en aberraciones... Volveremos a vernos dentro de irnos quince años, Alee Dundee. Que Dios le perdone. Yo no.

* * *

Tras cenar, Patricia Sanders y Lewis Mortimer anunciaron que iban al teatro. Una comedia alegre, sin complicaciones.

En su despacho, Norman Sanders abandonó la lectura de “La pálida veranea en Miami”, creación de Morty Blake.

Telma Smith, sin pañuelo al cuello, se sentó en una ¡esquina de la mesa.

—Estoy ya muy tranquila, tranquilísima, sobre todo sabiendo que no me guardas ningún rencor —y soplándose en el escote, tensó su falda—. Estaba impaciente por decirte que hay un simbolismo, a lo mejor, en estas marquitas que tenemos los dos.

Y acercó el cuello, cerrando los párpados.

—Ten cuidado, Telma. Me siento vampiro.

—¡Qué horror! —rió ella, muy contenta, siempre cerrados los ojos.

El recio abrazo y el beso casi brutal, la mantuvieron unos instantes pasiva. En un intervalo, susurró:

—Palabra que voy a gritar, sobrino. ¿Grito?

Se separó Sanders, y ella corrió hacia la puerta, desde donde dijo:

—No volveré más a tu despacho. Peligroso, peligrosísimo este

jugueteo.

—Harás bien, porque este jugueteo podría terminar en boda, ¿sabes?
Telma Smith regresó apresuradamente, junto a Norman Sanders.

FIN

COLECCION
CIRCULO ROJO



CRIMEN, S. A.
LA MAFIA
ANTOLOGIA DEL CRIMEN
T-MEN
EL MUNDO DEL DELITO
LIBRO NEGRO DEL CRIMEN
HOLLYWOOD ES MI REINO
LOS AÑOS SIN LEY
LIBRO NEGRO DEL CASTIGO
SEPTIMO INFIERNO
OPERACION BERNHARD
EL ROBO DEL SIGLO
INTERVIENE SCOTLAND YARD
PATRULLA ESPECIAL
INTERPOL
LOS ASESINOS
DELITOS DE SANGRE

Los archivos po-
licíacos abiertos
para Usted.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

FIRMAS QUE REPRESENTAN A EDITORIAL BRUGUERA, S. A EN LOS PAÍSES QUE SE CITAN

REPÚBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina SAFIO,
Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerlna Cortez, Comercio, 1678 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.^a núm.
18-78 - BOGOTÁ

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 -
SAN JOSÉ.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y Sucre -
QUITO. Librería Selecciones, S. A., Aguirre, 717 y Boyacá,
GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.

MÉXICO: Editorial Tztacihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MÉXICO.

PANAMÁ: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número
5-51 - PANAMÁ.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - ASUNCIÓN.

PERU: "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegüa, 836 - LIMA

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 206 Fortaleza St. _ SAN JUAN.
(Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía _ 15.^a Calle Oriente. 213 - SAN
SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 -
MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz.
178 - CARACAS.



Rita Hayworth

N.º 1519

Margarita Cansino nació el 17 de octubre de 1918 en Nueva York. Sus últimos films son: "Fuego escondido", "Mesas separadas", "Llegaron a Cordura", "Sangre en primera página", etc.



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

{1} ***Bribón.***

{2} ***Escurridizo.***